

BOLETIN de la Real
Academia de Ciencias,
Bellas Letras y Nobles Artes
de Córdoba ~ ~ ~



ENERO A JUNIO 1948
AÑO XIX -- NÚM. 59

SUMARIO

	Páginas
I.—Pablo de Céspedes, retrato biografiado.....	3
II.—Los Quintero, por Rafael Narbona.....	5
III.—Albucasis, por José Navarro Moreno.....	21
IV.—Nuevo relieve de Ceres y Proserpina, por Samuel de los Santos.....	49
V.—El gran Pablo de Céspedes, pintor y poeta, por Manuel Gómez Moreno.....	63
VI.—Hermandad y ayuda mutua entre Jerez y Córdoba, por Adolfo Rodríguez del Rivero.....	69
VII.—El cráneo neandertalóide de Alcolea, por Luis de Hoyos Sainz.....	73
VIII.—Romero de Torres o la intuición cordobesa, por Cecilio Barberán.....	77
IX.—Córdoba sabia y agraria entre la primavera y el verano, por Rodolfo Gil Benumeya.....	81
X.—Un siglo de estadísticas mineras en la provincia de Córdoba, por Antonio Carbonell y Rafael Carbonell.....	85
XI.—Últimos trabajos de D. Antonio Carbonell y Trillo-Figueroa.....	93
XII.—La música y el sentimiento, por Dámaso Torres.....	103
XIII.—Noticias académicas.....	109
XIV.—Anales de la Ciudad de Córdoba, por Luis M. ^a Ramírez de las Casas Deza (paginación separata).	

CONSEJO DE REDACCIÓN

Dr. D. José Amo Serrano, Director de la Academia.

Dr. D. Manuel Enriquez Barrios, Censor de la Academia.

D. José M.^o Rey Díaz, Secretario de la Academia.

Publicación trimestral.

Precio de suscripción: 40 pesetas al año. Número suelto 10 pesetas.

Domicilio de la Academia:

Palacio de la Diputación Provincial. Córdoba.



BOLETIN

de la

Real Academia de Ciencias

Bellas Letras y Nobles Artes

- - - - DE CORDOBA - - - -



Año. XIX

Enero-Junio 1948

Núm. 59



1948

Tipografía Artística.—San Alvaro, 17

CORDOBA



Boletín de la Real Academia

de

Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba

Fundada en el año de 1810

AÑO XIX

ENERO-JUNIO 1948

NÚM. 59

CORDOBESES ILUSTRES



PABLO DE CÉSPEDES

Nació en Córdoba hacia 1538, y murió en Córdoba el 26 de Julio de 1608. Pintor, escultor, arqueólogo, poeta, el insigne Racionero de la Catedral de Córdoba fué uno de los más legítimos representantes del espíritu renacentista de nuestro país, y uno de los más preclaros hijos de la tierra cordobesa.

LOS QUINTERO

La Lucha. La Obra. El Hombre

Por RAFAEL NARBONA

SEÑORAS, SEÑORES:

Al volver a esta tierra, —donde, por suerte, nací— tras una larga ausencia, un motivo de gratitud hace que venga a ella: mi reconocimiento a esta docta Corporación, que tuvo la generosidad de elegirme miembro de la misma.

Yo tenía, pues, que corresponder a la distinción de que se me había hecho objeto; y pensé que ninguna demostración mejor que la de venir a dar las gracias a las ilustres personalidades que honran con sus méritos esta Academia, en la que todas las manifestaciones estéticas hallan un eco inteligente y cordial.

Decía Miguel de Cervantes que la ingratitud es uno de los mayores pecados del hombre. No olvidé nunca esta sentencia. He visto que los hombres borran de su memoria fácilmente los favores recibidos, pensando, tal vez, que todo lo merecen. Yo pudiera decir, sin vanidad, que lo poco que soy me lo debo a mí mismo, puesto que me lo gané con mi propio esfuerzo. Sin embargo, una distinción se me otorgó, a la que no era acreedor acaso: que esta Academia, por ser cordobés más que por título alguno, me acogiera en su seno.

Tan hidalga deferencia me creaba una deuda de gratitud; y he aquí el motivo por el que yo me hallo ante ustedes, para ofrendarles la lectura de unas cuartillas que no tienen otra importancia que la que ustedes le conceden con su presencia.

He elegido un tema andaluz, ¿cómo no? En primer lugar, porque deseaba rendir un homenaje a la memoria de dos andaluces insignes, a los que me unió un entrañable afecto: Seraffn y Joaquín Álvarez Quintero; en segundo lugar, porque quien honra a su tierra, se honra a sí mismo.

Los andaluces hemos de aunar nuestro esfuerzo para desvanecer el concepto que de nosotros se tiene. Existe dentro y fuera de España una idea poco generosa de nuestra capacidad para el trabajo, de nuestra seriedad y nuestras virtudes. Y, al desestimarnos, por desconocernos, olvidan muchos que Córdoba dió a España sus más altas glorias: desde Séneca y Lucano a Góngora y Juan de Mena; del Duque de Rivas a Juan

Valera; de Mateo Inurría a Julio Romero de Torres,—pintor que supo captar como nadie el alma de nuestra tierra—, y de Lagartijo y el Guerra a Manolete, que paseó en triunfo por el mundo entero el heroísmo glorioso de esta Córdoba grave, señorial y senequista.

Pero... en fin, señoras y señores, no quiero desviarme del motivo de mi disertación, y, como temo cansar a ustedes, pongo punto final a estas palabras, cuyo único objeto era y es el de reiterar mi gratitud a la Academia, y agradecer a todos su asistencia a este acto.

Al hablaros hoy de Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, voy a referirme a las tres fases esenciales en un escritor: la lucha, el triunfo y la obra; sin olvidarme de la importancia del hombre, como elemento humano.

Yo creo que no hay conquista que se gane, en lo material o en lo moral, que no lleve emparejada el esfuerzo, el sufrimiento y el dolor.

En el Arte la vocación requiere, por lo general, un temple heroico. Es preciso amar demasiado la gloria humana, para no desertar de sus filas. El triunfo se parece mucho a esas mujeres veleidosas, que, pese a sus fluctuaciones, nos atraen por su inconstancia precisamente.

Sé que me escuchan escritores jóvenes en los que alienta una ambición legítima; y me creo en el deber de decirles que en la lucha literaria se desconoce la tregua. Schopenhauer afirmaba que la vida es una batalla constante en la que se muere con las armas en la mano. En las Letras necesario es también ganar batallas, como el Cid, aun después de muertos.

Conviene que sepan los que sueñan con la Fama, que para conseguirla hay que renunciar a muchas cosas, estar siempre en vanguardia, y vencer, día tras día, esos combates silenciosos que el hombre libra consigo mismo, frente al peligro solitario de que hablaba Stendhal.

En el Arte se da el curioso fenómeno de que, incluso después de conquistado el éxito, nunca se acaba de triunfar del todo. La gloria literaria, contemplada de cerca, es mucho menos codiciosa de lo que nos imaginamos. Cuesta demasiado, y, por grande que sea la recompensa es mayor el esfuerzo que el resultado.

Tiene, en cambio, una ventaja: todo cuanto el escritor es se lo

debe a sí mismo, a su tenacidad y a su talento, y ninguna satisfacción puede compararse a la del triunfo de nuestro propio espíritu; porque, no obstante vivir en una época materialista, lo que prevalece en la vida son los valores espirituales que redimen al hombre de su miseria y ennoblecen su triste condición humana.

* *

*

Serafín y Joaquín Alvarez Quintero nos ofrecen a través de su lucha, el mejor ejemplo de lo que cuesta alcanzar la victoria.

Los insignes comediógrafos son un caso sin par en la historia de nuestro Teatro.

Cierto día, paseando por la calle de Velázquez con Joaquín Alvarez Quintero, me contaba, nostálgico, las penalidades de sus comienzos.

—Pasamos una juventud muy sombría,—me dijo—. Tuvimos que ser empleados, pequeños industriales, escritores a ratos, pintores de azulejos, retratistas al carbón, caricaturistas; esto es, gastamos lo mejor de nuestro entusiasmo y de nuestras energías en una labor infecunda y penosa, porque la vocación teatral constituía para nosotros una ambición obsesiva, ante la que todo lo demás era secundario y carecía de interés. Tal vez por ello la mayoría de nuestras primeras obras fueron amargas; hasta el punto de que cuando llevamos a Fernando Díaz de Mendoza «La vida que vuelve», nos dijo: —«Muy tristes deben de estar ustedes, jovencitos». Y en realidad lo estábamos... Luego el triunfo nos compensó con creces; pero al escribir «Pepita Reyes», «Los Galeotes», «La Zagala», etc., quedaba todavía en nosotros un sedimento doloroso que con el tiempo se fué atenuando, y se convirtió al fin en franco optimismo y en un concepto alegre y positivo de la vida, que, desde entonces, animó la casi totalidad de nuestra producción; pero, hasta llegar...

Y es que, amigos míos, la Fama es una trinchera inexpugnable a la que solo llegan unos pocos; la mayoría cae en el camino, para no levantarse ya nunca.

Siempre es hermoso soñar en la vida; mas, los sueños, aunque sustentan al hombre, no lo mantienen; podemos fijar la mirada en lo alto, pero sin olvidarnos de que tenemos los pies en la tierra.

Serafín y Joaquín Alvarez Quintero habían estrenado en el Teatro Cervantes de Sevilla dos juguetes cómicos, con lisonjero

éxito. El triunfo les hizo ambicionar un horizonte más amplio; y, con la esperanza de que sus comedias se aplaudieran algún día en Madrid, —que es la que, en definitiva, otorga o niega lá fama— se trasladaron a la Corte, con muchas ilusiones y sin ningún dinero.

No hay nada tan opuesto al temperamento de un escritor como un empleo burocrático; sin embargo, los Quintero tuvieron que acogerse a un destino en el Ministerio de Hacienda, para sacar adelante su hogar. Entre los tres hermanos reunían cuarenta y cinco duros mensuales; y, partiendo de una base tan modesta, se propusieron alcanzar la fortuna y la gloria.

Pedro se convirtió en la sombra tutelar de Serafín y de Joaquín; y los dos muchachos, acuciados por la vocación, se levantaban de madrugada, y antes de marcharse a la oficina se dedicaban a enjaretar comedia tras comedia, con un entusiasmo infatigable. La casa dormía en el silencio; solo la madre, secundando la afición de los hijos, se levantaba a prepararles el desayuno. Y ni el frío, ni la falta de sueño, ni el cansancio, abatían el ánimo de los futuros autores. Pero, en el teatro, se necesita más vocación para estrenar las comedias que para escribirlas.

Vencidas las dificultades técnicas, lograda, en fin, la obra, quedaba a los Quintero la prueba más dura: el acceso a los escenarios.

Los muchachos, con su comedia bajo el brazo, comenzaban a recorrer los camerinos de los actores. Humildemente vestidos, los zapatos rotos a veces, los modales tímidos, se presentaban a los astros de Talía, con una súplica y una esperanza. En algunos teatros ni los escuchaban; en otros, dábanles buenas palabras y lejanas promesas, y no faltaba empresario que les dijese:

—A estas comedias les falta carne...

Es posible que tan sutil deducción se la inspirase la presencia física, desmedrada y endeble, de los dos muchachos sevillanos.

—Si no comen,—pensaría el inteligente empresario—¿cómo va a haber carne en sus comedias?...

El teatro tiene sus ventajas, —la popularidad, la riqueza y la gloria—y sus inconvenientes. De ellos, acaso sea el peor el que un escritor de positivo mérito, haya de someter su obra al criterio, generalmente cerril, de un empresario o de un actor.

Serafín y Joaquín Alvarez Quintero volvían a su casa, tras otra tentativa infructuosa, con una ilusión menos y una negativa más. Ambos se revelaban justamente contra la «opinión» de aquellos analfabetos ilustrados. Comprendían la humillación que supone

para un hombre de talento el que un tonto se considere con capacidad para juzgarlo.

¿A qué escribir más?—reflexionaban, descorazonados.

Pero los Quintero tenían en sí mismo, sin saberlo, el factor primordial del éxito: la voluntad de vencer.

Y, con renovada fe, reemprendían su labor, dispuestos a no cesar en su empeño; mas, el estreno ansiado no llegaba; tal vez no llegase nunca...

Un aliento tuvieron los famosos autores, tan eficaz como el triunfo mismo: el de su familia. En aquella casa, desde los padres a las hermanas, todos, creían ciegamente en el talento de los dos muchachos. Y, el aplauso familiar amortiguaba los fracasos y les daba fuerza para proseguir, sin desmayos, la lucha, que en el teatro es un camino casi vertical e inaccesible.

Asombra pensar que Serafín y Joaquín escribieran antes de que les llegara la hora del éxito, ¡cincuenta comedias! que no estrenaron nunca, y que, al cabo de los años, durante los tristes días de la guerra civil, en Madrid, hubieron de quemar, para calentarse las manos, ateridas de frío: ¡las mismas manos que las escribieron!... Y es que, a veces, el hombre se ve obligado en la vida a destruir aquello que alentó con mayor fuerza en su alma.

Entonces, lejano aún el triunfo, la familia y algún que otro amigo íntimo de los Quintero se reunían en el comedor para escuchar la lectura de sus comedias. Desde las primeras que escribieron, Serafín encargóse de leerlas, mientras Joaquín se limitaba a escucharlas, como si quisiera pasar inadvertido.

Serafín era un lector maravilloso; hasta el punto de que daba a los actores la pauta de cada papel e incluso los matices de voz de cada personaje. Una lectura suya venía a ser casi una representación. Joaquín, entre tanto, perdido en la penumbra de algún rincón, observaba atentamente el efecto que la obra causaba al auditorio, sin que nadie sospechara que uno de los autores espiaba los menores gestos y analizaba las impresiones que la misma producía.

Sometida la comedia a la severa crítica familiar, se modificaban escenas, e incluso actos enteros, y, al cabo de innumerables tentativas, paso a paso, y escalón a escalón, lograron desvanecer las sombras, y que se les abriesen de par en par las puertas de los teatros.

La familia de los insígnis comediógrafos era netamente quin-

teriana; en muchas de sus obras aparecen sus hermanas y se descubren escenas familiares, rasgos personales de la madre o del padre, o detalles substancialmente autobiográficos.

Los autores, consagrados ya, reciben un día en su casa a un loro, con una tarjeta de presentación, como si se tratara de un personaje. —Este señor desea tomar el chocolate con ustedes—, dice el ignorado remitente.

Y aquí se manifiesta el buen humor de la familia quinteriana: María Jesús, la más pequeña de las hermanas, que canta flamenco con mucho estilo, acompañándose de la guitarra, le enseña al loro unas soleares, que el gracioso animal entona lo más garbosamente que puede. Y es que en aquella casa, en la que todo es sevillanismo puro, hasta el loro resulta andaluz. Y tanto se penetra con el ambiente, que, cuando oye cantar a su maestra, lanza un ¡Ole! gitano, de la más pura cepa.

Ese optimismo, sano y alegre, juvenil y risueño, fué una luz que no faltó en el hogar quinteriano, en el que se sobrepuso la risa esperanzada al pesimismo.

Al menor conato de triunfo, Serafín y Joaquín entraban en su casa rebotando entusiasmo; se acercaban a la mesa, y, medio en serio, medio en broma, exclamaban:

—¡Hay motivos!

—¿Para qué— preguntaba la madre, extrañada.

—Para traer una botella de sidra.

—No, no...—negaba aquella, pensando en el presupuesto familiar.

Las hermanas palmoteaban gozosas; y, sometido el asunto a votación—se trataba del posible estreno de una obra—brindábase por el problemático éxito.

El sainete, o la zarzuela, a pesar de todas las promesas, no llegaba a estrenarse; pero, si se estrenaba, creaba a los jóvenes autores un grave conflicto: ¿cómo presentarse a escena?... ¿con qué ropa?...

En «La Vida Intima», nos pintan los apuros que ellos mismos pasaron para resolver tales conflictos, de los que, por milagro de la Providencia salieron victoriosos.

Llegó, al fin, el momento soñado: «El Ojito Derecho», «La Reja» y «La Buena sombra», les puso el triunfo en las manos. «Clarín», elogió sin reservas, el talento y la originalidad de los autores sevillanos, y, a partir de entonces, Serafín y Joaquín estrena-

ron ya todas sus comedias, sin previa censura. Tanta seguridad depositaron en ellos, los mismos directores y empresarios que en otro tiempo rechazaron sus originales. ¡Así es la vida!...

El éxito obró el milagro de dar fe a los que no creían; y el desdén, la indiferencia y la burla, convirtiéronse en aplausos, halagos y honores.

La mayoría de los hombres necesitan ver, para creer; tocar, para convencerse. Son muy pocos los que, con un criterio propio, entienden que el triunfo no es más que el reconocimiento del valor ignorado, y la gloria una sombra, que se ilumina de repente.

EL TRIUNFO

Con el éxito les llegó a los Quintero la fama, la riqueza, y... la envidia.

El triunfo, en el teatro, somete al autor a una de las pruebas más duras que puede soportar un hombre de fina sensibilidad: la incomprensión de la crítica y el encono de los fracasados.

Por si fuera poco, se suma a ello el recelo de los autores oficiosos, la mala fe de algunos críticos y la inconstancia y falta de seriedad de empresarios y actores. ¡Un panorama completo!...

¡Qué distinta es la gloria teatral vista desde el patio de butacas, a la que se contempla entre bastidores! En el escenario triunfan la gracia, el talento y el arte. Dentro luchan todas las pasiones que envilecen al hombre: la vanidad de actrices y actores, las apetencias de los empresarios, que, según va la taquilla, así acogen al autor, la desconfianza y el veneno de los comediógrafos, los mil incidentes inesperados y temidos siempre, que ocurren, telón adentro, y que provocan en el desgraciado autor una especie de taquicardia crónica. Y, aparte de esa zozobra constante, los alfilerazos de la crítica, las reacciones del público y los mordiscos de la envidia... porque una de las cosas que peor sobrellevan los hombres es el triunfo de sus semejantes.

Cuando el futuro se iba definiendo claramente para los Hermanos Alvarez Quintero, estos, animados por sus éxitos, no vacilaron en abandonar sus destinos. De allí en adelante,—se dijeron—solo serían comediógrafos. Sus compañeros de oficina, al conocer tal decisión, la juzgaron temeraria y suicida.

Otros, se burlaron a espaldas de ellos de sus ambiciones; pero Serafín y Joaquín no prestaron oído a la habitual sensatez de los

mediocres; se habían propuesto alcanzar la fama, y, costara lo que costase, acabarían conquistándola.

Muchos años después, en la plenitud de su gloria, los Quintero recibirían más de una carta de aquellos compañeros que dudaron de su talento, lamentando el estancamiento en que se quedaran, y solicitando la influencia y el favor de los insígnies autores.

Pero esa envidia pequeña es una flaqueza humana disculpable. La gloria teatral, en cambio, suscita la enemiga, enconada y feroz, de los pobres de espíritu, de los que fracasaron en la escena o en la vida, y de los que, sin motivo ni causa, odian al que triunfa, por el solo hecho de su propia victoria.

Raro fué el estreno de los Quintero a los que no asistiera esa gente que en el «argot» de la farsa se llaman «reventadores», y que acuden al teatro con el piadoso propósito de cargarse la obra y silbar al autor.

En cierta ocasión, como el público aplaudiera calurosamente a los autores sevillanos, después de un feliz estreno, un espectador se revolvió, iracundo, contra el público:

—Esto es intolerable,—gritó—. Son ya más de veinte éxitos seguidos. ¡No se puede consentir!...

Y creyendo tener razón, exteriorizó con los pies,—¡era el medio natural de expresión en él!...—su protesta.

Nadie piensa, porque o no se sabe o se toma en cuenta, en las penalidades que ha de sufrir un escritor hasta conquistar la gloria. Es un lastre que se arrastra ya toda la vida. Muchas veces descubrí en los ojos de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero esa mezcla de tristeza y de indiferencia que dejan en el alma las amarguras y los desengaños.

Dura fué la lucha; sin embargo, ellos mismos dijeron que no representó nada comparada con el calvario que les hizo pasar el triunfo.

Si los autores tomaran al pie de la letra lo que les dice parte de la crítica, romperían la pluma y quemarían sus obras. Los libros, como dijo agudamente Armando Palacio Valdés, no son monedas de cinco duros que gustan a todo el mundo.

Yo he leído con detenimiento la mayoría de los comentarios que sobre la labor quinteriana se han escrito, y me he preguntado, perplejo, cómo era posible que pudieran sustentarse cosas tan... pintorescas.

Los ilustres sevillanos dedicaron en un principio a sus exégetas diversos epigramas, dignos de divulgarse. He aquí uno, no exento de gracia:

«¿Entremés mi drama es,
sin asunto, sin grandeza,
sin fuerza y sin interés?...
¡Ay Zoilo, cuánta simpleza!
¿A que va a ser tu cabeza
la que resulta entremés?...»

Es difícil explicarse la disparidad de los críticos; lo que uno elogia, lo censura el otro; lo que para éste es bueno, es malo para aquél. ¿A qué carta quedarse?... piensa el autor, desorientado.

Los Quintero, con su habitual gracejo, escribieron a este respecto la siguiente «sentencia fisiológica»:

«La vida es triste y larga
como cara de un crítico en estreno,
cuando con aire torvo y boca amarga
no sabe ver lo malo ni lo bueno,
¡porque el autor le carga!...»

Los críticos se ensañaron de tal modo con los Quintero, que éstos, dolidos por la injusticia con que se les trataba, resolvieron no volver a leer jamás ninguna reseña de sus estrenos.

«Chantecler» llegó a decir de «Amores y amoríos», preciosa comedia que ha quedado de repertorio en el teatro, lo que sigue:

«Un pequeño defecto tiene, a mi juicio, esta obra: sobran en ella el segundo, el tercero y el cuarto acto». Y para que su criterio sea favorable en todo, intenta destruir con sus razones cuanto sucede en el acto primero

Otros gacetilleros hasta se enfadan con los autores porque éstos, alentados de una noble ambición, quieren llevar a su teatro el elemento poético o la tesis trascendental.

«Déjense de semejante pretensión—claman los jueces—y concrétense a hacernos reír, que es la única obligación que han contraído con el público».

Hay quien les niega la gracia e incluso el ingenio. Tamaña falta de generosidad, de comprensión y de buena fe, amargó la gloria teatral de los Quintero y amortiguó la alegría de los aplausos que el público les tributaba.

Ya en el final de su vida, Joaquín Álvarez Quintero, que aportó al acervo común nuevas comedias, de su solo cuño, en las que, no

obstante, seguía figurando la firma de Serafín, sintió nuevamente la curiosidad de leer los comentarios que sobre sus obras se escribían. Las dentelladas de la crítica hirieron vivamente su fina sensibilidad, y, más de una vez, nublaron de lágrimas sus ojos.

El insigne autor acababa sobreponiéndose a su emoción, y en un rasgo de humorismo, no libre de amargura, compuso éste otro epigrama, en el que aludía a cierto crítico temible:

«Payaso triste, las balas
que con tu hiel envenenas,
no le alcanzan a mis alas.
Yo escribo comedias buenas
y a tí te gustan las malas.»

*
**

El novelista tiene sobre el comediógrafo una ventaja: la de ofrecer al lector su obra sin necesidad de escuchar su fallo; en cambio el dramaturgo la somete a la consideración de un público que emite su juicio en forma inapelable.

Los espectadores que asisten al estreno de una comedia ignoran el amargo trance por el que pasa el autor. Su fracaso o su éxito dependen de la reacción del público; una risa, un aplauso, un murmullo de aprobación, bastan para calmar su ánimo; una protesta, el silencio, o la frialdad, lo desmoralizan.

Cuando el fallo es justo, el comediógrafo se ve obligado a admitir tristemente su error; nada duele tanto a un escritor como que le rechacen su obra, que se gestó en el pensamiento y con el alma; pero a la amargura se suma la indignación, si comprende que el fracaso obedece a la envidia de sus enemigos. En el teatro es frecuente organizar un pateo en toda regla, a fin de convertir el posible éxito en verdadero desastre. Los móviles, distintos en apariencia, obedecen siempre a un propósito mezquino. Con ocasión del estreno, en Apolo, de «La Reina Mora», aparecieron pasquines en todas las esquinas, diciendo: «Los Quintero pertenecen a la Sociedad de Autores; hay que patear la obra».

No obstante la consigna, Serafín y Joaquín se mantuvieron firmes. «Estos niños, —dijo un crítico la noche del estreno— son «los reyes del valor»...

Ante los reiterados ataques que sufrían, los autores tuvieron que salir en su propia defensa, aclarando lo que ellos entendían por público.

«Para nosotros el público no es el de una noche determinada, —la noche del estreno— sino el de muchas noches, —confesaron.

«¿Aceptamos nosotros el fallo del público de los estrenos? Cuando nos oye y nos juzga con atención, siempre; cuando nos condena sin oírnos, nunca. ¿Por qué? Porque una dolorosa experiencia nos lo aconseja así».

Y para convencernos nos cuentan que «El mal de amores» fué ruidosamente rechazado, sin escucharlo, en el teatro de Apolo la noche de su debut. A la noche siguiente, en el propio teatro, fué calurosamente aplaudido.

«Las Flores», comedia en tres actos, se pateó y maltrató la noche de su estreno, por un público que empezó a murmurar, a toser, a gritar y a rugir en los comienzos del acto segundo. No dejaban oír nada; las frases se perdían; los donaires pasaban sin escucharse... Estábamos desolados».

El escándalo, en suma, fué mayúsculo. Sin embargo, la comedia triunfaba al siguiente día, quedaba de repertorio en el teatro quinteriano, y se traducía y representaba en diversos países del extranjero.

Hubo también fracasos rotundos, en los que no cabía paliativo alguno; pero, al cabo del tiempo, las comedias de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero recorrían triunfalmente casi todos los escenarios del mundo, de victoria en victoria.

Y con el éxito definitivo, indiscutible, llegaba también el halago de las mujeres. —¡tan susceptibles al brillo de la fama!— la admiración y la popularidad de las gentes, y la fortuna. Una fortuna considerable, ganada a pulso, fruto exclusivo de su talento, que convertía a los humildes muchachos de sus comienzos en opulentos millonarios.

Esa fué para los Quintero la compensación del triunfo: popularidad, gloria, riqueza y... mujeres. Mujeres que inspiraron a los insignes autores las mejores heroínas de su teatro y que dejaron en sus almas una influencia bienhechora unas veces, y un sedimento amargo otras; porque, para los escritores, la mujer viene a ser siempre, cuando menos, un motivo literario, y un elemento humano aprovechable en su obra...

EL HOMBRE

Si Serafín era la vehemencia, Joaquín era la serenidad.

Es curioso observar cómo en esas dos vidas paralelas, que

emprendieron unidas el mismo camino y simbolizaron idénticos afanes en dos barcos veleros, existía un contraste singular. Había de común en ellos la bondad, la rectitud y la hidalguía, ya que uno y otro supieron ser en el transcurso de su existencia dos grandes señores, y conservaron hasta el último momento una elegancia espiritual invulnerable. Pero cada uno ofrecía una diferencia difícilmente perceptible a los que no los trataron muy de cerca.

Si a Serafín el impulso, el arrebató y la pasión lo dominaban, Joaquín tenía, en cambio, sobre sí mismo, un dominio espiritual sorprendente. Los amores dejaron en el alma de Serafín dolorosas huellas, que le afectaron profundamente; Joaquín, por el contrario, supo sobreponerse a las pasiones con una entereza y una calma increíbles. Y el caso es que había en ambos la misma propensión afectiva, semejante inclinación a la entrega generosa y desinteresada.

Quien los conociera superficialmente podía creer que Joaquín era, dentro de su proverbial cortesía, un hombre reservado, que permanecía en la sombra, como relegado a un segundo plano por la palabra cálida y brillante de Serafín, por su simpatía arrebatadora y su cordialidad absorbente. Sin embargo, toda la vitalidad exterior de Serafín se traducía para Joaquín en vida interior. Por eso precisamente se hallaba siempre un poco ajeno a todo, descentrado, absorto en sus creaciones, preocupado por el ir y venir de sus personajes, soñando despierto... Y ese mismo aislamiento, esa fiebre creadora, le hacía, aun sin quererlo ni proponérselo, estar por encima de la realidad cotidiana; podría afirmarse que contadas cosas le afectaban y que tomaba muy pocas en consideración. Lo que a su hermano le ocasionaba un serio disgusto, tal vez porque agrandaba los hechos, a él hacía le sonreír con cierta ironía desdeñosa.

Serafín daba la sensación de un hombre fácilmente irritable; y, a pesar de ello, era bondadoso y paternal en la intimidad. Joaquín parecía a su vez un hombre blando por demasiado sensible, y en realidad era duro y sufrido para el dolor. Un ejemplo nos lo demuestra. Con ocasión de un accidente de automóvil se partió una pierna en El Escorial. Al efectuarle la primera cura intentaron los médicos anestesiarlo, a lo que se opuso; la resistió, por tanto, valerosamente, y con tal impasibilidad, que el doctor que le asistía, dándose cuenta de ello, le dijo:

—«Grite usted, por favor».

—«Para qué?—respondió el insigne autor—. Mi madre está en la habitación de arriba y podría oirme».

En aquella estrecha colaboración y aquella fraternidad entrañable que unía a los hermanos Alvarez Quintero, Serafín representaba la acción, la previsión tutelar, el impulso rector, el dinamismo. Joaquín, por su parte, encarnaba el genio creador, que no da paz ni tregua a sus concepciones. Y mientras en Serafín hay una ternura vigilante, acogedora; mientras en su casa guarda para todos una afectuosidad extremada y desempeña hasta cierto punto el papel de padre, pasea por los pasillos monologando, ensimismado, desligado de las cosas pequeñas, ideando escenas y comedias con una fecundidad asombrosa...

En este sentido, Joaquín es unilateral; le absorbe y obsesiona la labor creadora, y esta pasión es tan poderosa, que no hay en su vida ninguna otra pasión que la supere. Su cerebro es un horno que no descansa, y aunque en él trabajan ambos autores en una colaboración efectiva, es Joaquín el que mantiene encendido el fuego del entusiasmo y el que arrastra a Serafín al género teatral. En Serafín había un verdadero poeta lírico; en Joaquín un comediógrafo,

Uno y otro planean sus comedias, y, ya de mutuo acuerdo, se encierran en su gabinete de trabajo y plasman en las cuartillas sus pensamientos. Joaquín dicta; es el que lleva la voz cantante; Serafín escribe. Discuten ambos las situaciones, analizan la línea psicológica de los personajes, y brota el diálogo, primoroso, lleno de gracia, de lozanía y de ingenio. En Serafín prevalece la fuerza dramática, el sentimentalismo; en Joaquín la ternura y la comicidad. El primero, por temperamento, tiende a lo melancólico, a lo emotivo, a lo serio, sin que excluya por ello el buen humor; el segundo se inclina a lo festivo, a lo alegre, sin que olvide el lado conmovedor y humano de las cosas; pero en los dos se funden estas cualidades hasta lograr una armonía perfecta.

En su primera juventud uno y otro experimentan la inquietud del matrimonio. Serafín se casa a los treinta y tres años, en un gesto romántico. Joaquín permanece soltero a lo largo de su vida. El mayor queda viudo a los tres años, y siempre sentirá ya la nostalgia de un hogar. Joaquín ama la libertad y se muestra encantado con su soltería. Y he aquí que, por raro contraste, aunque Serafín parece más sociable que su hermano, porque es más comunicativo y cordial, en el fondo es más retraído que Joaquín.

que aparentando ser más serio y esquivo apetece las relaciones sociales.

Los desengaños amargan y sublevan a Serafín; a Joaquín lo entristecen sin alterarlo, y, ambos, en fin, acusan a través de sus reacciones, una personalidad dispar, anverso y reverso de un mismo medallón, que estuvo siempre unido en el afecto y en la gloria literaria.

LA OBRA

El hombre cruza por la vida—no en vano se ha dicho que nuestro paso por el mundo es solo un tránsito—con la secreta aspiración de no morir, de eternizarse en algo o en alguien. Esa ambición,—¡tan humana!—es común a todos, pero para los grandes escritores equivale a una obsesión.

Se dice que los padres ven continuada su vida en la de sus hijos; un escritor cifra su afán de inmortalidad en su propia obra. Los hijos reproducen muchas veces los rasgos físicos y morales de los padres, pero, en una comedia, en un libro, en unos versos, el escritor eterniza la verdadera esencia de su vida: su espíritu.

La obra literaria, cuando alcanza, como la de los Quintero, la cumbre de la gloria humana, guarda siempre vivo el perfume. ¡Parece increíble que en las líneas impresas de un libro se esconda un sentimiento cálido, una pasión ardiente o una gracia fina y alada... El milagro de la inmortalidad es privilegio del artista, que lo coloca en un nivel superior al de sus semejantes. Muere el hombre, más queda perenne su obra. Acaso este triunfo, que llega cuando el autor no existe, y no puede, por tanto, enorgullecerle, sea el más ambicioso al que aspire el hombre.

La pervivencia de la gloria literaria son el admirador, el erudito, el amigo, el investigador o el crítico los que contribuyen a que no se marchite. El hombre necesita siempre del hombre; por eso es generoso el hecho de que haya escritores que, por fervor a un autor o a una obra, mantengan encendida la antorcha del entusiasmo.

Los españoles somos apáticos, volubles, y, por lo general, poco amantes del Arte. En Inglaterra, en Francia, en los países nórdicos sobre todo, un escritor es un ser superior, privilegiado, que suscita el respeto y la admiración de las gentes. Aquí, —¡quién sabe si por esa familiaridad excesiva que preside en todo la vida

española!—nuestros grandes hombres apenas alteran la habitual impassibilidad de nuestro pueblo.

Decía Victor Hugo que, en Literatura, el único medio de tener razón es haber muerto.

Acaso esto no ocurra siempre, pero lo más frecuente es que suceda. Cuando la lejanía desvanece los perfiles humanos de los hombres famosos, y sus obras se estudian sin el apasionamiento de la actualidad, y, sobre todo, sin los prejuicios del momento, las cosas adquieren a la luz del análisis su verdadera valía; cobran su fisonomía propia, se descubren sus defectos,—porque es raro que las creaciones humanas alcancen la perfección absoluta—y se aquilatan serenamente sus méritos.

Pocos autores habrán sido tan combatidos como los Quintero, que infundieron a la escena española nueva savia, y renovaron con sus comedias la enrarecida atmósfera de su tiempo.

Yo he dicho que los Quintero son el Lope de Vega de su época. Y sé que esta afirmación parecerá exagerada a algunos; más estoy seguro de que algún día habrá que reconocerse así.

La obra teatral de los Quintero, que tiene una honda raigambre clásica, se caracteriza por su humanidad, por su ternura, por la difícil maestría con que pintan los más opuestos personajes y ambientes, por su valor poético, por su gracia fina y punzante, por su ingenio, por la viveza y fluidez de sus diálogos.

El teatro quinteriano no es solo la comicidad más o menos acentuada y somera del sainete, o la breve pincelada del entremés, en el que únicamente destacan los rasgos más acusados de unos tipos o el colorido de unas costumbres, sino la nota humana, viva, amarga muchas veces, y llena de conmovedora ternura casi siempre, de «Malvaloca», de Gloria, la heroína de «Cabrita que tira al monte», de Pepita Reyes, de Nena Teruel,—verdadero acierto femenino—de Cristalina, de «La Zagala», de «La dicha ajena», y de otras muchas comedias en las que, junto a la alegría de la sonrisa, percibimos, envuelto en suave melancolía, el dolor, la pasión, la tristeza, los desengaños, las lágrimas; y en el extremo opuesto de la balanza, el optimismo, la esperanza, la risa, la alegría de vivir.

Porque, así como en otros autores el dolor se sobrepuso a todo, en los Quintero triunfó la alegría. Lo curioso,—ya lo he dicho antes—es que al principio sus comedias eran tristes y amargas. El escritor pinta siempre la vida a través del prisma que la con-

templa. El dolor pesa mucho en el alma. El éxito, también; hasta el punto de desvanecer las nieblas que la entristecían. Por eso luego, las comedias quinterianas se tornaron claras y luminosas. Y es que el hombre, cuanto más vive, mejor entiende que la vida, por ser precisamente amarga, hay que embellecerla y llenarla de alegría y de risas, aunque solo sea en la ficción de un escenario.

Únicamente por ese rayo de sol que los Quintero llevaron a su público, merecen la gratitud y el recuerdo; si su obra no fuera digna también de esa luz que sigue brillando a través del tiempo, como una promesa de inmortalidad.



ALBUCA SIS

EL HOMBRE Y SU OBRA

Trabajo inaugural del curso académico, leído por su autor el Dr. D. José Navarro Moreno, en 18 de Octubre de 1947.

Se dice que sin el principio de la libertad del hombre, ni la vida moral del individuo, ni la de colectividad alguna sería posible. Esta libertad es la base de la responsabilidad de sus actos. Y sin embargo, esta libertad es mito, pues la voluntad del hombre solo es libre en los actos internos, no siéndolo siempre para los externos, que están condicionados por una serie de acciones obligadas por la vida de sociedad y por la lucha por la existencia. Aún más, si analizamos la manera de producirse estos actos internos, podremos comprobar que en muchas ocasiones, tampoco dependen de nuestra libre voluntad, sino que son dirigidos por impulsos superiores que regulan nuestra acción y dirigen nuestra conducta.

Se nos plantea, en ocasiones, la necesidad o la conveniencia, de acometer una empresa para la que, despues de un imparcial examen de conciencia, no nos consideramos capacitados. Sería lógico que, de no sernos impuesta su aceptación de modo inexcusable, la rechazáramos siguiendo los impulsos de nuestra voluntad; pero se interponen estos otros impulsos superiores a que nos referimos, llámense vocación, orgullo, decoro, vanidad, etc., desviando nuestra tendencia y obligándonos a aceptar la empresa, con tanto más empeño, cuanto más difícil sea su realización.

Estas breves consideraciones explican nuestra situación en este acto. El protocolo establecido por esta ilustre Corporación me otorga, no el deber, sino el derecho de inaugurar este curso académico. Reconozco imparcialmente que es empresa superior a mis precarias facultades, que debo declinar el honor; pero los impulsos superiores sobreponiéndose a nuestra voluntad, nos impiden sustraernos a la satisfacción de ser protagonistas de un acto de tanto relieve, y aceptamos el compromiso.

Cuando la cuestión está planteada, nuestro compromiso adquirido y sin posibilidad de una honorable renunciación, forzados por las circunstancias, sacamos fuerzas de flaqueza y poniendo a contribu-

ción nuestra buena voluntad, única facultad de la que disponemos sin tasa, acometemos la empresa convencidos de que nuestro discurso no ha de resultar a tono con el culto auditorio, pero también con la esperanza de que no nos ha de faltar vuestra indulgencia, pedida en este caso, no para encubrir un sentimiento de falsa modestia, sino para disculpar una deficiencia efectiva.

* *
*

Cuando hemos pasado de la juventud, tal vez también de la madurez, y empezamos a descender los escalones que nos han de conducir a la liquidación de nuestras cuentas terrenales, volvemos la mirada hacia el pasado, donde ya encontramos un panorama más amplio, complaciéndonos en el estudio y meditación del pretérito, seguramente porque el futuro no nos ofrece nada grato a nuestro meditar y porque refugiándonos en la historia, por la diferencia cronológica con nuestro presente, nos da la sensación, siquiera sea en visión de espejismo, de rejuvenecer.

Estas reflexiones nos han llevado, casi inconscientemente, al campo de la historia, para elegir tema para nuestro discurso. No contando con medios y aptitudes para hacer, como hubiera sido nuestro deseo, un trabajo de investigación, hemos tenido que conformarnos con uno más modesto de recopilación, eligiendo como asunto la figura de ALBUCASIS, que siempre despertó nuestro interés, por ser médico, creador, o mejor dicho, dignificador de la importante rama quirúrgica de la medicina, y sobre todo, por haber sido cordobés de nacimiento y residencia; una figura cumbre de la medicina cordobesa, que brilló con luz propia durante todo el período de su actuación, cuyos destellos pudieron percibirse durante varios siglos después de su muerte, contribuyendo con su obra al esplendor inigualado del califato cordobés.

* *
*

ALBUCASIS.—El hombre y su obra

En el transcurso del siglo VIII, encontramos en su final la dinastía visigótica, que pronto ha de terminar con la caída de D. Rodrigo, el último de sus reyes.

La decadencia del Imperio visigótico, que por lo que se refiere a las concepciones, a la industria, al comercio, se acusa de modo evidente, no alcanza a las ciencias y a las artes, como lo demuestran las obras imperecederas de aquella época, como son las «Etimologías de

San Isidoro de Sevilla» y el más grandioso monumento de la cultura hispano-gótica, el «Fuero Juzgo», compilación de todas las leyes existentes desde Eurico, compuesto por el Concilio Toledano XVII, reunido por Egica, sobrino de Wamba y padre de Witiza.

Por lo que a medicina se refiere, sabemos que había alcanzado un grado de cultura superior, heredera de la que brilló en los siglos de la Roma Imperial, unida a la que fué quedando como sedimento de los pueblos más cultos de la tierra que sucesivamente la fueron ocupando. Existían centros culturales, como la Universidad fundada en Huesca por Sertorio, y difundidas por todo el territorio de la nación Academias, casas de estudios y centros en los que se cultivaba la inteligencia por el estudio y la observación.

Cuando las tribus salvajes del Yemen, levantadas por Mahoma, se lanzaron a la conquista del Mundo para el Islam, se encontraron en el Imperio gótico español, esta civilización tan avanzada, que hacía contraste con la rudeza salvaje de los invasores, que hicieron incendios, devastaciones y saqueos estas escuelas e instituciones, que como reliquias de antiguas civilizaciones, aún florecían por aquellos tiempos, los cuales fueron víctimas de la ferocidad de las hordas de Muza y de Tarick.

Este pueblo de invasores, cuyo fanatismo por la nueva religión, le hizo dueño de uno de los mayores Imperios de la Tierra, bien pronto tuvo la preocupación de adquirir la grandeza intelectual que le faltaba, y con el mismo fervor que demostrara en su proselitismo religioso, recoge y absorbe la ciencia de las comarcas invadidas. Y así como los germanos, que con ellos se disputan las ruinas del Imperio romano, siguen el camino de la barbarie de la que se vanaglorian, los islamitas, valiéndose del concurso de los pueblos dominados, adquieren en poco tiempo vastísimos conocimientos, rindiendo culto a los sabios y aprendiendo ciencias extranjeras, sin que para ello constituya un obstáculo su religión o su idioma.

Pasados los primeros furioses de la invasión guerrera, pronto empiezan a llegar a España, atraídos por las óptimas condiciones de su suelo y de su clima, tribus enteras de Arabia, Persia y Berbería, que se establecieron en la Península, a las que acompañaron los primeros sabios orientales, cuya cultura tenía como fundamento la alquimia copta, unida a los restos de la cultura greco-romana que aún quedaba en Alejandría como reliquia de pretéritos esplendores.

Encuentran en España, como dejamos apuntado, una cultura de alto nivel y de la fusión de culturas, la indígena y la importada, nace

la cultura arábigo-española que tanto esplendor había de alcanzar en la posteridad.

Interesa consignar, por la influencia que tuvo en la Medicina de aquellos tiempos, que de los restos de la espléndida biblioteca de Alejandría, incendiada por orden del Califa Omar (según aseguran algunos historiadores, aunque no todos compartan esta opinión), fueron traídas a España las obras de Galeno y Pablo de Egina, que fueron traducidas y que despertaron gran interés entre los médicos árabes, cuyas ideas se asimilaron con gran entusiasmo, enriqueciendo estas traducciones con acertados comentarios.

Los principales impulsores del progreso científico y en general de todas las manifestaciones de la cultura árabe, fueron los propios Califas, que apoyando y fomentando la labor de los sabios, se convirtieron en verdaderos cultivadores de la ciencia, una vez apagados los furores de la invasión y satisfecha la pasión mahometana por la conquista, fundando hospitales, bibliotecas, escuelas e institutos de cultura en Damasco, Bagdad y El Cairo, en Oriente; en Córdoba, Toledo y Granada, en Occidente, principales centros culturales, desde donde se irradian los luminosos destellos de una nueva civilización. Para la asistencia de enfermos se fundan dispensarios y enfermerías de los que solo en Bagdad se cuentan más de sesenta instituciones de este género y un número no menor en Córdoba.

Con la designación de Abderramán I, como primer Emir independiente de Damasco en España, se inicia el florecimiento de la cultura en Occidente, fomentada con gran entusiasmo por sus propios Califas, a lo que contribuyen con sus personales aportaciones científicas, literarias y económicas.

Establecida la sede del califato occidental en Córdoba por Abderramán, embellece la capital con muchos y notables monumentos y jardines, llegando a rivalizar con Bagdad, iniciando la construcción del más grandioso monumento de la época, la sin par Mezquita, con un plan semejante a la de Damasco.

En su nombre levantó hospitales y escuelas que dotó con rentas propias.

Este impulso iniciado, fué continuado por los Emires que le sucedieron, como lo demuestra las sucesivas ampliaciones de la gran Mezquita, llevadas a cabo por Hixem I, Abderramán II y Alhakem.

Pero con Abderramán III, octavo Emir independiente de Córdoba y el primero que en España usó el título de Califa, es cuando llega la cultura arábigo-española a su máximo apogeo y extraordinario es-

plendor, impulsada por las iniciativas y fondos propios de este Califa. Mandó construir Zahara, donde reunió lo más rico, más bello y más fantástico que pudiera soñar la más exaltada imaginación de un árabe. Protegió el estudio de las ciencias y el cultivo de las letras con tal pasión y entusiasmo, que en su tiempo llegó a ser el Imperio arábigo-hispano centro y emporio de la cultura. Creó en Córdoba la primera Academia de medicina de Europa e hizo prosperar en tal grado la poesía, la arquitectura, la historia, la geografía, las ciencias naturales, la medicina; en una palabra, todas las ramas de los conocimientos artísticos, literarios y científicos, que según dice Lafuente su residencia de Meruan, más que palacio de un príncipe, era una academia continua en la que colaboraba el propio Abderrahmán, hombre de gran erudición y poeta, y sus hijos, poetas, historiadores filósofos, y hasta las mujeres, como Aixa, de la que dice Aben Hayan que fué la más erudita de su siglo; Mozna, poetisa y secretaria del Califa, Sofía, Moviatedia y otras.

Su hijo y sucesor Al Hakem II, fué digno continuador de esta obra. A costa de grandes dispendios fué reuniendo los mejores libros de geografía, de historia y de genealogía, comprando o haciendo copiar por medio de agentes las mejores obras de Siria, Bagdad y Persia, llegando a reunir una biblioteca cuyo catálogo formaba cuarenta y cuatro volúmenes de cincuenta folios cada uno, de la que nombró bibliotecario a uno de sus hermanos.

Se cuenta que un rico señor de Córdoba, había fundado una Academia de cuarenta miembros, que se reunían con frecuencia durante los tres meses de invierno, en una sala ricamente decorada y perfumada con las más preciosas esencias. Después de largas discusiones de literatura y ciencia, el fundador les convidaba a una mesa espléndida, para hacerles descansar de los trabajos del día.

En este ambiente de elevada cultura y refinamiento artístico y literario, en el que ya habían brillado algunas estrellas de primera magnitud, como Mohamed Abul Beker Ben Takaria, conocido por Rasis o Razes por haber nacido en Razi (Persia), cuya exuberante labor médico-literaria, considerada fundamental, es probable que se desarrollara en nuestra patria donde, según León el Africano, escribió su famoso libro «El Mansuri», dedicado a Almanzor o más probablemente a Al Mansur, Califa oriental, y Abul Casim Moslama Ben Ahmed el Madjridz, que podemos considerar como el primer médico español que mereció el nombre de sabio y cuya labor pedagógica fué tan transcendental que de la escuela por él creada salió

una verdadera legión de discípulos cuya fama se extendió hasta un siglo después, y otros muchos cuya enumeración silenciaremos en gracia a la brevedad, aparece Albucasis, nacido en Córdoba, con toda probabilidad en Zahara, durante los reinados de Abderrahman III y Al Hakem II, de los que fué médico privado y favorito y aun algunos autores le conceden el mismo privilegio cerca del Hagib Almanzor.

Fué su figura de tal relieve, que un historiador ha dicho de él que en ciencia llena un periodo gloriosísimo que bien puede calificarse como el siglo de oro de la cultura cordobesa, cuya fama se mantuvo hasta el final de la Edad Media, sirviendo para texto y consulta las obras del sabio español en todas las Universidades de Europa hasta el Renacimiento.

Hemos buscado con el mayor empeño los datos necesarios para hacer su biografía sin lograr nuestro propósito, pues así como su obra se conoce, casi íntegramente, por los muchos escritos que han llegado a nuestros días, algunos de los cuales se encuentran actualmente en la biblioteca del Escorial y que después estudiaremos, de su personalidad nada cierto se sabe. Su vida nos es desconocida y en lo poco que hemos podido averiguar, todo es confuso y contradictorio. Y ¿no es extraño, y hasta inadmisible, que una personalidad de tanto relieve, que tanto figuró y se distinguió por su sabiduría en la corte de varios Califas, no haya tenido un biógrafo que nos hubiera dado a conocer todo cuanto se relaciona con su vida y que a juzgar por su obra debió ser de gran originalidad? Después de mucho meditar sobre este extremo hemos llegado a la conclusión de que los biógrafos no pudieron faltar; indudablemente los hubo y probablemente no uno solo. Pero es lógico que estas biografías quedaran archivadas en la biblioteca del lugar de su residencia, Medina Azahara, y esta biblioteca, que según Simonet contenía en tiempo de Al Hakem II (961-976) 400.000 libros minuciosamente anotados por el propio Califa, sufrió un primer expolio en el reinado de Hixem (976-1.000) ordenado por Almanzor, que para evitar los rumores levantados contra él por los teólogos musulmanes que lo acusaban de descreído, mandó quemar todos los libros de filosofía, que según los sacerdotes arábigos, daban margen a la heterodoxia. En el año 1010 los bereberes se apoderan de Medina Zahara, la saquean, la incendian y casi la destruyen y el Califa tiene que vender los libros de la gran biblioteca de Al Hakem para procurarse recursos, muchos de los cuales es posible que fueran a enriquecer las bibliotecas grana-

dinas en donde el Cardenal Ximenez de Cisneros mandó quemar los 5.000 volúmenes de manuscrito allí existentes, cuando la conquista por los Reyes Católicos, de los que solo se salvaron 300 que fueron trasladados a Alcalá y actualmente se encuentran en la biblioteca de El Escorial. En 1013 sufre un nuevo saqueo y destrucción, después del cual casi nada queda en pie. Después de estos episodios, hay motivo para pensar que desapareciera cuanto hubiera referente a la personalidad que nos ocupa y aun es posible que no solo desaparecieran las biografías, sino también otros libros de medicina, que por este motivo no hayan llegado a ser conocidos.

Sea por lo que fuere, lo cierto es que todo en la vida de Albucasis, desde la cuna a la tumba, aparece envuelto en una nebulosa; cuantos datos se consignan por los historiadores que de él se ocupan son confusos y contradictorios, consecuencia probable de interpretación o de error informativo y que cuando tratamos de puntualizarlos nos encontramos desorientados, sin saber que opinión aceptar, dada la solvencia y categoría de sus autores.

No nos ha sido posible, en verdad, revisar una amplia bibliografía, como hubiera sido nuestro deseo, pero sí la suficiente para llegar a la conclusión de que la biografía de Albucasis está por hacer; y aunque nosotros no podemos tener la vanidad de intentar siquiera este capítulo de la historia cordobesa, con el exiguo material de que hemos dispuesto, trataremos de hacer un boceto comentado.

Su nombre.—Aunque en sus principios fundamentales todos los historiadores designan a Albucasis con el mismo nombre, la forma de expresión, la ortografía y sobre todo, la vulgarización de su apelativo por latinización más o menos lógica, varían considerablemente. Entresacamos algunos de los registrados:

Ramírez de Arellano: Kalaf ben Abbas Abuleasin Az Zaharawi.

González Prats: Abu-l-Kasim-Khaleff-Ibn-Abbas-Az-Zaharawi.

Fernández Martínez: Abul Casim Caleb Ben Abbas ó
Kalaf Ben Abbas Abul Casim.

Casiri: Jalaf ben Abbas Abuicasse Alzaharavi.

Colmeiro: Jalaf ben Abbas Albukasem.

Courtin: Abul Cacem Schalaf ben Abbas.

En el diccionario Espasa vemos estas tres versiones:

Abul Kasim Ben Abbas Az-Zaharawi.

Abul Kasim Chalaf Ibn Abbas.

Abul Kasim Khaleff Ibn Abbas.

De este nombre se han deducido las más variadas simplificaciones

nes; así vemos designarle Bucasis, Albucasis, Alzaharavius, Alzaragi, Azagiri, Esarani, Kalaf, Golaf y el más particular de todos que se encuentra en la traducción de uno de sus libros, Benebenacerim, nombre que resulta de la transformación de BEN ABBAS en BENABE con el final NACERIM en lugar de ZAHARAVI, hecho seguramente por el copista.

No nos consideramos con la suficiente autoridad para determinar cual de estos nombres sería el auténtico; hacen falta más conocimientos del idioma árabe de los que nosotros poseemos para hacer la debida crítica; mas si lo analizamos en el fondo, solo encontramos variantes de ortografía y en la colocación de los que podríamos denominar sus apellidos. Así pues, analizándolo en sus partes tenemos que Jalaf, Kalaf o Kalef es el nombre propio, el equivalente a nuestro nombre de pila. Después le sigue un patronímico, ben Abbas, que quiere decir hijo de Abbas. Sigue, según la costumbre árabe, otro nombre que indica paternidad, Abu-Kasem. padre de Kasem su primogénito, nombre que según tradición solía aplicársele, a semejanza de Mahoma, al primer hijo de la familia. Por último lleva un apelativo de nacimiento o residencia, que este es punto no totalmente dilucidado, Az Zaharavi o de Zahara.

Lugar de su nacimiento —También acerca de esta cuestión existen diversas opiniones, siendo la más generalmente admitida la de que nació en Córdoba, trasladándose después a Medina Zahara, donde se estableció a su regreso de Bagdad y donde ejerció la medicina. Pero hay quien sitúa en esta maravillosa residencia su propio nacimiento. Por otra parte, en un manuscrito existente en la biblioteca de la Universidad de Lieja, sobre el cual publicó Mr. Eugenio M. O. Dognée un interesante trabajo en francés en el «Boletín de la Real Academia de la Historia», de Madrid, el año 1892 y que traducido por el eximio Profesor D. Rafael Castejón, con la colaboración del humanista y farmacéutico D. Antonio González Soriano, fué editado por la Academia de Ciencias Médicas de Córdoba, en el año 1925, bajo el título «La higiene de Albucasis», hay una lámina que figura como portada, en la que aparece la siguiente inscripción: «Albullasem de Baldac filius Habdi medici composuit hoc librum», lo que ha hecho suponer que fuera Bagdad el lugar de su nacimiento. Del estudio que Mr. Dognée hace respecto a este particular, llega a la conclusión de que esto debió obedecer a su deseo de recordar, con su mención unida a su nombre, la Escuela en donde estudió y obtuvo el diploma instituido por los nestorianos, equivalente a nuestro actual título

profesional, que entonces se concedía en Bagdad, no ofreciendo duda en la actualidad, después de las concienzudas investigaciones de un historiador arabista de la solvencia de Casiri, que el lugar de su nacimiento fuera Córdoba.

Periodo de su vida.—Respecto a la fecha en que vivió nada puede decirse. Desde la segunda mitad del siglo X en que lo sitúa Diepgen y González Prats, hasta el siglo XIII en que Freind localiza su florecimiento, se han consignado las más variadas fechas por los distintos historiadores, siendo de extrañar estas contradicciones en eruditos de la más alta reputación, todos de la mayor solvencia y que, sin embargo, no puede admitirse que todos sean veraces.

En un discurso leído en esta misma Corporación, por el malogrado médico D. Pablo García, dice que Albucasis nació en Azzahara cuando Abderrahmán acababa de consolidar su reciente poderío lo que, como es natural, tuvo que ser antes del 961 en que este murió. También dice que fué educado en la corte de Alhakem II.

Don Miguel Colmeiro, en un trabajo titulado «La botánica y los botánicos de la península Hispano-lusitana», dice «era un árabe nacido en Córdoba antes del año 1085 y muerto en 1122».

Jaén Morente en su «Historia de Córdoba» dice que nació en el año 860 y que murió centenario.

En el Diccionario Espasa se sitúa la fecha de su muerte en el año 961 o en el 1013, fecha esta última que acepta como probable, sin que nos indique la fuente de información, Fidel Fernández en «La medicina árabe en España».

Estas citas, que entresacamos para evidenciar el contraste que existe entre los historiadores que se han ocupado de esta gran figura de la medicina árabe, denotan, además de la ignorancia del dato, una ligereza en la interpretación de los hechos que podemos admitir como ciertos y positivos y que si no bastan a dar una fecha fija, al menos nos pueden proporcionar una aproximación muy admisible.

Al finalizar el califato de Córdoba se sucede un periodo de intensos desórdenes y luchas interiores, que vinieron a terminar en el derrumbamiento del que había sido floreciente Imperio Hispanomusulmán, cuyo territorio se dividió en los múltiples reinos de Taifas, por el levantamiento e insubordinación de numerosos cabecillas, que se erigieron en magnates del territorio en que dominaban. Una de las consecuencias, y de las más funestas, por cierto, fué el saqueo, incendio y destrucción de la hermosa residencia califal que mandara construir Abderrahmán III. Esto acaecía en el año 1010 y se repite en

el 1013 en que se completa su destrucción, como antes dijimos, después de la cual apenas quedaron insignificantes vestigios.

En este periodo revuelto en que Córdoba estuvo dominada por los Almorávides y en el que, como siempre que se perturba la paz lo es con grave quebranto de la cultura, en que se abandona el cultivo de las Ciencias, las Artes y las Letras, que viene a ser suplantado por el de las armas, periodo de odios, rencores y disputas, no lo podemos considerar apto para el desenvolvimiento de un genio de la Ciencia como Albucasis, que habría de necesitar para su labor un ambiente de paz y tranquilidad.

Estas consideraciones nos hacen situar su vida en un periodo anterior y lo mas que podemos admitir es que su muerte, a muy avanzada edad, tal vez centenario, como afirma León el Africano, acaeciera por este tiempo y aún no es temerario suponer que lo fuera víctima de estas revueltas. Además, si el calificativo final de su nombre, Az Zaharavi, es una demostración plenaria, que no ofrece la menor duda, del lugar de su residencia, es lógico que liguemos su existencia a la de la maravillosa mansión. Claro está que pudo haber emigrado al ser saqueada y destruida; pero hay motivo para pensar que un hombre de su relieve no pasara desapercibido y dondequiera que hubiera fijado su residencia hubiera sido notado lo suficiente para que se tuviera conocimiento de ello y después de los trastornos mencionados nada se vuelve a saber de tan ilustre persona.

En el folleto «La Higiene de Albucasis», ya citado, dice Mr. Dog-née; «A su regreso a Córdoba donde se estableció en 1085», dato que toma del prefacio de su libro «Tratado de Cirugía; y más adelante «a su vuelta a España el médico diplomado de Bagdad fijó su morada en la Ciudad de la Flor, creación galante y fastuosa que había hecho edificar Abderrahmán III y que llegó a ser la residencia favorita de los soberanos». Y más adelante aún, repite: «cuando Jalaf vino a fijarse en ella, la residencia califal brillaba en todo su esplendor». En otro lugar nos dice: «si no poseemos la fecha exacta del nacimiento de Jalaf, los manuscritos árabes del Escorial nos enseñan que murió en el año 500 de la Hégira, o sea el año 1122 de la era Cristiana. La muerte le sorprendió en Córdoba, añade el autor analizado por Casiri, lo cual podría entenderse por Medina Zahara, residencia real dependiente de la capital y de la cual no estaba alejada».

Como se vé, se da por hecho el establecimiento de Albucasis en Medina Az-Zahara a su vuelta de Bagdad y se fija como fecha el año

1085, y aún dice que murió en el 1122 y que la muerte le sorprendió en dicha residencia, sin tener en cuenta que, como dejamos consignado, la destrucción de Medina Az-Zahara tuvo lugar en 1013: y aunque querramos llevar la cuestión al último extremo y tengamos en cuenta los intentos de restauración de la suntuosa residencia de Hixem III, nunca podremos sobrepasar la fecha del 1031, en que tuvo lugar la proclamación de la república en Córdoba a la caída del último de sus Califas. Por consiguiente, es en absoluto imposible de admitir que en el año 1085 Albacasis se estableciera en Medina Az-Zahara a su vuelta de Bagdad, y menos se explica que se afirme que esto sucedía en pleno esplendor del Califato, puesto que todos sabemos que la decadencia empieza con la muerte de Almanzor en el año 1002, en que se fracciona el Califato en los pequeños reinos de Taifas, transformación que dura hasta el año 1036. Así pues, o hay error en las fechas o en los hechos, y aunque cueste trabajo admitirlo, hay que convenir en la errónea documentación de estos autores, pese a su solvencia y categoría, y que tal vez tenga su origen en que el autor analizado por Casiri a que se hace referencia, sea el historiador arabe Ossaibiah, que es, a fin de cuentas, la única guía a la que todos los escritores de estos asuntos se refieren, el cual entremezcla a sus historiadados hasta el punto de invertir el orden de su tiempo en el existir. Una revisión de los documentos existentes, que lamentamos no poder efectuar, es probable que pudiera dilucidar estas confusiones.

Por nuestra parte, aunque nuestra modesta opinión no tenga valor alguno, hemos adquirido el convencimiento de dos hechos indiscutibles; uno su convivencia con los tres Califas del periodo floreciente del califato cordobés; otro su residencia en Medina Az-Zahara, por lo menos en la época de su apogeo. Este periodo del califato se encierra entre el año 912 en que sube al trono Abderrahmán III y el 1002 en que termina con la muerte de Almanzor. Entre estas dos fechas entendemos que se debe encajar la vida de nuestro personaje y si admitimos con fecha de su muerte el año 1010 o el 1013, que es la admitida por mayor número de historiadores, y admitimos que murió centenario como afirma León el Africano, pudo haber nacido en el año 910 a 913, lo que armoniza su florecimiento durante el periodo de esplendor del califato cordobés, su apogeo durante el reinado de Abderrahmán III (912 a 961), de Al Hakem II (961 a 976) y de Hixem II (976 a 1000); que fuera médico privado y favorito de los tres Califas y del Hadgib Almanzor y que su vida se desarrollara en la so-

berana residencia de Zahara, incendiada y saqueada por segunda vez en el 1013.

Si la fecha de su nacimiento es una pura confusión, no aclarada hasta el momento actual, de las características de su persona ni de su vida privada nada se sabe, ya que lo único que ha llegado a nosotros y por lo que conocemos la altura de su situación en el ambiente médico-científico de su tiempo, son escritos de medicina. Sabemos que su padre, Abbas, era también médico, aunque no de tanto renombre, pero de gran posición económica y es posible que influyera en su vocación inclinándolo a los estudios de la medicina, según tradición de aquellos tiempos en los que el ejercicio de esta profesión se vinculaba en las familias, como aún sigue siendo frecuente en nuestros tiempos.

Dicen algunos cronistas que Albucasis se educó en la corte de Al Hakem II. No discutimos el hecho; pero sí admitimos, como muy probable, que siendo su padre médico y de elevada posición económica, como lo demuestra algún dato que después apuntaremos, disfrutara de los favores que los Califas acostumbraban a dispensar a todos los hombres de estudio de su tiempo, lo que nos hace suponer que su infancia y adolescencia se desarrollara en el ambiente cortesano y casi con toda seguridad, en la propia residencia califal de Medina Az-Zahara donde, según cuentan los cronistas, existía una población de más de 30.000 almas.

Era Medina Az-Zahara una ciudad de ensueño, en la que se habían acumulado para su construcción, cuantas riquezas puede soñar la más exaltada imaginación. Construída en uno de los más pintorescos lugares de la incomparable sierra cordobesa, sobre uno de los declives de su vertiente occidental. Si contemplamos las bellezas que encierra la Alhambra granadina, con su palacio ricamente decorado con afiligranados paramentos y artesonados, sus fuentes y sus jardines, podremos tener una idea aproximada de lo que debió ser esta suntuosa residencia que era muy superior en la belleza del decorado y en la riqueza de sus materiales, hasta el extremo de que en alguna ocasión se pensó que sus descripciones fueran una pura fantasía, como las que inspiraron los cuentos de las mil y una noches, debida a la exaltada imaginación de los musulmanes. Hoy, después de los descubrimientos llevados a cabo en las recientes excavaciones, no cabe duda de que toda descripción, por fantástica que parezca, no es más que una sombra de la realidad. Capiteles con ricas tallas de

piebra, con incrustaciones de oro y piedras preciosas, columnas de porfido y jaspe, pavimentos de mármol y alabastro, alicatados de mosaicos bizantinos sobre fondo de oro, puertas de ébano y marfil, techos dorados, armaduras de maderas de cedro... y en el de la sala de los Califas un estanque de azogue. En la descripción que Edrisi hace de Medina Az-Zahara se dice que existían palacios de tan gran belleza, que es imposible describirlos.

Esta serie de riquezas acumuladas en aquella residencia, demuestran la opulencia y el esplendor de la corte de los Califas, en cuyo ambiente tuvo lugar el desenvolvimiento de la adolescencia de Jalaf, de cuyos beneficios es seguro que participara, disfrutando de sus festivales y diversiones.

En este periodo de la vida en que la exaltada imaginación tan fácilmente se deja impresionar del ambiente; en el que se ha de decidir el porvenir; en el que se ha de elegir el camino a seguir y que determinará la situación del individuo en el futuro, había de establecerse una lucha en el ánimo de Albucasis que se vería atraído, de una parte, hacia la vida regalada y holgada que le brindara el ambiente de una corte de esplendor y magnificencia; de otra, la vida de estudio, trabajo y sacrificio que supone el ejercicio de una profesión de tanta abnegación y renunciamiento como la de médico, a que le impulsara la herencia de su padre, que por su parte, no dejaría de influir para atraer al hijo al propio campo de su profesión, tal vez reforzada por la tendencia del propio Califa de fomentar el cultivo de la ciencia y con especial interés el de la medicina. En esta disyuntiva dominaron los nobles impulsos y renunciando a los placeres y satisfacciones cortesanos, entró de lleno por la senda del estudio.

Después de analizar su obra, se comprende que no podía ser de otra manera. Quien llevaba en sí la semilla de una producción como la de Albucasis, que sobrepasa los límites de lo vulgar, es porque nace con la condición de genio y fatalmente había de situarse en condiciones de desarrollarla, aunque su voluntad se hubiera opuesto a ello, venciendo cuantos obstáculos se le hubieran interpuesto. Albucasis nació para sabio y sabio fué.

Así pues, no es de extrañar, que lo mismo que nuestros contemporáneos, que la condición humana, siempre ha sido la misma, cualquiera que sea el tiempo o la raza, buscan en los centros de superior cultura, antes Francia e Inglaterra, después Alemania, ahora Norte América, donde ampliar sus conocimientos, donde saciar su afán de aprender, Jalaf se trasladara a Bagdad. Y eso que Córdoba era, por

aquel entonces, uno de los principales centros del mundo en donde se concentraba el estudio de las ciencias médicas, hasta el extremo de que todos los escritos nos hablan de que los extranjeros más ansiosos de saber venían a Andalucía para instruirse en el arte de curar y aun en otras ciencias, de tal suerte, que bien puede asegurarse como inconcuso, que no hubo en aquellos tiempos persona de nombradía en el resto de Europa que no hubiese venido a aprender a las escuelas de Córdoba.

A pesar de esto, que ya supone en Albucasis un grado de cultura muy superior, no duda en afrontar las dificultades de un viaje, que supone el paso de uno a otro continente, que no habrían de ser despreciables en aquellos tiempos de precarios medios de comunicación y a expensas de no pequeño desembolso, lo que ha hecho suponer a su padre poseedor de cuantiosa fortuna.

Era Bagdad el único centro que por aquellos tiempos se pudiera considerar, en orden a cultura, superior a Córdoba y a él llega Albucasis impulsado por una plausible avidez de estudio y ansia insaciable de saber, atraído por la resonancia de las sabias enseñanzas de Rhazes autor, entre otros muchos, del libro titulado «El Hawy», que viene a ser un compendio de toda la ciencia médica de su siglo, cuyo original se conserva en la biblioteca del Escorial, y de otros sabios contemporáneos.

Elevado Bagdad a una superioridad que le colocó por cima de todas las demás ciudades de los estados musulmanes, por el impulso que le diera Harum al Raschid, poseía un Colegio de médicos cuyos directores estaban encargados de examinar a quienes se dedicaban al arte de curar y otorgar el título instituido por los Nestorianos en el siglo VIII. Contaba, además, con amplios Hospitales; en el mayor, fundado en 977, trabajaban veinticuatro médicos y existían diferentes departamentos, para las enfermedades internas, para las quirúrgicas y para las de la vista, publicándose notas clínicas de los casos más notables. Estos establecimientos se utilizaban para completar la enseñanza superior, y farmacias públicas facilitaban el estudio de los medicamentos. El estudio de la anatomía lo mantenía en un nivel muy inferior al de las demás ramas de la medicina, el escrúpulo religioso, limitándose a repetir las lecciones de Galeno.

En este ambiente científico, que las espléndidas instituciones de Bagdad le brindaban, el genio de Albucasis solo pensó en aprender largamente los recursos científicos cuyo tesoro se abría ante él y que cayendo en un terreno predispuesto y bien preparado, se asimiló

íntegramente, dándole una formación tan sólida, que pudo constituir la base para la obra admirable que escribió y que le ha dado a conocer en la posteridad como un verdadero genio de la medicina.

No sabemos el tiempo que permanecería en Bagdad, de cuya estancia atestiguan ciertas referencias de sus propios libros; pero es seguro que cuando se consideró, con las sabias lecciones de sus maestros, suficientemente impuesto en las materias motivo de su estudio, regresa a Córdoba, sin que podamos precisar la fecha, pues por las razones expuestas anteriormente, no podemos admitir la del año 1085 que da Mr. Dognée, donde, según dice este autor tomado del prefacio de su «Tratado de Cirugía», se encontró a la cabeza de una clientela importante en la que había príncipes y duques, tal vez emires y jeiques; dividiendo su tiempo entre los numerosos deberes de su profesión, una clínica donde, sin duda, admitía alumnos, a los cuales se dirige en sus escritos y la redacción de sus numerosas obras. No creemos, de ser cierto todo ello, que se pueda dar un mejor aprovechamiento del tiempo, ni una mayor capacidad de trabajo.

Dada la extensión de su obra conocida y tal vez algunas más que no hayamos llegado a conocer, es lógico pensar que esta norma de vida fuera la que siguió hasta su muerte, dedicado a un trabajo intensivo día y noche, con muy poco tiempo para el descanso, máxime teniendo en cuenta que, como dice al ocuparse de la cirugía, no hay operación descrita por él que no haya practicado, lo que le absorbería no poco tiempo, siendo difícil de compaginar esta labor práctica de asistencia a importante clientela, la práctica de infinitas intervenciones quirúrgicas, que según su propio consejo habían de ser realizadas con toda cautela y una fecundidad literaria tan exuberante que difícilmente ha podido ser igualada y seguramente no ha sido superada por nadie. Es, en resumen, la vida de Albucasis, la de un hombre extraordinario; un astro de primera magnitud, cuyos fulgores perduraron durante varios siglos y cuyo resplandor aun nos deslumbra.

En «Histoire de la Médecine Arabe» de Leclerc (Paris, 1876), al hablar de la importante obra realizada por Albucasis, se lee: «Hay un hecho digno de mención en la historia de la medicina francesa del siglo XIII. Muchos médicos italianos abandonaron por entonces su patria, como consecuencia de las guerras de Gúelfos y Gibelinos, refugiándose en Francia, a donde llevaron las obras y doctrinas de Albucasis, que resulta, por ésto, ser el restaurador de la cirugía gala.

Parece que el primer importador fué Roger de Palma, médico de Palermo. Con él fueron a París Bruno de Calabria, Lafranc, Tadeo, Luis de Regio, Hugo de Lucas, Nicolás de Fiorencia, Velasco de Tarento, Luis de Pisa, Augusto de Verona, Silvestre de Pístoia, Armando de Cremona y varios más. Desde aquel momento la escuela de Abul Casis tomó carta de naturaleza en París, y fué desplazando poco a poco a las de Hipócrates y Galeno, triunfantes hasta entonces».

Estas manifestaciones serían suficientes para demostrar la trascendencia e importancia de la obra realizada por este gran hombre y despertar nuestra admiración. Mas para manifestarla de un modo mas objetivo, prescindiendo de nuestra opinión, que por tratarse de un compatriota pudiera parecer apasionada, entresacamos entre las innumerables notas leídas, algunas que demuestran, de modo patente, la opinión que ha sugerido a cuantos historiadores se han ocupado de su obra. Diepgen, en «Historia de la Medicina», dice «El escritor árabe más notable que se ocupó de cirugía, Albucaşim, (segunda mitad del siglo X) es de occidente, de España». El Dr. González Prats, en su discurso de ingreso en la Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona, titulado «Alturas en las Ciencias Médicas en el Reino el Andaluz», es más explícito, dice: «Y llegamos, en fin, a la verdadera lumbrera de este siglo X que venimos rememorando. En efecto, por los tiempos tan fecundos en buenos médicos que trazamos ahora, fué cuando dió gloria a la ciencia médica Albucaşim de Zahara, el cirujano de mayor celebridad de la Edad Media». La afirmación no puede ser más categórica y rotunda. En «La Medicina Árabe en España», de Fidel Fernández, tan conocido en la Academia de la que fué Académico correspondiente, dice: «La fama de Abul Casis no ha sido superada por ningún médico español. Sus escritos, que abarcan casi todos los puntos de la medicina, se cuentan por centenares y algunos de ellos tuvieron tanta importancia, repercusión y trascendencia que durante muchos siglos giró alrededor de ellos toda la medicina de Europa, utilizándose sus traducciones como textos en todas las Universidades».

Pero en la obra de Albucaşim consideramos nosotros dos aspectos bien diferentes; uno el que pudiéramos llamar objetivo, el que se deduce del estudio de sus escritos, de suma importancia, es cierto, pero no de tanta como el otro, el que puede llamarse formativo, el que da forma a su obra, el que determina una nueva orientación de la medicina de su época y que a nuestro juicio es el que caracteriza y dibuja con claros perfiles su personalidad, el que le hace acreedor

al calificativo de genio de la medicina. Nos referimos a la casi creación de la cirugía, considerada entonces como ocupación despreciable, vinculada a curanderos, barberos y esclavos, elevándola al rango de dignidad que por derecho le correspondía y en el que se ha llegado a consagrar a partir de esta época, teniendo, además, que vencer los prejuicios que su religión le imponían salvando las leyes coránicas que le prohibían tocar el cuerpo humano y el derramamiento de sangre. Escribir libros de medicina hubo muchos, contemporáneos y sucesores que los escribieron, y aunque no hay que restarle mérito en este aspecto, no es comparable al de crear una especialidad de la importancia de la cirugía, dignificándola y dándole una personalidad independiente; y esto solo él fué quien tuvo la genialidad de hacerlo, dotándola de técnicas, reglas e instrumentos maravillosos, para lo que tenía que contar con la facultad de las concepciones originales, la decisión para llevarlas a la práctica y un poder de inventiva que supera a toda suposición. Además, vemos nosotros en este aspecto de su obra una intuición de la necesidad de ampliar los medios terapéuticos que entonces se empleaban, limitados a la aplicación y empleo de los medicamentos, con otros de distinto carácter cuya necesidad e importancia se ha venido a demostrar con el transcurso del tiempo, superado en nuestros días en que los progresos de la técnica, de la hemostasia, la asepsia y la anestesia, han llegado a colocar en un plano, si no superior, al menos de la misma importancia, la terapéutica quirúrgica y la farmacológica. Piénsese lo que sería la medicina actual sin la cirugía. Pues el iniciador de este gran progreso fué Albucasis.

El mérito de este gran paso de coloso solo podemos comprenderlo en todo su alcance, los que conocemos a fondo lo que es la cirugía en la práctica y hemos podido tocar las dificultades de su aprendizaje, contando con maestros que pudieran orientar nuestros primeros pasos y que nos aconsejaran con su experiencia. Solo así se puede comprender el mérito de un hombre al que se le ocurre la técnica y sin más precedente la aplica con toda decisión y lo que es más extraño, con todo éxito, a juzgar por la fama que adquirió y que sostiene hasta el final de sus días, demostrando con ello incluso un gran valor personal, puesto que si bien alguna vez, con larguezas asaz desprendidas y liberales, cuando acertadamente lograban salvar a algún individuo de la familia reinante, se le obsequiaba a los médicos, como reverso, en contraste deplorable, ruín y mezquino, se les castigaba con encadenamientos, prisiones, malos tratos si por

desventura caían en desagrado o malquerencia de su rey o señor o de algún gran potentado.

Indudablemente Albucasis era un iluminado, un elegido que nació con una decidida vocación asociada a las más excelsas cualidades para las materias que cultivó y de la reunión de estos elementos obtuvo un producto seleccionado que, a nuestro juicio, no ha sido igualado hasta nuestros días. No hay que dudar de que ha habido en el mundo y en nuestra patria verdaderas lumbreras de la medicina y de su especialidad quirúrgica; pero piénsese y medítese lo que supone esta obra trasportada al siglo X u XI, cuando todo estaba por hacer y no existía ningún dato experimental en que apoyarse. Yo lamento que mis facultades literarias no sean lo bastante cumplidas para que permitan expresar mi pensamiento acerca de esta figura cumbre, que cuanto más se estudia más se agiganta, y solo puedo decir que por nuestra parte merece la máxima admiración. Y no se diga que las intervenciones quirúrgicas las acometiera con temeridad y ligereza, con desprecio al semejante cuya asistencia se le confiaba, pues con rara unanimidad se manifiesta por todos los historiadores que se han ocupado de la obra de este hombre tan excepcional, su cautela y su prudencia que se refleja en este párrafo de su propia obra: «Nunca se debe acudir a la cirugía hasta que se compruebe que son impotentes los medios usuales. En ninguna circunstancia se harán operaciones desesperadas, ya que la cirugía no es admisible más que cuando el estado del enfermo permita probabilidades de éxito. Si el médico no ha reconocido de antemano la naturaleza del mal, si no ha determinado su verdadera causa, si guarda alguna duda en su conciencia, es un crimen intentar operaciones que puedan poner en peligro la vida o la salud de un semejante». No se puede dar mayor nobleza de sentimientos que parecen inspirados en los principios de nuestra religión. Estas expresiones consignadas en sus escritos, con una insistencia verdaderamente machacona, y que en plan de consejos dirigía a sus discípulos, encierran toda una severa moral médica y humana, cuya actualidad no se ha desvirtuado, a pesar de los diez siglos transcurridos y que todas las generaciones médicas debieran tener presente, al igual que los aforismos hipocráticos referentes a nuestra conducta ante el enfermo, en los que es posible que estuvieran inspirados.

En una época en que la cirugía se reducía a muy pocas intervenciones rudimentarias, vinculada a seres de la más ínfima condición social, como antes dijimos, la obra quirúrgica de Albucasis es verdade-

ramente admirable, creando una ciencia separada de la medicina, fundada en los conocimientos anatómicos y en reglas y principios formulados por él, ideando técnicas, inventando instrumentos que bajo su dirección mandaba construir y realizando las intervenciones a lo sumo, con una práctica previa muy deficiente, pero indiscutible, como puede deducirse, de una parte, por los escrúpulos manifestados en sus consejos y de otra por la indicación que hace al hablar de la traqueotomía, de la que dice: «nadie está autorizado a practicarla en el hombre si antes no la ha practicado muchas veces con éxito en las cabras».

Sobre estos principios resulta casi inconcebible que realizara las operaciones que describe en sus escritos, de lo que no puede dudarse ya que él mismo manifiesta que todo lo que escribe lo ha visto con sus ojos y lo ha practicado con sus manos. Practicó las ligaduras de las arterias antes que Ambrosio Pareo; extrajo pólipos; practicó la litotricia en la mujer y la talla perineal en ambos sexos; practicó la intervención en el hidrocele. Por practicar la extirpación de las amígdalas, la traqueotomía, que la hace abriendo el tubo entre dos cartílagos, y la extirpación de tumores de la boca y las fauces, se puede considerar como el precursor de la otorrinolaringología. También inicia la oftalmología al extirpar una fístula lagrimal con un curioso instrumento de su invención, que describe y dibuja: extirpa tumores de los párpados y sienta los principios del erisipelo inventando una aguja hueca y curva por la que se puede hacer la aspiración para la extracción de la catarata. Practicó la trepanación del cráneo y para evitar los peligros de la penetración del trepano más allá del espesor de los huesos, en cuyo caso, dice, viene una relajación general de los músculos seguida de muerte, inventa un trepano especial con un tope que se regula a voluntad, para que no penetre en la masa del cerebro. Dice que los tumores de la cabeza deben extirparse si son de poco volumen y no pasan de la piel, sobre todo si tienen membrana que los envuelva (suponemos que se referiría a los quistes sebáceos en esta región). El único peligro, añade, es que se seccionen arterias o nervios, lo que se evita conociendo a fondo la anatomía. Describe la extirpación de un tumor de maxilar superior (probablemente un osteosarcoma), cuya operación resultó tan terrible, que no está dispuesto a repetirla. Tras de arrancar con escoplo y bisturí todos los trozos que estaban a su alcance, vió que quedaban raíces muy hondas en sitio en donde no podía llegar el cuchillo, las que fué cauterizando poco a poco con hierro al rojo. Dice que la paracentesis debe

hacerse pinchando con una cánula especial anillada, cuyo instrumento describe, que permite que una vez introducida no pueda escaparse fijándola a la piel, dejándola mucho tiempo, tapándola y abriéndola a voluntad para poder evacuar el líquido en varias sesiones, evitando los peligros de hacerlo todo de una vez. Describe las técnicas para la extracción de los cálculos vesicales que pueden operarse por varios procedimientos, exponiendo una técnica personal muy complicada para operar en el hombre. En cambio, de la operación en la mujer, dice que no tiene experiencia directa, puesto que nunca las ha operado por estar prohibido que enseñen sus partes genitales a los hombres, cuyo problema lo resuelve adiestrando a varias mujeres que hacen la talla bajo su dirección. De los cánceres dice que no deben tocarse, porque al quemarlos o cortar un trozo de ellos, se agravan extraordinariamente, no habiendo logrado curar ninguno. Refiere que en una ocasión asistió a un soldado que por una herida de arma blanca en el vientre asomaba un intestino perforado; practicó con miedo una sutura, curando el herido a los pocos días, por lo que aconseja que en casos semejantes se haga la sutura del intestino. En las fracturas describe un vendaje hecho con tela y tierra mojada, que una vez seco queda muy sólido y duro, ni más ni menos de lo que en la actualidad se hace con los vendajes escayolados.

Seguiríamos anotando las maravillosas concepciones quirúrgicas de este hombre genial, pero haríamos interminable la relación, considerando que con lo expuesto hay motivo suficiente para comprender con cuanta razón se ha podido decir que Albucasis fué la verdadera lumbrera del siglo X, el cirujano de mayor celebridad de la Edad Media, que su fama no ha sido superada por ningún médico español y otras expresiones encomiásticas que se leen en los historiadores, a las que nosotros añadimos sin recato y seguros de no incurrir en exageración, que fué un verdadero genio.

Con un renunciamiento digno de la mayor alabanza (recuérdese el ambiente de la corte califal), vivió íntegramente dedicado al cuidado de sus enfermos, pues como él mismo dice, su clientela le absorbía la mayor parte del tiempo, haciendo laboriosas investigaciones en los escritos de antiguos autores. Ante el enfermo hacía la observación metódica de su constitución, su edad, de las condiciones exteriores, según lo cual fundaba su diagnóstico, siempre escrupuloso. ¡Qué no hubiera sido este hombre si hubiera contado con los medios actuales!

Parece lógico que esta vida de trabajo intenso que acabamos de

exponer le absorbiera todo su tiempo; y sin embargo aun dispuso de espacio para su labor escrita: si grande fué su labor práctica, en nada desmerece la científico-literaria que vamos a analizar, siquiera sea brevemente.

Al estudiar la obra escrita de Albucasis, encontramos las mismas contradicciones que en todo cuanto con él se relaciona. Se lee en alguno de sus historiadores, con una inconcebible ligereza y sin determinar el fundamento en que se basan para ello, que sus escritos se cuentan por centenares, En otros que fué fecundo publicista, original polígrafo. Por más que se ahonde en la investigación, de Albucasis solo se conoce en nuestros días una sola obra escrita que lleva por título ETESRIF KIMEN ADJAZ AN ETALIF, en abreviatura TESRIF o ALTARIF, Bien es verdad que ésta, compuesta de treinta libros o secciones agrupados en dos partes, del que existe un original completo en la biblioteca Bodleiana, comprende todas las cuestiones médicas, desde la anatomía y la fisiología, en la que se ocupa con gran amplitud y rara perfección de todas las ramas de la medicina, tanto médicas como quirúrgicas y de las especialidades, constituyendo una verdadera enciclopedia, una obra monumental en la que, con suma perfección y maestría, se da a conocer todo, absolutamente todo, cuanto de medicina se sabe en su tiempo y mucho desconocido hasta entonces, por ser producción original de su claro talento. De esta obra ha dicho Abu Mohamed Alí que era el tratado más completo que se había escrito en el mundo. Lo que sí existen por centenares son las traducciones de esta su única obra, pero no íntegra sino por capítulos, más o menos fieles, a los que se les ha puesto el título del libro o capítulo correspondiente, originando la lamentable confusión a que antes aludimos.

No tenemos autoridad para afirmar rotundamente que esta gloria de la medicina cordobesa no escribiera algún tratado además del TESRIF; pero si podemos asegurar, que en la revisión que hemos realizado con el mayor interés y detenimiento sobre este particular, todas las publicaciones que hemos visto comentadas por los más variados historiadores, no eran sino capítulos del referido tratado, que constituyen una serie de monografías que en su conjunto forman el total de la obra.

Siquiera sea brevemente, vamos a comentar esta obra cumbre del experto cirujano, innovador atrevido, cuyas doctrinas, tanto o más que en Occidente, se siguieron en Oriente, durante largo tiempo, para que nuestro trabajo no resulte incompleto, al dejar de tratar este

aspecto tan interesante de su vida y el único que conocemos por documentos objetivos sin posible controversia. Por otra parte, estudiando su contenido, podremos tener un claro concepto de la extensión de sus conocimientos, de la diversidad de materias tratadas, de la clara visión y exacta comprensión de las cuestiones médicas, mejor que pudiéramos hacerlo nosotros por mucho que nos esforzáramos y por mucha que fuera nuestra claridad de expresión.

El TESRIF, como hemos dicho, es una enciclopedia completa de medicina que constituye un cuerpo de treinta libros, en los que se van tratando las diferentes materias con el siguiente programa. En el primer libro se estudia la teoría general de la medicina. En el segundo la práctica terapéutica. Desde el tercero al veinticinco se estudian los medicamentos compuestos. El veintiseis trata del régimen alimenticio en los distintos estados de salud y enfermedad. El veintisiete de los medicamentos simples y los alimentos. En el veintiocho se describe la técnica farmacéutica para preparar fórmulas magistrales. Los dos últimos los dedica a la cirugía, formando un tratado completo dividido en tres partes; en la primera trata del cauterio; en la segunda de las operaciones por incisión, y en la tercera de las luxaciones y fracturas; toda ella ilustrada con más de cien dibujos originales de instrumentos, aparatos, regiones anatómicas y técnicas operatorias, innovación introducida por él, que se ha conservado hasta nuestros días y que tanto facilita el estudio.

No nos es posible hacer el comentario de esta obra colosal, por no sernos conocida en su totalidad y porque daríamos una extensión a este trabajo que sobrepasaría, con gran exceso los límites propios de su razón de ser. Sin embargo, por considerarlo indispensable para mejor dar a conocer la gran labor realizada por Albucasis en la medicina, labor revolucionaria, de una importancia y trascendencia no sospechada, vamos a exponer algunos breves comentarios de lo conocido.

Ya, por el índice que exponemos, es fácil comprender a los iniciados, que este médico enciclopédico aborda todas las materias que a la medicina se refieren, sin olvidar la importante rama de la higiene a la que los árabes, inventores de la mudable y lavable ropa interior, que en su conjunto aun conserva el nombre, de los retretes inodoros y del bidet, daban tanta importancia y creando el complemento de la terapéutica medicamentosa, la terapéutica quirúrgica, dando con ello un paso decisivo en el progreso de esta importante rama de las ciencias. Con ser esto ya bastante para consagrar una gloria, es

muy poco cuando vemos la forma que tiene de estudiar las interesantes cuestiones que trata en el TESRIF.

Con un método sorprendente, como si escribiera, y tal vez fuera este su propósito, para la enseñanza de discípulos, empieza en su primer libro por estudiar la teoría general de la medicina, dando reglas precisas de la forma en que se ha de practicar. Es una compilación de las doctrinas de los antiguos médicos árabes, especialmente de Razes y de las enseñanzas de los griegos, en particular de Pablo de Egina. Parece ser, aunque la fuente de información no nos merece entero crédito, que en esta parte de su obra expuso sus conocimientos anatómicos, que con un espíritu liberal, sobreponiendo su vocación por la ciencia al fanatismo religioso tan arraigado en su época, adquirió disecando cadáveres de ajusticiados y de fallecidos en el hospital, aunque nosotros nos inclinemos a admitir, dado el ambiente en que se desenvolvía, que fueran adquiridos en las obras de Galeno en que se inspiró y que con tanto entusiasmo tradujeron y aprendieron los sabios de aquellas centurias. La parte principal de este capítulo la dedica a dar normas para la práctica de la medicina, todas inspiradas en un criterio de gran meticulosidad en el estudio del enfermo, para llegar a un correcto diagnóstico, y de prudencia en el empleo de los medios terapéuticos, diciendo a este propósito que siempre que se pueda se debe evitar el empleo de remedios dejando que obren las fuerzas vitales: cuando los remedios sean absolutamente necesarios, han de preferirse los simples a los compuestos, no recurriendo a la cirugía sino cuando no haya otra solución. Aconseja que se ponga gran atención en la propia observación y que no se olviden los casos que se presenten a estudio, porque pueden aplicarse a otros semejantes que puedan presentarse, pues lo que se aprende directamente vale más que lo que pueda leerse en los libros. En una palabra, este libro que comentamos comprende, como se ve por lo que dejamos indicado, todo cuanto se refiere a la teoría y a la práctica de la medicina, condensado en sabios principios y prudentes consejos que bien pudieran servirnos de norma para el ejercicio profesional en los tiempos presentes.

En el segundo libro del TESRIF estudia el autor las enfermedades médicas y quirúrgicas observadas en su práctica, las que describe con su habitual maestría y de estos dos libros reunidos se hizo, entre otras, una traducción al latín por P. Ricius, que fué editada por Grimm en 1519, en Augsburgo con el título «*Liber Medicinæ Theoricæ necnon practicæ Alzaharavii, qui vulgo Açacarius Dicitur*».

Uno de los capítulos o libros mejor conocidos de la obra de Albucasis es el que figura en las traducciones latinas bajo el título «El Libro del Sevidor o del Mancebo», «Liber Servitoris», que forma el libro XXVIII de la obra. En éste se ocupa del modo de preparación de las fórmulas magistrales, estudia los medicamentos simples que están consignados por orden alfabético con arreglo al vocabulario del dialecto arábigo-español, explicando el modo de preparar con ellos los compuestos. Cita todas las fórmulas medicamentosas en uso y siguiendo su innovación de ilustrar sus escritos, dibuja aparatos para la preparación de trociscos y pastillas, que aconseja se hagan de bog, ébano o marfil, en cuyos moldes se gravan en hueco inscripciones que luego han de aparecer en relieve en el producto elaborado. Su estudio es tan meticuloso, que se ocupa de la vasija que conviene para guardar cada fórmula y del modo como ha de conservarse para evitar o retardar su alteración. Es este libro un completo tratado de farmacia práctica, una verdadera farmacopea en la que no se ha olvidado el más mínimo detalle.

Tal vez sea la parte de la obra general de la que se han hecho más traducciones. Una de las más interesantes es la de Simón de Génova, médico y capellán del Papa Nicolás IV, que ejercía la medicina en Roma y ayudándose de un judío de Tortosa llamado Abraham, se dedicaba a traducir obras árabes, entre las que figuró la farmacopea de Albucasis, que lleva por título, tal como lo han anotado Brunet y Colmeiro «Incipit liber servitoris liber XXVIII Bulchasi Benabenazerin, traslatus a Simoe Januesi interprete Abraa Judeo Tortuoneso. Venetiis a Nicolae Jesu Gallien MCCCCLXXI».

De esta traducción se conoce una versión al castellano, única en este nuestro idioma de este célebre escritor, bajo el título «El Sevidor, Libro veintiocho de Albucasis Benabecerem, trasladado del arábigo al latín por Simón Genoves... Agora nuevamente trasladado del latín en lengua vulgar castellana por Rodriguez de Tudela (Alonzo) Valladolid por Brocar 1516 (8.º, 500 ff. 6 tab).

Con ser de sumo interés todas las partes de la gran obra de Albucasis, la de mayor interés, donde está la verdadera obra revolucionaria de este médico eminente, la que encierra una originalidad absoluta por las razones ya mencionadas y que no hemos de repetir, es la que se refiere a la cirugía, rama de la medicina creada por él y que, por consiguiente, no había sido inspirada en ningún escrito anterior. Está contenida en los dos últimos libros del «Tesrif» y la divide en tres partes: la primera dedicada al estudio del cauterio, que por aque-

llos tiempos tenía una importancia extraordinaria como medio terapéutico; la segunda a las intervenciones cruentas o por incisión; la tercera a las luxaciones y fracturas.

Por ser esta parte la que dió más carácter personal a su obra y por la forma, verdaderamente maravillosa, como se tratan las materias en ella contenidas, merece que nos detengamos en su estudio.

Resulta un poco extraño que quien había creado la cirugía, elevándola al rango de método terapéutico segregado del resto de la medicina, dándole el carácter independiente con que se ha conservado hasta nuestros días, incluyera en esta rama el cauterio, dedicándole todo un capítulo de la obra. Más ésto, que visto desde nuestro tiempo parece absurdo, se explica facilmente considerando que Albucasis escribió su tratado de cirugía en el siglo XI, en un ambiente de fanatismo religioso que condenaba tocar el cuerpo desnudo y el derramamiento de sangre; de ahí que se erigiera en método quirúrgico la cauterización como procedimiento para la destrucción de los tejidos enfermos. Esta parte de su escrito, o mejor dicho, de su práctica, pues según dejamos apuntado, todo cuanto escribió asegura lo había practicado personalmente, lleva el sello de originalidad que impera en toda su obra y así describe y dibuja diferentes formas de cauterio para aplicación en las diferentes partes del cuerpo, algunos, cuya aplicación no comprendemos, que dice se aplican para cauterizar de una vez toda la parte enferma en la luxación de la cadera, abarcando la región glútea entera en una sola aplicación. Describe técnicas de aplicación del cauterio en la neuralgia facial, en las cataratas, en los tumores, etc.

A pesar del elevado concepto que la obra de este hombre genial nos merece, no podemos por menos de reconocer que esta parte de su cirugía deja mucho que desear, aunque nos retrotraigamos los diez siglos que median, pues no está en armonía con la segunda parte en la que, con una precisión y maestría impropios de su tiempo, describe las operaciones que llama por incisión. Si en la descripción del empleo del cauterio se deja traslucir al curandero aplicando una técnica burda y rudimentaria, casi primitiva, en la descripción de las operaciones por incisión vemos al cirujano fino, delicado, inteligente y original. Esta parte de su obra, la más interesante y mejor conocida, es a nuestro parecer sin disputa, la que acredita y consagra a su autor como verdaderamente genial; es la obra cumbre de Albucasis.

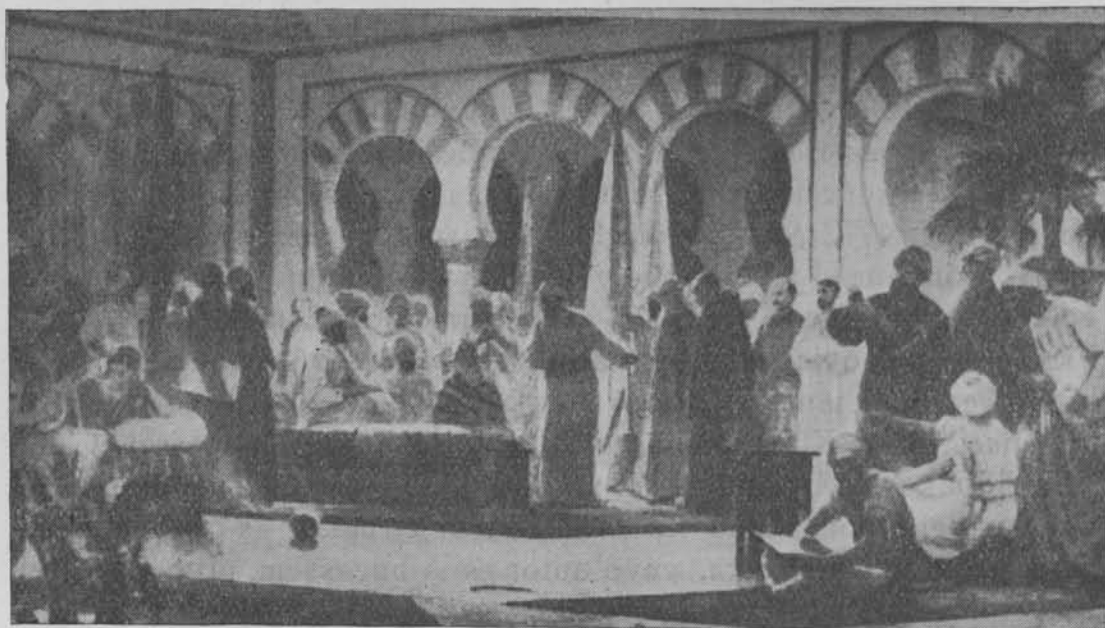
Después de los prudentes consejos que hemos mencionado en otro lugar, insiste en que estas operaciones son graves por el peligro de hemorragia, lo que puede evitarse con el conocimiento anatómico de la región. Ningún cirujano, dice, está autorizado para emprender una operación de cirugía, sin tener perfecto conocimiento anatómico de la región en que se va a operar, del sitio y dirección de nervios, venas y tendones, relatando a continuación intervenciones que fracasaron por no estar bien documentado el cirujano en anatomía, y los daños que pueden sobrevenir de esta ignorancia. Hace la descripción de las más diversas operaciones; hidrocele, extirpación de amígdalas, tumores de boca y fauces, traqueotomía, trepanaciones, fístula lagrimal, cataratas, talla perineal, paracentesis, etc., etc., con todo detalle y acompañando las descripciones con el dibujo de los instrumentos originales que emplea para cada una, descripciones detalladas de su modo de hacer o técnica empleada, con tal maestría o perfección, que estos escritos, copiados primero en Italia y llevados después a Francia, sirvieron de texto en París durante más de cinco siglos.

El análisis meditado de la obra quirúrgica de Albucasis nos revela un hecho curioso que merece subrayarse. Que las intervenciones las practicaba con éxito, es un hecho del que no cabe dudar, tanto por la fama adquirida, que únicamente puede cimentarse en la falta de fracasos, como en la prudencia que demuestra en sus consejos y que, dado el temperamento que con esto se revela, nos hace suponer como seguro el abandono de su práctica si en sus operaciones no hubiera conseguido un resultado favorable, como lo demuestra al operar un tumor de la cara que no pudo terminar felizmente, haciendo el propósito de no volver a operar casos semejantes. Y nosotros preguntamos: ¿Cómo puede concebirse este resultado, cuando no se tenía la menor noción de la asepsia y la antisepsia, valiosas adquisiciones de varios siglos después de su época? Solamente una técnica esmerada, rápida actuación y mínimo traumatismo, pueden compensar esta falta de asepsia, que hoy no podemos concebir, lo que, en nuestro concepto, eleva aún más el mérito extraordinario de este cirujano que por nadie fué igualado.

En la tercera parte de su tratado de cirugía trata de las luxaciones y fracturas, describiendo los métodos para su reducción y los aparatos por él ideados para mantener los fragmentos en su sitio y que, siguiendo su costumbre aparecen dibujados en el texto.

De este libro de Albucasis es, seguramente, del que se han hecho

dada la nebulosa que envuelve su vida toda, hay mucho que investigar y bien merece que quien tanto contribuyó con su obra a realzar el esplendor de la historia cordobesa sea motivo de nuestra atención. Mas muy a nuestro pesar, tenemos que renunciar, por falta de medios y de aptitudes, a esta labor, que desarrollaríamos con sumo agrado, ya que con ello honraríamos la memoria de uno de los más preclaros varones del pasado cordobés, que es tanto como honrar nuestro presente.



El monje Nicolás, enviado del Emperador de Bizancio, entrega al Califa de Córdoba, Abderrahman III, un ejemplar del Dioscórides. Cuadro de Baixeras, en el paraninfo de la Universidad de Barcelona.



Nuevo relieve de Ceres y Proserpina hallado en «El Coto» de la Aldea del Guijo (Córdoba)

La preocupación de los pueblos paganos de cultura clásica por la vida de ultratumba está suficientemente reflejada en un número considerable de obras de arte de las que no pocas son españolas. Esta preocupación elevó a primera categoría el culto de las divinidades infernales llamadas eleusinas que constituían la triada griega de Hades, Demeter y Cora, o sea la de Plutón, Ceres y Proserpina de los romanos.

Los monumentos españoles más importantes a ellos dedicados, han sido hallados en Lusitania y Tarraconense. La región catalana posee varios relieves de este género esculpidos generalmente para sarcófagos que patentizan la obsesionante preocupación pagana por el misterio del más allá. Una es el sarcófago 214 del Museo de Barcelona (1) cuyas escenas, estudiadas por Albertini en el *Anuari del Institut d'Estudis catalans* 1911-12, pág. 322-474, representan en relieve escenas del drama litúrgico o misterio eleusino relativo a Proserpina, su raptó, su estancia en el Hades como reina esposa de Plutón y su devolución a Ceres por Mercurio. El Museo de Tarragona y la Iglesia de San Félix en Gerona, tienen otro sarcófago en que se desarrollan relieves relativo a las divinidades eleusinas. El de Tarragona, (fig. 1) hallado en el camino entre Valls y Constantí junto al río Francolí es el relieve de un *delubrum* o de un altar doméstico dedicado a Ceres.



(Fig. 1) De un delubro tarraconense en Valls y Constantí

La diosa aparece sentada en un sillón alto con brazos y respaldo rematado en un frontón. Viste túnica sujeta con el *cíngulo* y cubre su cabeza con un velo. Su atributo es el cuerno de Amaltea. Mide 0,35 m. de altura y fué hallado con monedas y un capitel, restos de cerámica y muros de una villa romana. Cerca de este lugar fué hallado un relieve de Hércules en piedra calcárea. (Véase la *Memoria de los Museos Arqueológicos* del año 1941. pág. 133)

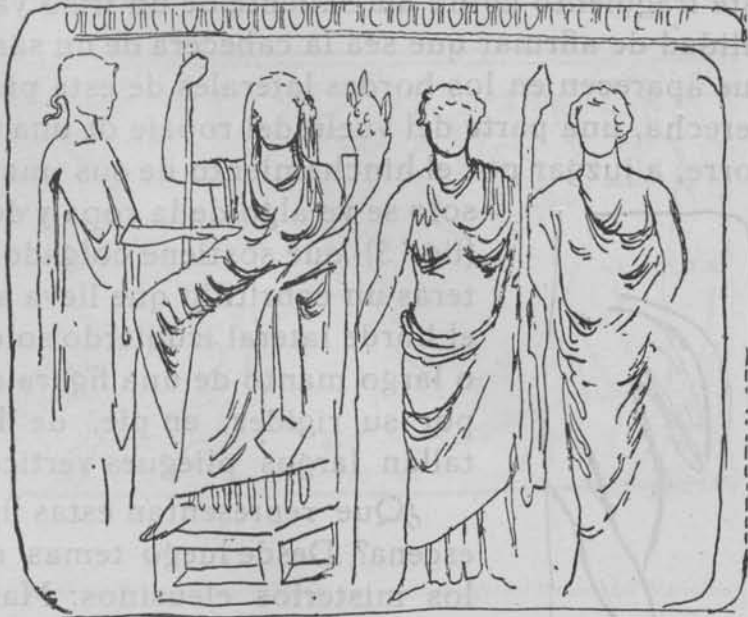
Faltaban ejemplares andaluces y aunque la epigrafía nos enseña documentalmente que el culto a Ataecina-Proserpina se extendía por Lusitania y Bética por haberse hallado lápidas con esos nombres en Beja, Elvas, Medellín, Trujillo, Ibahernando, Castilblanco, todos de Lusitania, respecto a Andalucía, la única noticia existente era la de la posibilidad de que el santuario principal estuviese situado en *Turobriga* (2) porque a la diosa se le dió el apelativo de *turobrigense*, es decir, de una de las dos ciudades conocidas por Turóbriga. Castillo de Turón o Cabeza del Buey en Beturia Céltica. Pero he aquí que en el presente año nos dan la noticia de que en el lugar llamado «El Coto», de la aldea de Guijo, fué hallado hace tiempo y llevado a una casa de Pozoblanco, (3) en cuya pared fué empotrado, un trozo de relieve esculpido en mármol en que figura una escena relativa a estas divinidades eleusinas y que por ser el lugar andaluz muy próximo a la región extremeña de Turóbriga nos hace suponer que también se extendió a la Bética el culto antes indicado.

Finalmente, como ejemplo artístico que en alto grado da fe de la importancia de este culto en Lusitania, citamos el magnífico grupo escultórico de *Ceres Proserpina y Plutón*, que figuraron en la escena del teatro de Mérida, cuyas estatuas en tamaño colosal son quizás las más hermosas entre las romanas halladas en España. El lago llamado de Proserpina en dicha localidad, es quizá alusión al culto tradicional que en ella alcanza dicha diosa.

El relieve regalado por el Sr. Estevez a este Museo (fig. 2) representa una escena del culto de Proserpina. Mide 0'73 m. de altura por 0'73 de ancho y 0'15 de espesor. De izquierda a derecha figuran en él las personas siguientes: 1.º, un adolescente de pie y perfilado hacia la derecha, tiende su mano diestra en la que lleva un objeto difícil de precisar, hacia otro personaje principal sedente que es la diosa Proserpina. Este joven va vestido con toga que le cubre todo el cuerpo; está esculpido con trazos de muy poco relieve como denotándose el personaje secundario y como dato de

un interés excepcional se observa que lleva ceñida en la cabeza la *taenia* o cinta de la inmortalidad que se otorgaba a los iniciados. Es pues un *miste* o iniciado, en los misterios eleusinos, colocado

en actitud reverente ante Proserpina, vestida de túnica y manto, sentada en un trono y ostentando como atributos de su calidad de diosa un cetro y una cornucopia. Su cara maltratada por golpes o roces de época remota nada expresa de su edad y actitud que ha



(Fig. 2) Relieve de Ceres y Proserpina procedente de «El Coto» en la aldea del Guijo. Museo Arqueológico de Córdoba

de ser grave, entristecida pero bella y casi juvenil como corresponde a la hermosa aunque temida esposa de Plutón señor del Hades y del Tártaro. El velo con que suele ser representada cuando figura en relieves griegos no le oculta la cara sino que pende tras la cabeza sujeto por una diadema dejando aquella al descubierto. A su derecha, y también de pie, junto al trono hay otra figura femenil vestida con túnica y manto recogido graciosamente en el brazo izquierdo que cae sobre el regazo formando pliegues ondulados con la elegancia de las tanagras y mientras con el brazo derecho se apoya familiarmente en el trono, en tanto que con el izquierdo sostiene una antorcha emblema de Deméter, la madre inseparable de la figura anterior con la que se confunde tantísimas veces en las representaciones artísticas.

Su serena tristeza que le valió el calificativo de «*Mater dolorosa del paganismo*» resulta aquí invisible por tener destrozadas las facciones. La cuarta figura, otra imagen femenil, debe ser alguna de las divinidades eleusinas, acaso Hécate o Despoina que en tal escena suelen acompañar al grupo de madre e hija. En la parte alta del relieve corre una moldura de lengüetas y medias cañas;

no hay señales en la inferior de que las tuviera. La organización de los bordes laterales y parte posterior de esta piedra da a entender que la escena representada se prolongaba a ambos lados de este fragmento como ala saliente de un friso ya que no hay posibilidad de afirmar que sea la cabecera de un sarcófago. Las figuras que aparecen en los bordes laterales de esta piedra son en el de la derecha, una parte del vuelo del ropaje de una figura de mujer que corre, a juzgar por el hinchamiento de sus mantos y de la cual



(Fig. 3)

solo se ve algo de la ropa y de un brazo desnudo (fig. 3) que sostiene colgado de las patas delanteras un cabritillo que lleva al sacrificio (4). En el borde lateral izquierdo solo se ven los ropajes o largo manto de una figura masculina a juzgar por su rigidez, en pie, de la que solo se detallan largos pliegues verticales de la espalda.

¿Que representan estas figuras agrupadas en escena? Desde luego temas relativos al mito de los misterios eleusinos. Mas como verán, después de su enunciación encajan bien en el asunto que parece representar este relieve. Sabido es que la leyenda procede de un himno ático anterior a Solón no recogido en los poemas homéricos. Sus tres temas principales son: 1.º El rapto de Proserpina y la busca que Ceres, su madre, realiza con antorchas durante varios días y noches consecutivas. 2.º Su vida en casa de Celeus; las burlas de Iacho; crianza y educación de Triptolemo; y 3.º Ultimo, la hierogamia. Siguiendo el mito muy de lejos los misterios celebraban varias ceremonias dramáticas. Tras la procesión desde Atenas a Eleusis con las *sacras* que llevaban las sacerdotisas de Deméter precedidas de la estatua de Iacho, los coros y danzas de los iniciados llegaban al *Eleusinion* donde celebraban sacrificios y luego, ya de noche,

representaban el primer drama litúrgico para obtener el primer grado de iniciación en el Telesterion. El asunto del primer drama era el «Rapto de Proserpina», el dolor de Demeter (Ceres) su madre y sus pesquisas inquietas al resplandor de las antorchas.

Plutón hermano de Zeus y de Deméter, enamorado locamente de su sobrina, la roba montándola a su carro tirado por cuatro corceles azulados (fig. 4) que huyen y se sumen con su carga en el

abismo. La ninfa Ciane intenta detenerle pero, airado Plutón contra ella, le arroja su cetro de oro que al caer abre una sima en la tierra y convierte a la atrevida ninfa en un arroyo; tras ella se sumen también bajo tierra



(Fig. 4)

Rapto de Proserpina por Plutón. De un sarcófago del Museo del Vaticano

Plutón y su presa. Los gritos de Proserpina avisaron a Deméter del peligro que corría su hija y durante nueve días la busca desalada y medio loca, sin hallarla.

Esta parte de la fábula es el asunto del primer misterio que se celebraba en el peribolo del templo durante la primera noche. Después, los iniciados y neófitos, recorrían con antorchas como Demeter las extensas praderas en sombras (el reino de Hades) en las que unas veces oían y veían cosas que le ponían espanto para después llegar a lugares amenos llenos de luz, donde se oían músicas y danzas (Campos Elíseos), y al fin entraban en el templo donde veían a la diosa y recibían del sacerdote las *aporetas* o fórmulas mágicas con las que podían salvarse si peligraban en las regiones de ultratumba. Clemente de Alejandría nos transmite una de estas fórmulas que habían de servirles de talismán: «Yo he ayunado, he bebido el ciceon (5) he tomado y repuesto el contenido del ciste» (las tortas), después de lo cual, la diosa, en virtud del pacto que en adelante le ligaba a los neófitos, les revelaba los secretos de ultratumba y les proveía de medios que debían asegurarles la salvación. Seguía después la ceremonia de la imposición de cintas a los iniciados por el sacerdote o la sacerdotisa.

Los asuntos de este primer misterio suelen ser los más representados en las bellas artes. El rapto de Proserpina aparece en un

relieve arcaico griego que dibuja en su obra Richepin sin indicar la procedencia (6). También tiene la escena del rapto el sarcófago del museo de Tarragona, descrito por Albertini (7). Plinio, hablando de Praxiteles, dice que aunque fué más famoso por sus esculturas de mármol, produjo obras en bronce de gran belleza como el rapto de Perséfone y su resurrección. En Martres Tolosane (Alto Garona) hay un relieve del rapto de Proserpina, (Pijoan «Summa Artis» T. IV, pág. 351).

La segunda escena del drama eleusino es el (*ánodos*) regreso de Perseíone (Proserpina) a Eleusis para reunirse con su madre.

Helios (Sol), único testigo del rapto, conmovido por el dolor de Deméter, le cuenta cómo Zeus había permitido a Plutón robar a Persefona. Enterado de esta infame confabulación se retira del Olimpo y huye a Eleusis, donde transformado en vieja vive en casa del rey Celeus como nodriza de sus hijos Damofón y Triptolemo. Su tristeza en este momento de su vida nos recuerda la *mater dolorosa del paganismo*. Desesperada olvida su bondad y castiga a los habitantes de la tierra privándolos de la fuerza germinativa, con lo que las praderas se secan, los animales no crían y los hombres se mueren de hambre. Zeus, ante este enorme mal causado a la humanidad, se ve obligado a intervenir entre la diosa y Plutón, a los que manda emisarios para que resuelvan sus diferencias, pero fracasan todos. Ceres, en tanto cría y cura a Damofon, que muere por una indiscreción de Metanira, su madre, pero favorece a Triptolemo, su otro hijo, a quien regala un carro alado



(Fig. 5)

Persifone en el Hades. De un sarcófago V. Richepin. t. II, pág. 29

tirado por dragones y le hace el regalo del trigo, una espiga maravillosa que llegará a ser el alimento esencial de la humanidad. Le enseña además los secretos de la Agricultura y les nombra su sacerdote y principal divul-

gador de su religión en Eleusis. Zeus envía a Mercurio, que al fin logra convencer a Plutón para que devuelva a Proserpina a su madre. Este acepta con la condición de que la muchacha no haya comido nada que le prive de su integridad, de inmortal, pero resulta que a instancias suyas Persefone ya había comido tres granos de granada, lo que solo le permite pasar tres meses fuera del Hades, separada de su marido, o sea el tiempo de primavera en que la tierra se cubre de verdor y de flores. El vaso de Gumas del Museo del Ermitage nos ofrece esta escena en que está Deméter sentada en un trono y a su lado Persefone con una antorcha y un pequeño altar, luego las figuras de Artemis y Euboleo con el cerdo (8) del sacrificio. Esta misma escena aparece pintada en las ánforas números 728, 796 y 698 del Museo Británico.

Plinio habla también de una obra de Praxiteles que representa en bronce la vuelta de Perséfone al mundo de los vivos. Richepin (9) reproduce, sin indicar donde se hallan, dos fragmentos de sarcófagos en que se representa la llegada de Hermes al Hades, donde conversa con Plutón y Proserpina sentados en el trono custodiado por Cerbero (fig. 5) y otro (fig. 6) en que Hermes lleva a Proserpina con su madre; en él Plutón aparece en su trono y Proserpina velada con la cara medio tapada dispuesta a seguir a su libertador.

En el Museo de Villa Albani hay un curioso relieve con una escena de iniciación en los misterios; Deméter, sentada en un trono, sostiene en pie

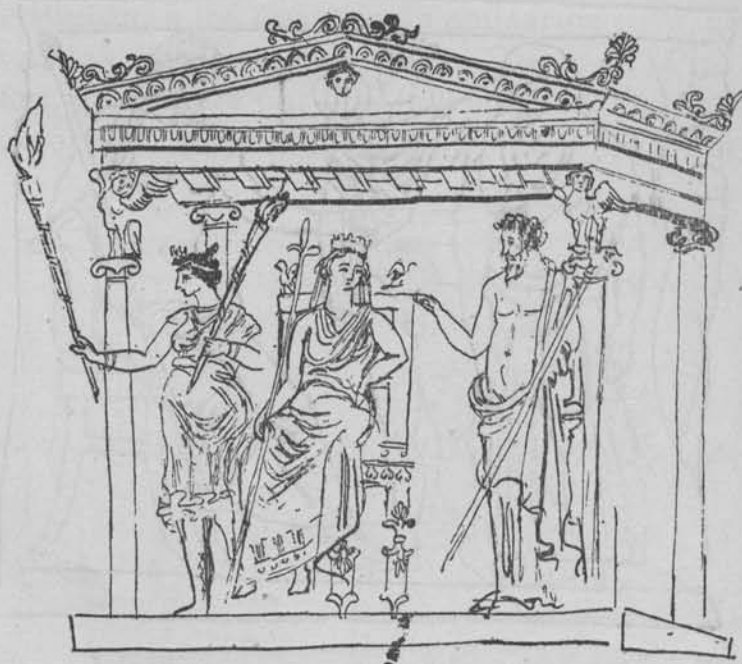


(Fig. 6) Hermes busca a Proserpina en el Hades.
De un sarcófago. Richepont t. II, pág. 37

sobre las rodillas al niño Triptolemo, al que Persefone pone

la cinta de la inmortalidad (10). En menor tamaño se ven dos adoratrices.

Pero el relieve de más interés, como obra de arte y como documento, es el que descubrió en 1888 al excavar el templo de Eleusis, hoy conservado en el Museo Nacional de Atenas. Representa entre ambas diosas al niño Triptolemo que regresa del viaje temerario al Hades para devolver a los mortales la espiga bienhechora. Perséfone (11) tiene en la izquierda una antorcha, el atributo de su madre. Este cambio entre los atributos de madre e hija es muy frecuente. Mr. Gerhardt y Welcker describen un vaso pintado en que Deméter aparece sentado con el cetro y Perséfone de pie a su lado con dos antorchas. Richepin nos muestra el dibujo de un sarcófago de la rotonda del Vaticano en que aparecen representadas las divinidades eleusinas: en el centro, Proserpina como reina del Hades sentada en un asiento cúbico con cetro y corona del tipo *calathus*; a su derecha Deméter, sin más atributo que la antorcha. En el Museo Británico existe un vaso pintado por Hierón en que figura Triptolemo sentado en su carro arrastrado por serpientes aladas, recibiendo la dorada espiga de manos de Deméter y Perséfone. (12)



(Fig. 7) Perséfone en el templo de Hades. Pintura de vaso

Descritas las principales obras de arte con asuntos referentes a los misterios eleusinos, podríamos intentar identificar nuestro relieve con alguno de los conocidos, mas no resulta posible. En primer lugar, hallamos algo confusas las dos divinidades madre e hija. Deméter o Ceres es la madre tierra labrada por

el hombre; Cora o Proserpina es su hija la joven doncella que representa la vegetación primaveral, la semilla que sepultada en in-

vierno, al llegar la primavera germina y florece; pero además, Proserpina tiene doble carácter por ser esposa de Plutón y como reina de los infiernos y de las sombras y presidía la muerte. Nadie podía morir sin que ella o Atropos cortase el último cabello que le unía a la vida y, como ofrenda a ella, se acostumbraba a poner tras la puerta de la calle un mechón de pelo cortado al difunto. Era en este sentido la diosa temida, la señora; por eso se le concedía lugar preeminente en las representaciones fúnebres y figura mucho como hemos podido ver en los relieves sepulcrales.

En este relieve de El Guijo aparecen ambas diosas sin la compañía de Plutón, el torvo marido que comparte su trono. En otros relieves como el del Museo de Barcelona y los de que dibuja Richopin en la pág. 29 y 37, Proserpina aparece como figura principal, como reina del Hades, sentada en el trono con cetro y diadema velada y con el cuerno de Amaltea, que le dá apariencias de imagen de la Fortuna. Su madre, Ceres, aparece modestamente a su derecha, con solo la antorcha como símbolo y acompañada de Despoina, su segunda hija. A la izquierda, como entregándole una ofrenda, hay de perfil un personaje masculino. Viste toga, y tras su cabeza pende ondulante una cinta que nos indica su calidad de iniciado, puesto ante la imagen de la diosa para pronunciar las *aporetá* o frases rituales mientras recoge u ofrece el *ciceon* como eucaristía o primera comunión con la divinidad. Este es a nuestro entender el simbolismo que encierra el presente relieve.

A su izquierda, en el canto o borde de la piedra hay esculpido los paños posteriores de un personaje togado. Tras él figurarían más personajes, como Plutón, su esposo, o Mercurio su libertador, u otros de su séquito y a su derecha parte del brazo y paños de una *miste* femenina concurrente al misterio que lleva un cabritillo (13) como ofrenda a la diosa, a la que seguirían otra larga serie procesional de oferentes. ¿No nos recuerda esto algo de las escenas de la cabalgata de las Panateneas? ¿No podría ser este relieve el correspondiente al friso de un templo dedicado a la doncella (Core) Proserpina ibérica ó sea la *Ataecina turobrigense* representada en sitio de honor con su carácter de númen de la vida y de la vegetación primaveral, dejando a Plutón en el lugar secundario que corresponde a su reino de las sombras (14).

El arqueólogo alemán Gerhardt dice que el famoso relieve de Triptolemo hallado en las ruinas del templo de Eléusis es la memoria votiva de un iniciado en los misterios que dedica el monu-

mento en recuerdo del acto de su iniciación. Podríamos suponer igualmente que este relieve sea un trozo de friso de un delubro o si no de otro monumento como gran ara o sepulcro dedicado como memoria votiva a la divinidad por un individuo en recuerdo de su iniciación?

Como divinidad infernal suele aparecer con gran frecuencia en los relieves de los sarcófagos; así la vemos en los de la serie catalana de los Museos de Barcelona, Tarragona y Gerona, pero como nos manifiesta con razón el Sr. Almagro Basch, sería éste quizá el único caso conocido de un sarcófago hecho exprofeso en varios trozos reconstruibles. En efecto, examinado este relieve por la parte posterior, vemos que tiene rebajadas dos muescas en los bordes laterales para que en ellas encajen las cabezas de los largueros del sarcófago u otras piedras del friso a las que va unido además por grapas, cuyos huecos y ranuras se conservan, y ya sabemos que era usual en las construcciones romanas trabar entre sí con ellas los sillares; acaso unido a otros dos fragmentos laterales y adosado a la pared pudo formar parte de algún altar público o privado dedicado a tal divinidad, como parece haberlo sido el relieve del mismo ó parecido asunto hallado en la vía romana junto al río Francoli en Valls y Constanti en Tarragona.

Con respecto a su arte, pesè a su estado deplorable de conservación, no podemos menos de calificarlo de correcto en sus líneas generales. El escultor conoce las obras clásicas del arte helénico; no es un genio, pero es un helenizante que puede competir con el autor del brocal de Neptuno y Minerva, de época helenística y que sin la obligada actitud ceremoniosa impuesta por el asunto religioso le creemos capaz de realizar obras llenas de vida y movimiento de tan gran realismo y elegancia como los mejores hallados en España y fuera de ella (15).

Con respecto a la época de su construcción habría mucho que decir. El culto de las divinidades eleusinas abarca en España un largo periodo que va desde la invasión cartaginesa y aún antes, en época ibérica (Atecina Tanit) y dura hasta la aparición del Cristianismo. Dentro de este período la época de su mayor arraigo es la helenística y además la romana arcaizante de Adriano, pero principalmente en el periodo anteromano.

Diodoro de Sicilia dice (17,44) que el Estado cartaginés introdujo dicho culto con rito griego, designando sacerdotes y auxiliares helenos, por exigirlo así los hierofantes de Ceres, que de este

modo ejercían propaganda helenística en el mundo después de la caída de su imperio. Demeter y Core están, pues, asimiladas a Tanit y Astarté y su culto lo comprueban numerosas estatuillas de terracotta que en yacimientos púnicos se han hallado en Ibiza, Cartago, Sicilia y otros puntos. (16).

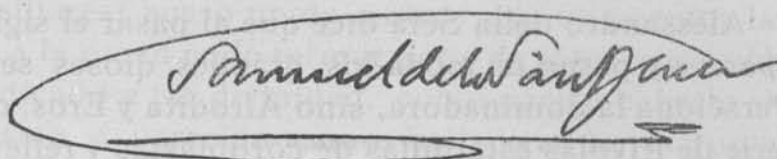
Un busto de Perséfone en tipo púnico de barro hay en el Museo de Siracusa (Véase Alessandro della Seta. *Italia Antica* pág. 158). También las monedas de Cartago tienen en el anverso el busto de Ceres,

Etruria recoge esta devoción a los dioses eleusinos en su triada secundaria de los dioses infernales Liber Ceres y Proserpina, cuyo culto se rendía al pie del monte Palatino junto al circo Máximo. Los museos etruscos de Villa Julia, Alatri, Veyes, etc., conservan muchas obras de arte alusivas a este culto y liturgia, lo mismo las terracottas de los sepulcros como las pinturas de los vasos de Apulia (17).

Alessandro della Seta dice que al pasar el siglo IV a. d. C. desaparece y pasan de moda los grandes dioses severos. Ya no es Perséfone la dominadora, sino Afrodita y Eros, que producen una serie de frívolas estatuillas de coroplastas y relieves fictiles, como el de Perséfone, en placas de barro del santuario de esta diosa, en Locri. Durante los últimos tiempos de la República se llegó a consultar al oráculo de Delfos sobre el resultado de la lucha que Roma dirigía contra los mismos pueblos itálicos y el oráculo les aconsejó que erigiesen en el Senado romano dos estatuas, una al más valiente de los griegos (Alcibiades), y otra al más sabio (Pitágoras) que debían ser esculpidas en Grecia y que sirvieron de modelo más tarde a los escultores romanos para sus estatuas reales, como la del rey Numa, hallada en la casa de las Vestales que estaba representado a la griega con barba como Alcibiades y manto griego. La época de Adriano acusa también otra reacción helénica arcaizante como la que ocurrió tras la toma de Corinto en 146 a. d. C. cuando se llenaron las casas de los generales romanos, como Lúculo y Emilio Paulo, de esculturas que trajeron por millares en carretas, sustraídas en sus campañas.

En tiempos de Adriano se advierte en España otra reacción helenística como la que supone las grandes figuras del teatro de Mérida, dedicadas a las divinidades eleusinas de ejecución grandiosa. De esta época es la cabeza de Perséfone hallada en Bornos, que con el núm. 730 posee este Museo. Dentro de todo

este extenso periodo señalado no es dudoso marcar como época propia a este relieve precisamente la romana. Ya no tiene la escultura la sencillez propia y la ingénua religiosidad de las esculturas helénicas. Hay exageración de atributos; la sencilla Deméter es la Ceres modesta de la antorcha, es verdad, pero la figura de Cora o Proserpina tiene ya la diadema, el velo, la cornucopia, propios de escultura romana que tenía tantas divinidades, que necesitaba ayudarse de estos símbolos para reconocer las de origen extranjero. A nosotros este relieve nos parece un producto degenerado, aunque correcto, de uno de los talleres romanos provinciales, como el de Caio Aulio, o Demetrios, del siglo II, cuyos maestros eran griegos romanizados, según lo expresan sus apellidos, que trabajaban a exigencias de las necesidades del culto helenístico, siendo griegos sus obreros entalladores y marmolistas, y a instancia, probablemente, de los mismos sacerdotes que necesitaban copiar los mismos o parecidos tipos clásicos griegos.



NOTAS

(1) Su Director D. Martín Almagro Basch, tuvo la amabilidad de proporcionarnos datos interesantes de su asunto y bibliografía, así como también el compañero Director del de Tarragona, Sr. Ventura Solsona, nos remitió fotografías y datos acerca del de Tarragona, que agradecemos,

(2) Véase Ballesteros, Historia de España, 45, pág. 173 y Menéndez Pelayo «Heterodoxos», pág. 348.

(3) El culto abogado y alcalde de Pozoblanco, D. José Estévez Fernández, tuvo la atención, nunca bastante agradecida, de regalar al Museo este relieve con motivo de la demolición, por necesidades urbanas, de la casa en que estaba empotrado, y a él repetimos en estas líneas nuestra gratitud que hacemos extensiva a la culta Comisión Gestora del Ayuntamiento de Pozoblanco.

(4) Suponemos que esta figura sería una de de las Horas o Estaciones que formaban parte del séquito de Perséfone, a juzgar por el animal que le representa es el Otoño. Confróntese el dibujo de Conze «Heroen und Göttergestalten».

(5) El *ciceon* era una especie de torta eucarística formada de agua, harina y poleo.

(6) Richepin «Mitología ilustrada» t. II, pág. 28.

(7) Albertini «Sculptures antiques du Conventus Tarraconensis». en Anuario del Institut d' Estudis Catalans. 1911-12, pág. 322-474 (nota del Sr. Almagro Basch).

(8) En Camarinas se hallaron unos barros en los que Deméter lleva en la mano un gorrinillo.

(9) «Nueva Mitología Ilustrada», pág. 29 y 37.

(10) Cossío Pijoan. «Summa Artis», pág. 91).

(11) Acaso como ofrenda a un emperador divinizado puede considerarse la patera de plata de Aquileya, copia de la *Taza Farnese*. Un emperador heroizado aparece como un nuevo Tríptolemo que aporta la fertilidad a la tierra simbolizada por una mujer reclinada sobre una vaca (Europa). El emperador acaba de bajar del carro de serpientes y se dispone a realizar un sacrificio a Deméter que aparece entre nubes. Véase Rostowzoff «Cultura del imperio romano», tomo I, lám. XIII.

(12) En el Santuario de Lycosura, descubierto por una misión alemana fué hallado un grupo de mármol labrado en un solo bloque, el cual representa a Deméter y su hija Despoina. Deméter lleva una antorcha y Despoina con velo y cetro y una cajita con las sacras. A sus lados estaban las estatuas de Artemis y de Anito. Es obra del escultor Damofon de Mesene y fué descrito por Pausanias (V. Cossío Pijoan «Summa Artis» t. IV. pág. 500, fig. 681).

(13) Este personaje muy bien pudiera ser la imagen de una de las Horas o Estaciones del año (el Otoño) que suelen figurar también en el séquito de Perséfone, como en forma muy parecida a la nuestra puede verse en el relieve de la Ronda del Museo del Vaticano.

(14) El Museo Arqueológico Nacional conserva una abundante colección de terracottas representativas de Ceres y algunas de metal núms. 2102, 2906 y números 2900-2907 que dan fe del arraigo que el culto a tal divinidad tuvo en nuestro país. El catálogo solo menciona que pertenecieron a la Colección Salamanca, pero convendría averiguar su procedencia para intentar localizar la situación del templo.

(15) Compárese este relieve con el del brocal del pozo hallado en Palestrina que representa el «Cortejo de las Horas» tan lleno de movimiento, de época helenística, con ésta, de fría actitud en las figuras aunque de ejecución correcta. Solo en lo movido de los paños en la figura del Otoño, en el nuestro puede parangonarse con la obra del artista italiano.

(16) En el Museo de Siracusa hay un trozo de relieve en barro, que representa a Perséfone con una antorcha y un gorrinillo. Hay además un busto de esta misma diosa. Las monedas sicilianas tienen grabadas en el anverso el busto de Ceres. Véase Alessandro de la Setta, «Italia Antica» pág. 158.

(17) La tumba del Orco de Tarquinia tiene representaciones de las divinidades infernales sentadas en un trono y figuras beatíficas de las almas ya admitidas al reino del Hades, donde disfrutaban de su vida paradisiaca de ultratumba. Caru o Caronte en la tumba François.

81. En Caballeros se bajaron unos batos en las Puercas para en la mano sin contar



El gran Pablo de Céspedes, pintor y poeta

Por Manuel GÓMEZ MORENO

Fijate bien, que no digo «gran pintor»; porque entonces se nos subiría Sánchez Cantón a la parra; dejemos esto para ventilarlo en sazón, y procedamos a biografiar.

Céspedes nació en Córdoba hacia el año 1538, y llevó una vida perfectamente honorable, grave y doctoral, a creer lo que se cuenta en serio; pero era cordobés, y esto, junto con lo que se dirá luego, nos pone algo en guardia sobre la formalidad de los andaluces. Córdoba también era Góngora, y ambos clérigos, aunque no de misa, y juntos en el coro catedralicio de su tierra, actuando de racionero el uno y de beneficiado el otro. Y también de su amistad hay testimonio pues Góngora salió fiador de Céspedes en cierta ocasión, así como le zahirió, tasando en doce mil ducados lo que perdía un pintor al año, porque se pasaba en Sevilla sus buenas temporadas de picos pardos.

No ganaría mucho tampoco haciendo versos, con la ocurrencia de poner octavas reales y empinado sobre el coturno geórgico de Virgilio, el arte de confeccionar pinceles y tientos, paletas, colores, barnices, etc., y aun trazar una cuadrícula, exaltando su empleo en esta forma:

«Y para mayor luz, sabrás que hay una
una industria con que muchos han obrado,
y acudiendo el favor de la fortuna
y el suceso al estudio y al cuidado,
sus pinturas ilustres, una a una,
las colocaron en tan alto grado,
tan firmes, que la fuerza no ha podido
del tiempo obscurecerlas ni el olvido».

Ello cuadra al concepto de poema didáctico, bajo que la tal composición, quizá nunca terminada, se nos ofrece, aunque, en verdad, difícilillo resulta aún el enterarse de por dónde anda el poeta, que desde tamañas materialidades se remonta evocando la creación del

universo, esencias del arte sobre el arquetipo divino y medios para atraerse la inventiva con triunfo del genio. Y aunque parece rebajarse después enseñando a hacer la tinta, es para lanzar nada menos de trece octavas, que por acertijo pueden ofrecerse, revolviendo la caducidad de todo frente a lo perpetuo de la creación poética: «Sólo el decoro que el ingenio adquiere, se libra del morir o se difiere». Luego, para justificar la predilección que el pintor ha de sentir por el caballo, le dedica otras tres octavas, a vueltas de lisonjear al marqués de Priego y a Córdoba, patria suya, hasta que vuelve en sí el poeta, porque «no consienten tus fuerzas lo que emprendes, que pocas son, y el ya cansado aliento; vuelve, vuelve y conoce la carrera, que ya tomaste, a proseguir primera».

Entonces va con la perspectiva, el copiar a cuadrícula. Dibujo y colorido, más una exaltación de la belleza natural en esta pintura, tan gongorina:

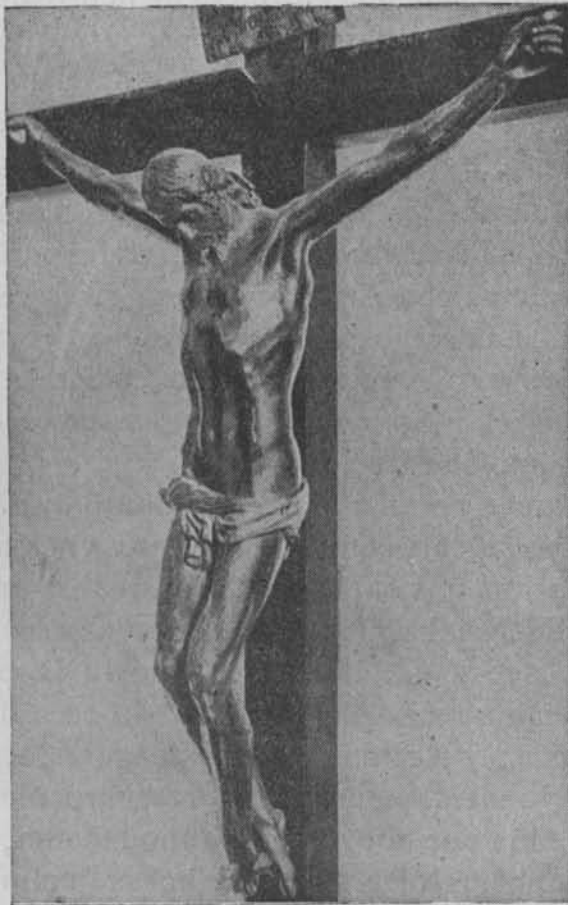
«Las frescas espeluncas escondidas
de arboredos silvestres y sombríos,
los sacros bosques, selvas extendidas
entre corrientes de cerúleos ríos,
vivos lagos y perlas, esparcidos
entre esmeraldas y jacintos fríos,
contemple, y la memoria entretenida
de varias cosas quede enriquecidos».

Y acaba con lamentaciones a la caída del arte en los siglos medios, proclamando luego su renacimiento; pero también asegura su inevitable mudanza a compás del universo, como si ya presintiera la ruina del clasicismo.

Murió Céspedes en 1608. Al culteranismo de Góngora se asigna por fecha inicial el 1609. Y ¿no llevaría de la mano el viejo Céspedes a su cofrade por este camino, con aquellas octavas tan alambicadas, altisonantes y misteriosas? ¿Se burlaría Céspedes de sí mismo poniendo en verso heroico trivialidades y fantasías, fuera de lo razonable y práctico? ¿Caería Góngora, algo tocado ya de la cabeza, en las redes de su genial paisano?

Porque éste «se las traía» en serio y en broma. Pasado apenas de los veinte años, ya se atreve a escribir pestes contra el Santo Oficio y el gran inquisidor Valdés, a propósito del inicuo proceso contra el arzobispo Carranza, lo que le valiera caer en sus garras si le dan alcance. En punto a tragaderas, «cogía nidos de grajos y comíase los grajitos, jurando que no había manjar más delicado». Andaba por

Sevilla con un gran crucifijo de bronce al cuello, obra de Miguel Angel, su ídolo..., y esta es ocasión de hacerme el vanidoso, enterándote de que ese crucifijo, reproducido muchas veces, lo descubrí yo, como es sabido por los del gremio, salvo la aparición reciente de otros dos ejemplares allí en Sevilla: el uno, de antimonio, al parecer, y colorido al natural, como lo hizo Pacheco; el otro, de plata, bien a resguardo en la sacristía de los Cálices, donde solamente a la sagacidad del



P. Carlos Gálvez se debe su descubrimiento. Y, por si quedase duda de la ironía con que «se soltaba el pelo», baste recordar su respuesta a quien le descalificaba un retrato: «¿Ahora sabe v. m que los retratos no se han de parecer? Basta, señor mío, que se haga una cabeza valiente».

Ei «tener cosas» no quiere decir chistes ni chocarrerías, sino cierto filosofar sobre criterios de conciencia, que le permitían salirse graciosamente de lo normal con paradojas de temerario desenfado. Un tan gran devoto suyo, cual lo era el pintor Pacheco, así lo reconocía;

pero añadiendo que ni supo juzgar ni jurar, ni tuvo otros vicios, y, lo que es más, nunca se le conoció flaqueza contra la honestidad ni en las palabras». Así quedan en su punto los donaires que de él se cuentan: En cierta noche, como le interrumpiese la charla de un pregón por las ánimas benditas, amohinose y alzando los brazos, dijo: «Bendita seas tú, Argel, donde no hay ánimas del Purgatorio, ni quien las encomiende por las calles y estorbe a los que están en conversación hablando con los que las cumplen». Más fuerte aún aquello de reverenciar a los máximos enemigos entonces de la prosperidad española: Selin e Isabel de Inglaterra, llamándoles «el Gran Turco, la señora Reina», hasta proclamar, en convite de gran fiesta entre jesuitas: «Tres personajes valerosísimos ha llevado este siglo: Barbarroja, el P. Ignacio y la señora Reina de Inglaterra».

Así enjuiciaba una de las más notables lumbreras en arte y condición que entonces se terciaban por aquí, codeándose con excelsos marianistas, en amistad con Arias Montano, Ambrosio de Morales, Alderete y muchos más sabios; camaradería que justificaban sus escritos en prosa, dotados de fuerte sentido común e independencia; por ejemplo, en apreciar las obras de arte medievales, recreándose en ellas y lamentando su ruina.

Estas divagaciones por el campo de lo inútil que llenan la vida de Céspedes, justifican su concepto de ellas, pues vivía tan desentendido de su hacienda que apenas sabía contar un real, y moraba en casa propia tan arruinada e inhabitable, que hubo de cederla a un sobrino para que no se le cayese, y al morir apareció su despensa casi vacía; de moblaje y ropas, una miseria; pero llena la casa de innumerables chucherías preciosas, colección de jaspes, ágatas, cristales, vidrios de color, ámbar, granates, piedras bezoares, caracoles, coros, calabazas, porcelanas... Más por alto, algo de antigüedades, medallas, bronce, ceras, astrolabios, relojes, libros de horas iluminado y aquel crucifijo de bronce sin cruz arriba mentado. Por las paredes, cuadros de asuntos religiosos y paisajes; para recreo, nueve macetas de limas, naranjos y otras hierbas. De valor, una larga cadena de oro y utensilios de mesa, de plata. Pero donde estaría el alma de Céspedes sería entre sus cuatrocientos libros, de alta literatura en todos los ramos del saber, poesía y lenguas. También, y a tras mano quizá, sus enseres de pintar, no muchos.

En efecto, su oficio durante larga permanencia en Roma, fué de pintor, y aquí también pintaba, quizás solo de afición, pero en grande. Sevilla y Córdoba se gloriaban con obras suyas; pero ha sido el

tiempo cruel con ellas; las más elogiadas se perdieron. Ahora, tocar a esto es lo más delicado que respecto a Céspedes cabe intentar; yo quisiera, cerrados los ojos, abrir oídos tan solo, acariciando las frases que en alabanza suya, como pintor, se han derramado. Pero si te convidase a mirar su «Última cena», en la catedral de Córdoba, o «La Asunción», en el bochornoso almacén de nuestra Real Academia de San Fernando, no disfrutarías, ciertamente. Lo peor del caso es que, aun desde el prisma, ya tan empolvado, de los amaneramientos

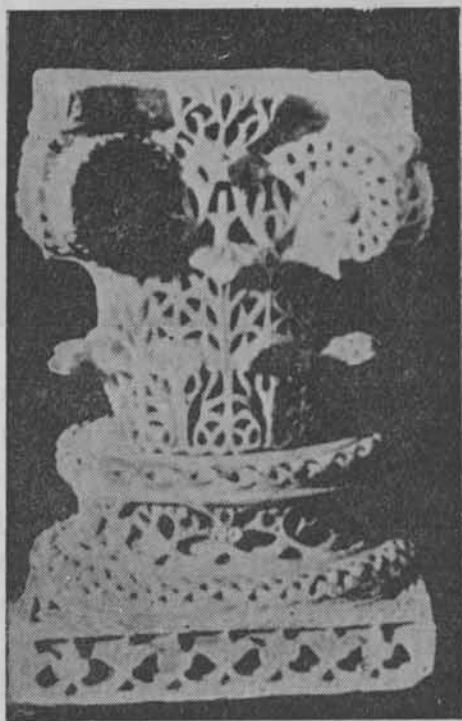


renacentistas, no logramos convencernos a nosotros mismos. Así, renunciando a su análisis, en gracia de los respetos que su autor merece, nos agarraremos a la única tabla de salvación, bien lejana, de los objetivos en que cifraban la perfección artística, tanto Céspedes con sus teorías, como los panegiristas juzgándola. Lo que no podrá negarse al propósito es que cuando el recetario clásico estimaba la belleza como esencial y la compostura ennobleciéndolo todo, he aquí que Céspedes nos pinta unos apóstoles de individualidad concreta, como retratos; pero groseros, brutales; tipo de pescadores agresivos. «El renuncio» no puede ser más descarado, y aquí de la subconsciencia de Céspedes.

Como hombre observador y de sutil comprensión que era, es posible que reaccionase ante los fenómenos de asalto hacia la realidad circundante, anulando las fórmulas renacentistas, y así se revelaba como precursor, en cierto grado, de la pintura naturalista que habían de franquear luego un Zurbarán y un Velázquez ante los aspavientos del maestro Pacheco, que no sabía para dónde mirar, si a Céspedes o a aquellas ordinarieces con que se arrancaba de viejo y por donde empezaban sus discípulos; pase así como elogio.

Y quedamos en que Céspedes, erudito, filósofo, vitoreado en Roma, fiel asistente a los rezos en el coro, devoto de Virgilio y de Miguel Angel, se sacude el polvo de las conveniencias sociales y de lo académico para inaugurar el conceptismo en poesía y un naturalismo irreflexivo en pintura. Yo conocí a otro cordobés, clérigo, oficinista correcto y pintor a lo fray Angélico, que discurría entre volteriano y místico, al margen de todo lo sociable, y era don Angel Barcia. ¿Lo dará la tierra?

(«Vida Española» Madrid 13 junio 1947)



Hermandad y ayuda mutua entre Jerez de la Frontera y Córdoba la Sultana

(AL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE CORDOBA)

Por Adolfo Rodríguez del Rivero

Desde remotísimos tiempos nació el afecto y cariño entre los hijos de la histórica Ciudad de los Califas y Xerez de la Frontera, y esta población guardó su gratitud grandísima a Córdoba, únicos que sacrificando sus intereses ofrendáronse en fechas difíciles para esta población, viniendo a estas tierras a costa de sus vidas, con el fin de derrotar a los enemigos de la Patria y de su religión, lo que originó establecerse una hermandad y afecto profundo entre las dos poblaciones y que muchas personas de la vida actual quizás desconozcan y para lo cual está bien traer en estos años a conocimiento de unos y otros, aquellos actos tan gloriosos de una y otra ciudad.

Y dicen los historiadores jerezanos en sus preciosos restos de sus libros de fechas:

Por el año 1325 un poderoso príncipe moro, en unión de otro monarca de Marruecos, reunió un gran ejército, quizás compuesto de más de 60.000 hombres, el cual después de pasar a España por Tarifa, concentrándose junto a la laguna de Medina de este término y como centro estratégico hacía frecuentes ataques a la campaña jerezana y la Ciudad.

En la población mandaba a los vecinos y guerreros el capitán de guerra D. Simón de Cameros, el cual comprendió desde el primer momento la difícil situación de esta población y como medio más adecuado mandó un urgente correo a Sevilla, en demanda de socorro, el cual por más que se esperó no llegó, al parecer por no encontrar gente suficiente, visto lo cual y la situación confiáronse los jerezanos a la protección divina y sin fijarse en otra cosa que en ella y matar al infiel, salieron dispuestos a morir matando, ocurriéndoseles una estratagema guerrera como de espanto para el enemigo y fué reunir una gran cantidad de potros cerriles a los cuales se les sujetó fuertemente a sus colas cueros crudos y secos

que pusieron en un estado furioso a aquellos animales casi salvajes y que llegados frente al ejército moro se les fustigó y castigó dejándolos libres.

Las tales bestias en un estado de locura entraron en el campo moro atropellando cuanto se oponía a su terrible acometida y como es lógico pensar el terrible desorden, confusión y espanto que en campo enemigo dejaron a su paso, que aprovecharon como es natural para que el corto número de tropas cristianas de Jerez entrasen a cuchillo en las filas del enemigo.

Mientras esta salida se organizaba en Jerez y habiendo tenido conocimiento Córdoba del auxilio que Jerez pidió a Sevilla y que por una u otra circunstancia no pudo mandar y aquí la hermosa frase española «los amigos y conocidos se ven en las ocasiones», sin aviso alguno mandó un ejército de mil peones y seiscientos caballos, que después de pasar por Sevilla llegaron a las puertas de Jerez momentos después de haber salido los guerreros de esta con los potros, tomaron rápidamente prácticos y guías que les enseñaron el camino a seguir, que fué distinto de los de esta Ciudad, con el fin de coger por sorpresa al enemigo.

Si grande fué la sorpresa de los mahometanos el ataque a sus filas por un ejército desconocido que les atacaba por distinto lado, no fué menor el asombro de los jerezanos que no podían sospechar quienes fuesen y de donde procedían dichos guerreros, lo que les llenó de un entusiasmo frenético, uno por vencer y otro por conocer al ejército amigo, tan misteriosamente llegado.

Terrible fué la derrota para los hijos de Mahoma, que en espantosa fuga regresaron a las playas de Algeciras para retornar a sus campos africanos; desde aquel entonces se conoce tal terrible batalla entre cristianos y sarracenos con el nombre de «Los Cueros». El destrozado ejército moro continuó perseguido y sufriendo secundarias derrotas que en la Historia son conocidas por la de la matanza y matanzuela.

Terminada tan sublime hazaña, reúnen jerezanos y cordobeses abrazándose fraternalmente unos y otros, ensalzando el valor de los de Jerez y estos de los cordobeses, y así todos reunidos y mezclados, con sus pendones juntos, efectuaron su entrada en esta Ciudad, donde después de una solemne función de Iglesia en acción de gracias, quedaron descansando cuatro días, que fueron de agasajos, regocijos y fiestas, regresando para la sultana Córdoba los hijos de aquella valiente y noble ciudad, siendo acompaña-

dos por todo Jerez hasta Caulina, dejando en esta al cuidado de las jerezanas los que resultaron heridos, defendiendo una ciudad hermana.

Muchísimo más tarde, por el 1603, encontrándose amenazadas estas costas y ciudad por posibles desembarcos de tropas francesas en las guerras que España sostenía con Francia debido a cuestiones políticas de sucesión y otros asuntos, fué causa de que de orden Real se formasen cuerpos de voluntarios de Jerez, que en unión de sus compañías de Milicias y sus famosos Dragones pusieron en activa movilización para cubrir las costas de esta provincia.

A Córdoba en esta otra ocasión faltóle tiempo para movilizar sus voluntarios poniéndolos al servicio de Jerez y con la carta copiada literalmente más adelante, puede formarse un claro juicio de la nobleza y ayuda de aquella bella Ciudad a Jerez de la Frontera con tal motivo, y también al cabo de años en otra ocasión para un gran apuro para Jerez, como lo dice la citada carta:

Habiéndose visto en nuestro Ayuntamiento el día diez del corriente con que se demuestra la carta de ustedes en que nos favorecen con la noticia de la Orden del Señor Duque de Sesa para mover sus milicias al socorro de estas costas que están amenazadas de las armas marítimas del Rey Cristianísimo de Francia».

«Usía por su acostumbrado celo al mandato y servicio de Su Majestad las que dada su fama para su pronta obediencia debemos asegurar a Usía que este accidente que nos tiene tan molesto, como pueden considerar, gastándonos por estar estos actos tan cercanos a estas costas que todo el peso de su defensa es cargado sobre nosotros y los alivia mucho la consideración de saber y merecer en estas circunstancias la ayuda de los hijos de Usía a quienes atenderemos como a verdaderos hermanos, uniendo nuestras fuerzas y sujetándonos en los dictámenes de los de Usía con lo que se lograrán más los aciertos que deseamos en el mayor servicio de Su Majestad y el gusto de servir a ustedes y sus hijos y suplicamos nos tengan en su memoria para que empleemos en cuanto fuese del mayor agrado y servicio de ustedes a quien guarde Dios en forma y grandeza».

«Jerez de la Frontera Julio 12 de 1603 años. Hurtado de Mendoza.-El Marqués de Villamarta Davila Pedro Gomez José Jiles».

«Por acuerdo de la muy noble y leal Ciudad de Jerez de la

Frontera. Bartolomé de Medina. A la muy noble Ciudad de Córdoba».

En años posteriores esta Ciudad fué visitada por Comisión del Ayuntamiento de Córdoba y vecinos, celebrándose diferentes festejos en su honor, visitando nuestra hermosa feria y población, reverdeciendo llenos de amor y cariño aquellos hermosos juramentos de hermandad entre Jerez y Córdoba.



El cráneo Neandertaloide de Alcolea

Si la reivindicación por los propios restos de una categoría racial es evidente, en pocos casos puede ser tan clara como en el cráneo de Alcolea, que por sus propias cualidades intrínsecas o modo de ser, y no por las condiciones externas o manera de estar, nos permite evidenciar la perduración del tipo de Neanderthal en un periodo geológico posterior al pleistoceno inferior, según las determinaciones de los prehistoriadores.

Claro es que esta supervivencia del tipo va unida a la discusión, no terminada, de la extinción absoluta de la especie del *Homo neanderthalensis*, o de la continuidad, en épocas prehistóricas posteriores, e incluso a la existencia de un grupo intermedio entre aquél y las variedades del *Homo sapiens fossilis*, grupo formado por los restos de Galilea, Podkumok y Ehringsdorf, a lo que se une la afirmación del gran anatómico Told, dando como forma transicional entre ambas especies el cráneo de Predmost.

Es inútil advertir que este ensayo atañe solo a los restos, o mejor, al cráneo del depósito inferior del arroyo del Tamujar, pues las capas medias y superiores, perfectamente distintas por la estratigrafía y por los restos, pertenecen a la época neolítica, según unos, y aún a la eneolítica de la cultura portuguesa, según Bosch, y se continúan hasta la romana, como uno de esos lugares perdurables o característicos en la vivienda o enterramiento del hombre,

No podemos aquí dar los detalles demostrativos de que la anatomía, o mejor, la osteología craneal, permite afirmar la persistencia del verdadero *thorus supraorbitalis*, que todos han reconocido al examinar los restos de Alcolea. La formación del *thorus*, estudiada por Schwalbe y representativa, indudablemente, de bestialidad o fiereza en el hombre primitivo como caracter racial, y afirmada por los caracteres secundarios de masculinidad y vejez, débese a la fusión de los arcos superciliares y los supraorbitales en el entrecejo o glabella, resultando una continuidad saliente en toda la base del frontal y en las partes laterales de dicho hueso, como claramente se ve en cualquiera de las variedades neanderthaloides.

Morfológicamente basta comparar las normas superiores de los cráneos de Neanderthal y Galilea, con la de Alcolea, para declarar la identidad de las formaciones frontales y de las laterales, no solo en su aspecto general, sino en el desarrollo y orientación de las líneas frontales y parietales, con la gran hondura de la fosa temporal para la inserción de potentes músculos maseteros. Esta morfología fué declarada como patológica o anormal, sin datos de observación y análisis, que aplicados por nosotros y por el catedrático doctor Castejón, demuestran no ya la continuidad externa, sino que la estructura alveolar ósea es plenamente normal y continúa, sin hipertrofia ni proceso patológico en el tejido del diploe ni en las caras del frontal.

El cráneo es de un hombre plenamente adulto, próximo a la vejez, y los caracteres neanderthaloides no están tan acusados en la norma lateral por un pequeño escorzo en la fotografía que le hace aparecer más corto y más alto de lo que es en la realidad, pues según nuestras medidas es larguísimo, ya que la relación modular longitudinal sube a 126, precisamente igual a la del cráneo de la Chapelle-aux-Saints, y se traduce en un índice cefálico de 72'2.

De modo análogo, la platicefalia, correspondiente a un índice verticolongitudinal de 65'9 —intermedio entre el de 62'9 de la Chapelle-aux-Saints y el de 71'2 del cráneo del Gibraltar—, es un valor representativo de la poca altura craneal, y viene asegurada por coincidir, aproximadamente, en él los valores de los señores Carbonell, Barras y míos, con una relación modular vertical de 83'4, bastante inferior a la de los actuales cráneos españoles, aunque superior al aplastadísimo cráneo de la Chapelle-aux-Saints.

Confirma el aplastamiento general el índice verticotrasversal, que varía poco de 93'3 en las diversas determinaciones, aunque por esto resulte más alto que los citados cráneos de la Chapelle y Gibraltar. Por último, respecto a las formas generales, es por su anchura de tipo medio, con una relación modular de 91'3, inferior en tres unidades del cráneo de la Chapelle-aux-Saints.

En la norma lateral se destacan los arcos superciliares formando *thorus fundidos* en la glabella, bajo la cual aparecían unos nasales salientes que formaban una espina superior, desaparecida en una de las roturas posteriores a nuestro estudio; véanse también unas fuertes apófisis mastóideas y el desarrollo de una curva me-

dia sagital que alcanza a 310 milímetros en las dos proporciones frontal, y parietal.

Completan lo dicho de la norma superior, de la cual su perímetro en la circunferencia horizontal es de 517 milímetros, alto valor en relación a los cráneos prehistóricos y actuales de España, pero muy inferior a los tipos representativos de los neanderthaloides, baja que se repite en el diámetro frontal mínimo de 96 milímetros, algo inferior al de Gibraltar y más aún a los citados neanderthaloides, y que representa el 69'4 por 100 del diámetro trasverso máximo, o sea una frente ancha que le incluye en el grupo de los eurimetopes.

Completan el análisis y crítica de la morfología de este cráneo la afirmación de Hernández-Pacheco de que «el thorus supraorbitalis está muy patente, y de ningún modo debe atribuirse a presiones de sedimentos, deformaciones o causa extrínseca alguna». Y la indicación del antropólogo señor Barras, de parecerse el ejemplar de Alcolea al cráneo neanderthaloide de Spy.

Entre otros autores extranjeros que se han ocupado de este yacimiento, nos parecen justas las afirmaciones del doctor Ried, en el *Antropologischer Anzeiger*, tanto respecto a este cráneo como a la presunta dolicocefalia de los más modernos, que al estudiarlos nosotros en el capítulo de la época eneolítica, y aún al tratar de los protobraquicéfalos en la Península, veremos que se incluyen en este grupo con absoluta separación de los neanderthaloides.

El profesor Hrdlicka, en su fundamental estudio directo de los restos esqueléticos del hombre primitivo, hace notar que el thorus es bajo en el cráneo de Gibraltar, y en cambio se señala anatómicamente en las variedades del *Homo sapiens* de Podkumok, Bruk, Burno I, Predmost, Oberkassel y Alcolea, cráneo del que se ocupa en varios capítulos al hablar de los postmusterienses, añadiendo a los citados centroeuropeos algunos otros de Francia, fundamentalmente del tipo Cro-Magnon, así como los del norte de Africa, de Djebel y Farrás, lo que nos permite señalar una continuidad geográfica de cráneos con el desarrollo del thorus, en la que queda incluida nuestro ejemplar cordobés.

No puede subsistir, a nuestro juicio, la creación del *Homo fossilis cordubensis*, hecha por el ingeniero señor Carbonell en el erudito informe redactado con los señores Puente y Rodríguez

Díaz, y la colaboración en lo anatómico de los señores Hidalgo Barcia y doctor Camacho García; pero sí creemos evidenciada la perduración del hombre de Neanderthal en el yacimiento de la provincia de Córdoba.

Luis de Hoyos Sainz

(Del tomo I de la *Historia de España*, dirigida por Menendez Pidal)



Romero de Torres o la intuición cordobesa

SU ARTE COMO RESULTADO DE LEJANAS CULTURAS

Esta obra de Romero de Torres es sin duda la que responde al mejor momento de la creación del artista, y la misma adquiere una transcendental perspectiva en el campo de la pintura española. Perspectiva que se la dá el cotejo de valores que de la misma se desprende cuando es comparada con mucha obra clásica que le precedió.

Estos no eran otros que los resultantes de la cultura y del ambiente en donde se formó el artista. Córdoba tiene una singular presencia en la obra del pintor. Si antes nos detuvimos algún tiempo analizando ciertos valores que encontramos rodeando la vida de Julio al nacer—la personalidad artística del núcleo familiar, el ambiente del Museo cordobés, el sentido profundamente espiritual que tenía la pintura de los Castillos, Palominos, Zambranos, Roelas y Valdés Leal, el grito de otras culturas que representaban los trozos de mármoles excavados—; si a esto unimos la pureza intacta de cierta gran parte del urbanismo de la ciudad, todo esto, decimos, tenía por misión hacer ver como el artista, al saturarse de tan glorioso ambiente, tiene la fortuna de captar en él virtuosidades que como ondas lo taracean; ondas que cuando tienen la fortuna también de conmutar con sensibilidades afines, producen unas resonancias de tipo espiritual y artístico de amplitud inusitada.

Estas son ¡ay! las que imantaron la inteligencia de tantos hombres ilustres cordobeses de ayer y de hoy; ese venero secreto que alimentan las mejores rosas de poesía, de arte y de ciencia en el subsuelo, como filón que dá inmortal permanencia a las virtudes de este pueblo.

Romero de Torres, insensiblemente, en virtud de ese proceso cósmico que se dá en tantas almas, se intuye en tan altas ascen-

dencias; y lo hace instintivamente, con esa sencillez que tienen las más grandes cosas. En virtud de ello, también la obra que comienza a crear cuando tuvo la fortuna de encontrarse a sí mismo en el camino de sus aspiraciones, empieza a acusar esta solera de fundamentales valores estéticos y espirituales. Y de ahí temas como estos que pinta, de tan directo entronque con el clasicismo.

El valor que esta obra tiene es singular, y más si pensamos en la hora en que se hace. Estudiemos, pues los asuntos que se cultivan en la pintura de dicha hora. Que abismo la separa de toda



otra concepción. Del superficial concepto decorativo que caracterizaba mucha de esta pintura; el débil estudio de estilizaciones y calidades de otro importante sector; la habilidad repetida de tanto impresionismo desbordado se distanciaba, fundamentalmente, del logro pictórico del artista cordobés.

Unos miraron, acaso, con cierta displicencia la obra de Romero, como hija de una cultura, de una época que ya pasó; fácil es que esto le hiciera proclamar las excelencias del arte nuevo por cuanto interés tiene siempre lo actual, lo que aflora el instante último de la vida en su infinita evolución.

Pero lo cierto es que todo este fulgor de novedades que da la vida, cuando las mismas son, como actualmente sucede con mu-

chos postulados estéticos, fruto del fuego artificioso de la improvisación, apenas resisten permanencia superior a un instante de sorpresa y paroxismo. Si bien es de notar que estos movimientos tienen el singular valor también de exonerar, de renovar postulados artísticos e ideológicos que se durmieron en el mismo cauce de la vida.

¡Feliz, pues el creador de la belleza, el poeta y el plástico que sabe conjugar en su concepción ambos principios! Es decir, la raíz solidísima del arte, de la concepción de ayer y el girar alado,



ágil, renovador, de los conceptos artísticos de hoy. Ello opera siempre una obra de singular ponderación.

Ningún pintor como Romero de Torres más capacitado para conjugar en sus lienzos estos valores. Ya estudiamos como la cultura humanística que le inspiró dió origen a sus composiciones. El mundo espiritual de la pintura de los primitivos lo aprovecha para la exaltación de temas que son, como aquellos, asimismo, asuntos que pertenecen a la intimidad del alma, al ámbito imponderable de la sensibilidad y del espíritu del hombre. «Retablo del Amor», «La consagración de la copla», «Poema de Córdoba», «El pecado», «La gracia», se llaman, entre otros, estos cuadros.

Bastaban estos lienzos para situar al pintor en un momento de

oro de la mejor pintura de Europa. Bien con los maestros venecianos, bien con las escuelas holandesas del siglo XVII; Tintoreto y Rubens están tan cerca de este artista en cuanto al momento cumbre de su concepción pictórica, que diríamos que son contemporáneos.

Pensemos, para comprenderlo, en el caudal de fantasía que el pintor cordobés tuvo que utilizar, para hacerse digno del parangón. Pero este sale triunfante en virtud de que la misma tuvo aciertos como los de las obras antes mencionadas.

¿Quién inspiró esta obra? Sin duda, la cultura ambiental de Córdoba; ese sutil vaho de sensibilidad de arte que expanden sus cielos y sus piedras; el camafeo de obras que se fueron amontonando al paso de los siglos.

¿Qué inspiró la universalidad actual de la obra de este artista? El estar realizada la misma con giros y conceptos actuales de esta universalidad. De ahí que en virtud de esa conjugación la misma tenga una tan amplia área admirativa, haya contribuido a dar una nueva versión del humanismo y cultura de nuestra pintura clásica y moderna a la vez.

Esta perspectiva la da con singular relieve la obra que firma el artista en esta hora. Perspectiva que no es otra que la nueva versión del clasicismo que no supo desarraigarse de lo profundo y espiritual que lo llamaba a la tierra, pero que a la vez se abría a las inquietudes, a los nuevos postulados estéticos de la pintura del mundo de su hora.

Cecilio Barberán

(Del «Julio Romero de Torres», capítulo IX)



Córdoba sabia y agraria entre la primavera y el verano

Por Rodolfo Gil Benumeya

El puente de días y de semanas tendido entre mayo y junio es cada año la actualidad de Córdoba. El espíritu de esa ciudad del Sur resalta más cuando está como a caballo entre la primavera y el verano, no solo por su célebre feria, que es eje de atracción en las comarcas de todo el campo andaluz, con vegas y serranías, sino también porque los fuertes rayos del sol en las tierras más secamente calientes y luminosas de la Península acentúan lo típico cordobés tan fuertemente como si lo tallasen. Las más célebres definiciones de lo local han insistido siempre en lo que tiene de replegadamente silencioso, siendo la «Córdoba callada» de Machado, o la «Córdoba enjuta» de García Lorca. Acaso esa característica de lo recogido y lo escueto sea, en parte, una influencia del reseco ambiente físico. La serenidad y limpieza del aire sin humedad actúan sobre la psicología de los habitantes, lo mismo que la escasez y dureza del agua potable sujeta las lenguas y sintetiza los gestos o los pensamientos. Se puede sospechar que el cordobés habla poco porque bebe poco; pero en él, como en los hijos de las estepas del Oriente semítico, cuna de religiones y metafísicas, ese desecamiento aguza la mente. Ciudad callada de esencias quietas, ciudad sin fascinaciones ni fantasías, Córdoba llega cada junio a lo actual con un empeño de superponer sobre ese tiempo de hoy, que pasa y fluye de prisa, otro tiempo que siempre repite los mismos impulsos con vocación de eternidad nacida de sus antecedentes desérticos.

Por eso, a diferencia de Sevilla, movida por el más alegre ritmo vital, o de Granada, estremecida por emociones nostálgicas, lo cordobés está como clavado sobre el terreno. La continuidad del ambiente, afiladamente despejado, inclina a la concentración del alma tanto como a lo enfáticamente preciso del ademán, y tiene a la ciudad vuelta sobre sí misma, ensimismada. No puede conocer a la urbe del alto Guadalquivir quien no tenga en cuenta que su pasado reencarna en su presente. Detrás de cada aspecto de la moderna y ani-

mada vida actual de una activa capital de rica provincia agrícola está latente la herencia de los siglos pasados, durante los cuales el localismo se fué acumulando, intensificando y acentuando hasta llegar a dar a todos los cordobeses un marcado aire de familia en sus tendencias más generales. Además aquellos que han destacado en el pensamiento o en la acción lo hicieron de modos parecidos. Entre las generaciones que se suceden parece haber una especie de hilo invisible que las liga, de sangre, paisaje, tradición, herencia o voluntario estudio. El momento esencial del año, que es allí ese que va desde la feria al estío; sirve muchas veces para pasar revista a lo que pudiera llamarse «genio provincial», en el cual lo erudito y lo popular han ido siempre estrechamente unidos. Por ejemplo, cuando lo sentencioso de Séneca reaparece a cada páso en algunos viejos labriegos. O cuando Góngora era, a la vez que el poeta del conceptismo, un amigo del toreo y el folklore. Por eso la mejor y más exacta definición de la ciudad del Arcángel es la de Córdoba sabia y agraria.

El ejemplo más conocido del afán de continuidad que tienen los cordobeses es el del escultor Mateo Inurria, que ante un elogio de su obra decía: «¡Pero si no he hecho más que retratar a mis paisanos!» Y él veía a esos paisanos tan en conexión, que al modelar la estatua del Gran Capitán le puso la cabeza de Lagartijo, a la vez que también veía en Séneca un cierto parecido con el famoso torero. Esto no estaba mal, pues el adelantado del estoicismo era también una especie de matador en el mundo de lo filosófico, en el que preconizaba un despreciativo dominio de los males de la vida que le arremetían, y él se sacudía de encima como si se los pasase con una serie de naturales. En realidad, lo que más une los dos aparentes extremos de lo sabio y lo agrario en cultura y en cultivo (que son ideas y palabras semejantes) es el empeño de no dejarse dominar por la Naturaleza absorbente y subconsciente. Sobre el fondo del campo cordobés, en el que la agricultura es a caballo, se han recortado siempre como siluetas ecuestres muchas figuras literarias guerreras y campestres, como las de famosos Jalifas, como el duque de Rivas, que fué gran poeta romántico, pero también oficial de Caballería, o como los caballeros locales del Siglo de Oro, que allí eran escritores tanto como rejoneadores. Es que la campiña no tiene allí nada de difuso fondo blandamente panteísta, sino de sitio despejado, donde al olivar se le alinea rígidamente y a los animales se les domina con calma fría, lo mismo que hacía, por ejemplo, Manolete.

Por eso en Córdoba la preocupación por la sabiduría, a la vez que por las cosechas, ha sido siempre constante en la Historia; pero entendiéndolo que la sabiduría debe ser más moral que vagamente especulativa, y más de afirmaciones precisas que de difusas posibilidades. En el paganismo recuerda esto una tradición (recogida en la Crónica general de Alfonso el Sabio) sobre una resistencia local contra las injusticias de un Emperador romano de los cordobeses, impulsadas por los sabios y filósofos locales, que el Emperador no pudo castigar, pues sus consejeros le dijeron que, mientras más matase, más nacerían, pues la sabiduría se daba allí como un producto de la tierra. Esto fué en el periodo latino, pues en el árabe musulmán la capital del Jalifato fué sobre todo célebre por sus íntegros jueces y rectos funcionarios, ya que, según Al Secundi, traducido por García Gómez, no elegían ministro ni consejero que no fuese sabio. En lo cristiano, la gran figura local fué Osio, redactor del Credo; es decir, de una afirmación de fe concreta. Y en el Renacimiento, los hijos de esa ciudad eran definidos por Gracián, en «El Criticón», como los «varones eminentes». Siendo lo más curioso de este repetirse de tipo cultural local no sólo su tendencia afirmadora y moralista, sino su enlace instintivo a través de los siglos. Bastando recordar el ejemplo de sus poetas musulmanes, cuyas metáforas son repetidas luego por Góngora, y cuyas poesías puso en excelente verso español moderno don Juan Valera.

Representante de la continuidad de la tradición cultural y a la vez alma de la ciudad entera es la Academia cordobesa que ostenta el largo y sonoro nombre de «Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes». Fué fundada el año 1810, en plena confusión de las guerras napoleónicas, para salvar lo que se pudiese de lo cultural, después de las expoliaciones de las tropas imperiales. Se puso luego a catalogar con empeño todas las cosas notables de la ciudad y provincia. En lo material, hay que recordar que su sede fué mucho tiempo la misma del Museo Provincial de Bellas Artes, que creció con ella. En lo monumental de Academia y Museo salió justamente la gestión para que gran parte de la ciudad fuese considerada como sujeta a la ley de defensa de la riqueza monumental y artística. Para la actividad normal de trabajos tiene la Academia su revista, sus conferencias, sus publicaciones. En lo conmemorativo, ella da a las efemérides locales resonancia mundial, como ocurrió en 1929 con el milenario del Jalifato, y, años después, con la conmemoración de Maimónides. En lo docto interior de España, está en contacto con

los Institutos del Colegio Superior, y allí también se celebró el más reciente Congreso de las Asociaciones Hispanolusitanas para el progreso de las ciencias, clausurado por el Ministro de Educación. En lo hispanomarroquí, es la Academia el más directo y eficaz contacto cordial con todo el mundo árabe. Y en lo íntimamente humano hay que destacar que entre sus correspondientes ingresan también mujeres.

Todo no se ha dicho aquí por un deseo puramente privado de referirse a la Academia, ni tampoco por aportar un detalle puramente informativo. Sino para destacar el valor simbólico de la existencia de un organismo semejante como condensador del afán que en Córdoba se siente por no perder ni una sola capa histórica de las que los siglos han dejado como estratos acumulados, y de fundirlas todas en la misma continuidad. No perder nada, ni lo difícil ni lo fácil, ni lo esotérico ni lo pintoresco. Fundir la ética con el cante jondo; la Medicina, con la escolástica; la pintura y el toreo, la investigación arabista y el cuidado veterinario de la ganadería. Conocerlo todo. Incorporarlo todo. Saber comprender con discreta moderación. Saber escuchar, que es esencial en la vocación de una ciudad tolerante, silenciosa, clásicamente equilibrada. Y, sobre todo, mantener el estilo senequista de rechazar quieto los inconvenientes, de «matar recibiendo», que el cordobés Juan Rufo definía diciendo:

«Y sólo el hombre pervierte
sus justas obligaciones
si no vence sus pasiones
como valeroso y fuerte».

Resumen de la ciudad que pone su orgullo en estar siempre anclada y plantada al borde de un lento río pausado.



Un siglo de Estadísticas Mineras en la provincia de Córdoba

Por los Ingenieros de Minas

Don Antonio Carbonell Trillo-Figueroa
y Don Rafael Carbonell Atard

La Estadística no representa solo valores aislados, sino que en conjunto define, aleccionados por las enseñanzas del pasado, las posibilidades para el porvenir; esto es lo que creemos que puede lograrse al catalogar la serie de antecedentes que hemos podido recopilar sobre el particular; y aunque esbozaremos el conocimiento que se tiene sobre lo ocurrido en la provincia de Córdoba desde remotos tiempos, concretaremos la actuación como objetivo principal los elementos de juicio de que se dispone, partiendo de las estadísticas oficiales que se inician a mediados del pasado siglo, las cuales con los inevitables defectos de toda innovación van suministrando cifras que merecen garantías para poder formar juicio con referencia a las posibilidades futuras.

Séanos a este propósito significar aquí el tributo que a tal efecto se debe de una manera especial al Consejo de Minería, el cual ante el conjunto de las Estadísticas Mineras anuales ha logrado formar a los efectos que ahora nos interesan una base sólida para las deducciones que deben lograrse.

Según Sandars (Archaeología, 1910) existen testimonios de las explotaciones en la época neolítica con azadones de asta de ciervo de 2.000 años antes de J. C., en que se explotaban ya las minas del Sur de la Península, siendo los minerales extraídos de ellas objeto del comercio oriental premicénico; mas Pedro Bosch Gimpera, en su traducción de la «Hispania» (Geografía, Etnología, Historia) del Dr. Adolfo Schulten, Profesor de la Universidad de Erlagen, Barcelona 1920, y en el apéndice que hace a esa obra sobre la Arqueología Prerromana Hispánica, dice, en la página 171, y refiriéndose entre otros al citado H. Sandars: «On the use of the deerhorn picks in

the mining operations of the ancients» (Archaeología, LXII, 1910) «Es probable que en el eneolítico no se explotasen más minas que las de Almería y las del Sur de Portugal. Si las de la Sierra de Córdoba y demás de Andalucía, fuera de la provincia de Almería, o las del Norte de España, se hubiesen explotado, seguramente encontraríamos más objetos de cobre en el eneolítico de esas regiones. En cambio es posible que a principios de la Edad del Bronce, o sea al tiempo de El Argar, pertenezcan las explotaciones de esas minas andaluzas o cantábricas. A tal explotación se refieren los martillos de minas, de piedra, tan frecuente en Andalucía y los pozos prehistóricos en yacimientos de cobre como los del Cerro Muriano y de Peñaflor en Andalucía, o las minas de Milagro y del Aramo en Asturias, en la última de las cuales encontraron verdaderas galerías y abundantes restos de los utensilios de madera utilizados por los mineros prehistóricos; pedazos de escalas, cubos, teas, hachas, etc. De tales minas cantábricas proceden hachas de cobre o de bronce, que por su tipo se colocan mejor en los principios del bronce que en el eneolítico. Además, la gran abundancia de los hallazgos de objetos de cobre o bronce de tipos argáricos en toda Andalucía que contrasta con la escasez de metal en las estaciones eneolíticas andaluzas que no son de la provincia de Almería, permite la suposición formulada de que tan solo en los principios del bronce fueron explotados los yacimientos en cuestión».

Según Schulten ateniéndose a las descripciones de Estrabón el paraje entre el Anas y el Betis, al Norte de Córdoba, se llama «Saltus Marianus», del propietario de minas Mario. En aquella fecha el Betis era navegable por navíos grandes de mar hasta Sevilla, por pequeños hasta Ilipa y por navíos de río hasta Córdoba; oro se encontraba en la Bética, especialmente al N. de Córdoba como cita Schulten refiriéndose a Silio, III, 401, y en «Cotinae» (Estrabón, 142.— Véase el artículo «Cotinae» de Pauly-Wissowa).

Sobre este asunto de las minas «Cotinae» el arqueólogo D. Gabriel Delgado indicaba que tales minas debían hallarse en la margen izquierda del Guadalquivir, más ésto no es posible y puede considerarse la interpretación de margen derecha e izquierda del río según el punto de salida y de destino. En este caso, que es el único admisible, tendríamos serias dificultades para localizar el paraje si debe encontrarse antes de llegar a Córdoba; pudiera ser en las inmediaciones de Sevilla, por minerales procedentes de aquellas sierras que yacieran en el sombrero de hierro de los yacimientos prolongación de los de

Huelva; más encontrándose Itálica allí parece lógico que se hubiera hecho alusión a la misma. Entonces podemos sospechar que tales yacimientos de oro se referían a los de Peñafior y particularmente a los situados en Sierra Almenara, donde todavía se recogen hermosos ejemplares de cigalina con oro; es posible que «Cotinae» correspondiera a la zona que desde allí se extiende a Hornachuelos, a Mezquitillas y al Guadalora, donde los cobres grises tiene alta ley en oro. No creemos probable como por alguien se ha indicado que las minas indicadas por Estrabón sean las llamadas Minillas de Mondragón en las márgenes del Guadalquivir y del Guadiato, entre Posadas y Almodóvar del Rfo; en los aluviones cuaternarios. Mas bien pudiera referirse tal nombre a las minas que frente a Córdoba se extienden por la Torre de Siete Esquinas y la Casilla del Cobre; si bien dada la proximidad parece que esa zona debía de incluirse en el «Mons Marianus» citado por Plinio, y nos hace pensar en lo antes dicho el que Estrabón al hablar de las minas «Cotinae» no hace referencia concreta a aquellos otros parajes, ni Diodoro, V, 36, al referirse a que había minerales de cobre con un quilate de un cuarto.

Estos antecedentes a los que pudieran agruparse otros numerosos nos indican la importancia en que siempre se tuvo la minería de Córdoba, donde no solo el cobre sino la plata y otros fueron objeto de intercambio por aquellas remotas fechas y en las sucesivas de la Edad Media; puesto que de los testimonios fehacientes y particularmente por los aportados por Fagnan (E): *Extraits inédits relatifs au Maghreb*, Alger, 1924, como he hecho consignar en mi trabajo «La Minería y la Metalurgia entre los musulmanes en España» (Tema desarrollado en la semana del milenario del Califato del Occidente de Córdoba, en Enero de 1929), publicado en la «Revista Minera», el testimonio arqueológico de los árabes por lo que se refiere a minería es tan importante como el romano y Abensaid entre otros (Pasaje tomado de Almacari, *Analectes sur l'histoire et la literature des Arabes d'Espagne*. Dozy, Leide 1855-61, y que figura en la *Crestomatis arábigo-española* de Lerchundi y Simonet, Granada, 1881, núm. 15) indica que el cobre es abundantísimo en el Norte de Andaluz y el azofare que casi se asemeja al oro, indicándose una mina muy importante de plata en el distrito de Cortes en la provincia de Córdoba.

En el Registro y Relación general de Minas de la Corona de Castilla se indican una serie de datos referentes a explotaciones y minas en España desde La Reconquista hasta esa fecha. A principios del

sígló XIX ya se hablaba de las minas de plomo de Córdoba en la relación de los documentos oficiales que existían en el Archivo de Alcalá.

Sin embargo en los antecedentes dispersos que hemos podido recoger nos traen la convicción de que eran legendarias en los últimos siglos diferentes explotaciones en la provincia de Córdoba; y de una manera particular nos referimos a un interesante trabajo intitulado «El Carbón de Piedra», Memoria leída a la Academia General de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, en 16 de Julio de 1841, por D. Rafael Mariano Pavón, que se publicó en el «Boletín de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba», Año IV, Núm, 14, Octubre a Diciembre 1925, en cuyo estudio además de una serie de consideraciones curiosas e interesantes por la fecha en que fué redactado y entre ellas dice en el apartado 33, «Igualmente los extranjeros informados las más veces muy mal de nuestras cosas, han asegurado que en España hay pocas minas de carbón. A ello ha dado lugar el naturalista Bowles, que siendo tan exacto en describir las producciones minerales de España, no hace ninguna mención del carbón de tierra. Es de creer sin embargo que desde muy antiguo se conoce en España el uso de esta sustancia. Según Estrabón los antiguos habitantes de Lusitania se calentaban con piedras encendidas, y es de suponer que estas piedras no sean otra cosa que el carbón fósil. Es bien sabido que desde últimos del siglo anterior ha habido provincias de España donde la explotación de esta especie de mineral se ha fomentado y protegido por el gobierno. En el día se explotan en Asturias, Aragón, Cataluña y Valencia. En la primera de estas provincias solamente se benefician noventa mil quintales». Y en el apartado 39 dice lo siguiente: «No habiendo considerado al carbón de piedra en general sino bajo el aspecto científico, extractando para ello las ideas de algunos sabios naturalistas, añadiré a este trabajo, haciendo una aplicación la más útil para nuestro caso: alguna noticia de las minas de carbón de la provincia de Córdoba; y leeré a la Academia lo notable, y acaso lo único que se encuentra sobre este punto en diversos papeles inéditos, reunidos por la suprema dirección de minas, y que consiste en el luminoso informe presentado a aquella por D. Ramón Pellico en 30 de Junio de 1836, y en algunos documentos relativos a los ensayos de explotación verificados en las minas, y que existen en el archivo de la contaduría de Almadén. Hace una descripción de la cuenca de Belmez el Sr. Pellico muy avanzada para la fecha en que fué escrita

y se refiere a los trabajos que desde 1790 al 99 se llevaron en la misma a cabo con objeto de llevar el combustible a Almadén y destinarlo al consumo de la máquina de vapor que sirve para desaguar aquellas minas.

Las labores tuvieron lugar una hacia el lugar donde luego se trabajaron las minas de Cabeza de Vaca y otra en el Arroyo de la Hontanilla, en el límite de los términos municipales de Fuente Obejuna y Peñarroya, agregando en el considerando 61: «Todas las expresadas labores produjeron 42.743 a. de carbón, de las cuales 37.171 se condujeron a Almadén, en cuyo punto tuvieron de coste 1 $\frac{3}{4}$ rs. cada una. Desde aquel tiempo hasta el día solo los herreros del país se han utilizado algún tanto del combustible, haciendo cada verano una pequeña extracción para el consumo de sus fraguas. Esto se verificaba casi solamente en Espiel, donde todos los años arrendaba el Ayuntamiento el privilegio de poder sacar carbón por pertenecer a los propios de dicha villa el terreno en que se abrieron los pozos de donde se extraía. Ni el presente año ni el anterior se ha verificado extracción alguna».

Antecedentes de Carbón de Piedra de Peñarroya y Belmez, sacados del archivo de la Contaduría de Almadén.—Por Real orden de 15 de Octubre de 1788 se sirvió conceder a D. José Simón de Lillo, Teniente visitador de Montes, del Consignado de estas minas 4 reales diarios en atención a la utilidad que pudiese resultar al Real Erario de la denuncia que en 16 de Junio del mismo año hizo ante esta Superintendencia de la vena de carbón de piedra que voluntariamente solicitó descubrir y descubrió en efecto en el arroyo llamado de la Hontanilla inmediato a la aldea de Peñarroya de la jurisdicción de la villa de Belmez.

En Decreto de 21 de Junio de 1790 dispuso esta Superintendencia que Juan Kilmán (alemán) Mtro. de minas de carbón de piedra, acompañado de José Gómez Rosa, en calidad de sentador y del entibador Jorge Jacob, pasasen al establecimiento de trabajos para beneficiar la descubierta en dicha aldea de Peñarroya, previniendo cuanto estimó oportuno e invitando al celoso Subdelegado de montes de aquel departamento D. Gabriel Lozano a la cooperación por su parte, bien con suministro de caudales que pudieran ofrecerse, bien en la custodia de ellos y demás conveniente.

Salieron en efecto los antedichos el 30 de Junio (desde cuya fecha se cuentan los gastos de su laboreo, fortificación y beneficio). En 7 del siguiente Julio manifestó el maestro Kilman que para continuar

el socavón principiado en la indicada mina inmediata a Peñarroya era necesario por ser un terreno muy feble, sostener inmediatamente su cielo y costados con maderas, cuya corta se realizó en número de 97 pies en la Dehesa de Aguayo, propia del Sr. Marqués de Graena, cuyo valor se pagó a los 4 reales pie establecidos, previa acreditación pertinente por el guarda de ella, Bartolomé Cabrera, de haber guiado y olivado en la misma más de 2.180 chaparros entre salvos y resalvos.

Dirigió los trabajos y operaciones de la mina el expresado Kilman, así como desde Octubre del propio año de 1790 también la descubrió (sin contar cuando) a la intermediación de la villa de Belmez, continuando las labores de ambas hasta 14 de Mayo de 1794 y solo las de Belmez desde 15 del mismo mes hasta Enero inclusive de 1793, advirtiendo que por pase de Juan Kilman a su país, le sucedió el entibador Jorge Jacob (encargado que era de los útiles y herramientas) en la inspección y en el cuidado de dichas minas desde Junio de 1792, ejerciendo las funciones de intérprete.

Los gastos de su explotación, maderas, fortificación, acríbe del carbón extraído, para venta del menudo, introducción del grueso destinado para esta bomba de vapor en las cañas de las minas de Belmez, como reservatorio (por falta de almacén) para evitar su sustracción fraudulenta hasta cargarlo en las carretas y demás que produjo su beneficio, ascendieron desde Junio de 1790 hasta Enero inclusive de 1793 de su primera época a 43.366 reales 19 mrs. Habiéndose vendido en ella tres mil ochocientas sesenta y cinco y media arrobas del menudo al pie de dichas minas a un real cada arroba a diversos compradores de las intermediaciones, quedando el grueso separado para traerlo a este cerco de S. Teodoro, con destino a la bomba de vapor que se establecía a la sazón en el mismo.

Previas varias disposiciones tomadas en Noviembre de 1792, por esta Superintendencia por consecuencia de su propuesta a la superioridad, en Mayo de aquel año, y efectuadas que fueron por decreto de la misma de 8 de Enero de 1793; consiguiente a auto de igual fecha de que se hará mérito enseguida, se mandó que el oficial de mina Juan Izquierdo Ramírez y el sobrestante de obras Ventura de la Fuente pasasen a reconocer las insinuadas obras acordadas y evacuado (siempre que no ocurriese motivo que lo impidiese) se procediera a cerrar aquellas minas con toda seguridad trayendo sus llaves a la Superintendencia, y los útiles y efectos de Real Hacienda, que hubiese en ella, lo ejecutaron dando parte de ello el 15 del propio Enero pa-

sando a contaduría con las llaves de las minas de Belmez y Peñarroya para su custodia y uso cuando conviniese.

Esta determinación fué consiguiente a un despacho de la Superintendencia, del expresado 8 de Enero de 1793, en que se inserta el auto antes indicado de igual fecha sobre suspensión por entonces (según Real Orden de 23 de Junio de 1792) de las labores y disfrutes de dichas minas de carbón de piedra que se trabajaban por cuenta de esta administración, en el que se comisionó en forma al Subdelegado de Montes D. Gabriel Lozano, para que hiciese entender a la justicia de la villa de Belmez que eran de patrimonio de S. M., que correspondían a esta Superintendencia y de consiguiente propias de la Real Hacienda, que como tales debía celar que no fuese defraudada en su disfrute, que nadie se excediese a violentar las puertas y demás resguardos de su custodia, con encargo para dicho fin a los guardas de campo o de propios de aquella villa, sobre su vigilancia, dando cuenta de cualquiera novedad en el asunto, haciendo igual encargo al Subdelegado Lozano, con respecto a los guardas del consignado y que se tomase razón en los libros capitulares de dicha villa, devolviendo (como lo realizó) originales de las diligencias evacuadas que fueron».

Continúa señalando detalles de la explotación de 1794 a 1799, indicándose que esa mina de Peñarroya se descubrió en 1788 por D. José Simón de Lillo, que el carbón menudo se gastó al pie de mina y los herreros y vecinos de Belmez, Fuente Obejuna, La Granja de Torrehermosa, Azuaga, Granjuela, Castuera, Pozoblanco, Villanueva del Duque y Córdoba y que no hubo razón para la paralización por lo que al suministro de la mina de Almadén se refería.

Por ello continuó particularmente el trabajo en aquellas explotaciones, si bien más reducido, que sirvió por los yacimientos que se pusieron al descubierto para la construcción años después del ferrocarril de Belmez a Córdoba.

Estos antecedentes vienen ya a enlazarse con los de la Estadística Minera cuando se inició su formación y su publicación.

La serie de elementos de que se dispone para considerar la continuidad de las explotaciones en la provincia de Córdoba nos llevaría fuera de los límites a que hemos concretado nuestro trabajo; sin embargo, vamos a indicar algunos que confirman cuanto va indicado y por lo tanto enlazan las actividades minero-metalúrgicas en la pro-

vincia de Córdoba desde los tiempos prehistóricos a mediados del siglo pasado.

En el Congreso Internacional Geológico de 1926 tuve ocasión de trabar sincera amistad con Mr. Sadek (Hassan), Ph. D. (London), B. Sc., F. G. S., Chief Inspector, Geol. Surv. of Egypt., Geological Museum, Dawawin P. O., Cairo.-Délégué du Gouvernement, y con Mr. Little (Otway Henry), M. A., A. R. C., Sc. I., F. G. S., Subdirector, Geological Survey of Egypt, Dawawin P. O., Cairo, tratando con ellos sobre un asunto muy interesante que era el estudio de las aleaciones metálicas que dieron materiales para la fabricación de los objetos hallados en la tumba del Rey Faraón egipcio Tutankamen en Luqsor, cuestión que interesaba a la Comisión encargada de la conservación y estudio de los hallazgos.

El hecho era si el estaño que se había empleado en la fabricación del bronce procedía de las Islas Casitérides ó de España, lo que podía dilucidarse en vista de los antecedentes sobre las minas de estaño de España y sobre los análisis de sus minerales, puesto que el conocimiento de la Península ya era conocido desde la época de Tartesos y aun barruntado con anterioridad; y al efecto se llevaron a cabo estudios sobre los minerales de Orense, León, Zamora, Salamanca, Cáceres y además sobre los de Portugal.

Parece natural que así fuera puesto que si el estaño se hubiera importado es lógico que hubiera indicios de algunas fundiciones de bronce en la costa, caso que no se conoce.

Otro caso demostrativo del trabajo llevado a cabo en España durante las fechas pretéritas son los mismos nombres de los parajes en que las minas radican y así tenemos el caso de Cerro Muriano que puede provenir del de Cerro de Mario por la explotación concedida en tiempos romanos a esa familia romana; pero las derivaciones a Cerro Muriano ya son de más difícil interpretación. En tanto que la derivación a murio, rojo, puede estar de acuerdo con el color del sombrero de hierro en el llamado hoy Cerro de la Cantina o Cerro Muriano.

La conservación de la palabra Almadén, en árabe la mina, explica la serie de almadenes con que se designan lugares de la provincia de Córdoba en los términos municipales de Córdoba, Montoro, Villanueva de Córdoba, Posadas, Alcaracejos, Espiel y Hornachuelos, en todos los cuales hay trabajos mineros antiguos.

Damos a continuación, en anotación bibliográfica, la lista de los últimos trabajos redactados o publicados por D. Antonio Carbonell Trillo-Figueroa, con la cual se completa la que insertamos en nuestro número anterior.

1946.—Nota sobre los minerales de Uranio.—Revista «Ejército». Núm. 72.—Enero 1946.

1946.—Resumen de obras publicadas y trabajos en preparación hasta la fecha.—Enero 1936.

1946.—Los yacimientos de Uranio.—Publicado en la Revista «Ibérica».—Núm. 57, segunda época, Año II, 16 Febrero 1946.—Barcelona.

1946.—Nota sobre la edad herciniana de los plegamientos que afectan a la porción NO. de la provincia de Córdoba y edad geológica de los depósitos de la Sierra Albarrana, en término municipal de Hornachuelos.—Instituto Geológico y Minero de España.—Marzo 1946.

1946.—Nota para el Ilmo. Sr. D. Juan Manuel López de Azcona, sobre los minerales de Uranio de la provincia de Córdoba y sus inmediaciones e indicios de sus similares que hemos reconocido.—Enviado al Instituto de Geofísica, Centro de Investigaciones Científicas.—Marzo 1945.

1946.—Estudio de los yacimientos de plomo de El Soldado y su prolongación genética hasta Pozoblanco, Montoro y la provincia de Jaén.—Remitido al Instituto Geológico y Minero de España en 9 Abril 1946.

1946.—Estudio de las aguas minero-medicinales de Fuencaliente (Ciudad Real).—Remitido al Instituto Geológico y Minero de España en Abril 1946.—Publicado en extracto de Notas y Comunicaciones del Instituto Geológico y Minero de España.—Número 16.—1946.

1946.—Noticias varias recopiladas en itinerarios de campo.—Paisajes, vegetación y fauna.—Remitido a la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba en 9 de Abril 1946.

1946.—Noticias varias recopiladas en los itinerarios de campo.—Palabras del vulgo, aforismos y otros.—Remitido a la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba en 12 de Abril 1946.

1946.—Noticias varias recopiladas en los itinerarios de campo y otras facilitadas de fuentes históricas.—Fenómenos naturales y

- catastróficos.—Remitido a la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, en 13 de Abril de 1946.—Publicado en el «Boletín» de dicha Academia núm. 62, Año XVI, Enero a marzo 1946.
1946. Noticias varias recopiladas en los itinerarios de campo. Espeleología.—Remitido a la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, en 15 Abril 1946.—Publicado en el «Boletín» de dicha Academia núm. 53.—Abril a Junio 1946.
- 1946.—Noticias varias recopiladas en los itinerarios de campo.—Cronlechos, dólmenes, cistas, sepulturas, otros monumentos funerarios y restos humanos. Remitido a la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, en 22 de Abril 1946.
- 1946.—Noticias varias recopiladas en los itinerarios de campo. Monumentos megalíticos, restos de estaciones prehistóricas, paleolíticas y neolíticas, castros, castillos, inscripciones y otros restos.—Remitido a la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba en 23 de Abril 1946.—Publicado en el «Boletín» de dicha Academia núm. 54, Año XVI, Julio-Diciembre 1946.
- 1946.—Noticias varias recopiladas en los itinerarios de campo.—Vestigios antiguos incalificados.—Remitido a la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, en 23 de Abril 1946.
- 1946.—Noticias varias recopiladas en los itinerarios de campo. Datos gráficos.—Remitido a la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, en 24 de Abril 1946.
- 1946.—Noticias varias recopiladas en los itinerarios de campo.—Vías de comunicación, silos, obras hidráulicas, minería, metalurgia e industrias similares y otros.—Remitido a la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, en 26 Abril 1946.
- 1946.—Noticias varias recopiladas en los itinerarios de campo.—Útiles de trabajo, de pedernal y similares, hachas votivas y de trabajo, martillos de piedra, útiles de cobre y bronce, restos varios de diferentes órdenes, tesoros y restos de viejas construcciones romanas y árabes.—Remitido a la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, en 1 de Mayo de 1946.
- 1946.—Fuentes varias recopiladas para el estudio de la prehistoria

- y arqueología de la provincia de Córdoba.—Remitido a la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, en 2 de Mayo de 1946.
- 1946.—Mapa Geológico de España.—Notas correspondientes a la porción de la provincia de Córdoba de la Hoja núm. 904 «Andújar».—Remitido al Instituto Geológico y Minero de España, en 2 de Mayo de 1946.
- 1946.—Mapa Geológico de España.—Notas correspondientes a la porción de la provincia de Córdoba de la Hoja núm. 883 «Virgen de la Cabeza».—Remitido al Instituto Geológico y Minero de España, en Mayo 1946.
- 1946.—Mapa Geológico de España.—Notas correspondientes a la porción de la provincia de Córdoba de la Hoja núm. 860 «Fuencahiente».—Remitido al Instituto Geológico y Minero de España, en 6 Mayo 1946.
- 1946.—Noticias varias recopiladas en los itinerarios de campo.—Antigüedades y datos prehistóricos de los términos municipales de Montoro y Villanueva de Córdoba.—Remitido a la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, en 6 de Mayo 1946.
- 1946.—Informe de las minas de bismuto de la zona de Torrecampo-Conquista.—Enviado al Instituto Geológico y Minero de España, en 6 de Mayo 1946.
- 1946.—Fotografías recogidas en itinerarios de campo y otros referentes a antigüedades arqueológicas y datos prehistóricos de los términos municipales de Villanueva de Córdoba, Torrecampo, Santa Eufemia y El Viso de los Pedroches.—Remitido a la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, en 7 Mayo.
- 1946.—En colaboración con el Ilmo. Sr. D. Juan Manuel López de Azcona.—Yacimientos de Wolfram de la provincia de Córdoba. Remitido al Sr. López de Azcona, Mayo 1946.
- 1946.—Noticias varias recopiladas en los itinerarios de campo.—Costumbres, antigüedades, minería retrospectiva y datos prehistóricos de los diferentes términos municipales de la provincia de Córdoba.—Remitido a la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, el 1 de Junio de 1946.
- 1946.—Piedras de Córdoba.—Remitido al Boletín de la Cámara Oficial de la Propiedad Urbana de la provincia de Córdoba, el 24 de Junio 1946.

- 1946.—Noticias varias recogidas en itinerarios de campo.—Vegetación, arqueología, antigüedades, prehistoria y otros.—Remitido a la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, 1 Julio 1946.
- 1946.—Criaderos de Combustibles de la provincia de Córdoba.—Remitido al Instituto Geológico y Minero de España, el 2 de Julio de 1946.
- 1946.—Notas recogidas en itinerarios de campo y otras referentes a varios de prehistoria y arqueología de los términos municipales de Almedinilla, Baena, Belalcázar, Belmez, Hinojosa del Duque y Santa Eufemia. Remitido a la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, en Agosto 1946.
- 1946.—Hoja núm. 807 del Mapa del Instituto Geológico y Minero de España. Memoria, Notas apéndices, fotografías, Plano Geológico, Cortes geológicos del mismo, Plano Minero, Plano de la mina «Collado de San Joaquín» y Plano Hidrológico y Edafológico.—Remitido al Instituto Geológico y Minero de España, en Julio 1946.
- 1946.—Notas recogidas en itinerarios de campo y otros referentes a prehistoria y arqueología gráficas en la Hoja núm. 807, porción correspondiente a la provincia de Córdoba, del Instituto Geográfico y Estadístico de España.—Plano.—Remitido a la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, en Agosto 1946.
- 1946.—Un siglo de Estadísticas Mineras en la provincia de Córdoba. En colaboración con D. Rafael Carbonell Atard.—Julio 1946. Remitido a la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, en Agosto de 1946.
- 1946.—Criaderos de Cobre en la provincia de Córdoba.—Enviado al Instituto Geológico y Minero de España, en 24 de Agosto de 1946.
- 1946.—Noticias sobre antecedentes romanos y otros de las minas de Cerro Muriano.—Remitido a la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, en Agosto 1946.
- 1946.—Noticias recogidas en itinerarios de campo y otros referentes a prehistoria y arqueología gráficas en la Hoja núm. 832 del Instituto Geográfico y Estadístico.—Plano.—Remitido a la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, en Agosto.
- 1946.—Mapa Geológico de España. Hoja núm. 832, porción corres-

- pondiente a la provincia de Córdoba.—Enviado al Instituto Geológico y Minero de España, en 2 de Septiembre 1946.
- 1946.—Notas recogidas en itinerarios de campo y otras referentes a prehistoria y arqueología gráficos en la Hoja núm. 833 del Instituto Geográfico y Estadístico de España.—Remitido a la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, en Septiembre de 1946.
- 1946.—Plano del contacto Norte del batolito granítico de Los Pedroches.—Remitido al Instituto Geológico y Minero de España, en Septiembre 1946.
- 1946.—Explicación de la Hoja núm. 833 «Hinojosa del Duque».—Remitido al Instituto Geológico y Minero de España, en 28 de Septiembre.
- 1946.—Notas recogidas en itinerarios de campo y otros referentes a prehistoria y arqueología gráficos en la Hoja núm. 857, «Valsequillo», del Instituto Geográfico y Estadístico de España.—Remitido a la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, en 2 de Octubre.
- 1946.—Noticias recogidas en itinerarios de campo y otros referentes a prehistoria y arqueología gráficos en la Hoja núm. 834 «San Benito», porción correspondiente a la provincia de Córdoba, del Instituto Geográfico y Estadístico de España.—Remitido a la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, en Octubre.
- 1946.—Explicación de la Hoja núm. 834 «San Benito», porción correspondiente a la provincia de Córdoba.—Remitido al Instituto Geológico y Minero de España, en Octubre.
- 1946.—Notas recogidas en itinerarios de campo y otros referentes a cuevas, prehistoria y arqueología gráficos en la Hoja núm. 856, porción correspondiente a la provincia de Córdoba, del Instituto Geográfico y Estadístico de España.—Remitido a la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, en Octubre.
- 1946.—Memoria explicativa de la Hoja núm. 858, porción correspondiente a la provincia de Córdoba.—Enviado al Instituto Geológico y Minero de España, en 22 de Octubre.
- 1946.—Notas recogidas en itinerarios de campo y otros referentes a prehistoria y arqueología gráficos en la Hoja núm. 942 «Palma del Río», porción correspondiente a la provincia de Córdoba, del Instituto Geográfico y Estadístico de España.—Remiti-

- do a la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, en Diciembre.
- 1946.—Introducción y antecedentes para el estudio de las Hojas del Mapa Geológico de España, escala 1:50,000, núms. 878, 899, 900 y 879 «Fuenteovejuna» en la parte que afectan a la provincia de Córdoba.—Remitido al Instituto Geológico y Minero de España, en 22 Noviembre.
- 1946.—Notas recogidas en itinerarios de campo y otros referentes a prehistoria y arqueología, gráficos en la Hoja núm. 964 «La Campana», porción correspondiente a la provincia de Córdoba, del Instituto Geográfico y Estadístico de España.—Remitido a la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, en Diciembre.
- 1946.—Criaderos de Cinc en la provincia de Córdoba.—Enviado al Instituto Geológico y Minero de España, en Diciembre.
- 1946.—Memoria explicativa de la Hoja núm. 964 «La Campana», porción correspondiente a la provincia de Córdoba.—Enviada al Instituto Geológico y Minero de España, en Diciembre.
- 1946.—Introducción y antecedentes que se refieren al estudio de las Hojas núms. 988 «Puente Genil» y 1.006 «Benamejí», (porciones correspondientes a la provincia de Córdoba).—Enviado al Instituto Geológico y Minero de España, en Diciembre.
- 1946.—Pasado, presente y porvenir de la minería de Córdoba.—Enviado a la Jefatura de Minas de Córdoba, para su publicación en «La España Minera y Metalúrgica».—Actividades profesionales.—El Distrito Minero de Córdoba.—Dirección General de Minas y Combustibles.—Diciembre.
- 1946.—Notas recogidas en itinerarios de campo y otros referentes a la prehistoria y arqueología, gráficos en la Hoja núm. 858 «El Viso», del Instituto Geográfico y Estadístico de España.—Enviado a la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, en Diciembre.
- 1946.—Criaderos de Plomo en la provincia de Córdoba.—Tomo I.—Remitido al Instituto Geológico y Minero de España, en Diciembre.
- 1947.—Criaderos de Plomo en la provincia de Córdoba.—Tomo II y planos correspondientes.—Remitido al Instituto Geológico y Minero de España, en Enero.
- 1947.—Memoria explicativa de la Hoja núm. 858 «El Viso».—Enviada al Instituto Geológico y Minero de España, en Enero.

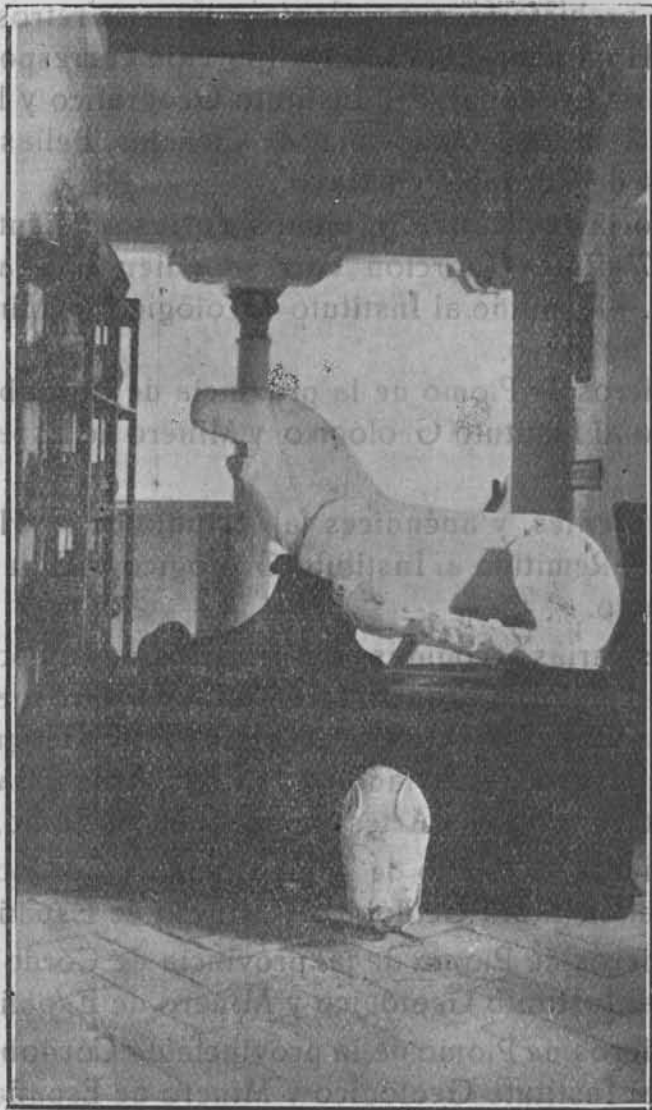
- 1947.—Notas recogidas en itinerarios de campo y otros referentes a prehistoria y arqueología, gráficos en la Hoja núm. 965 «Ecija» (porción correspondiente a la provincia de Córdoba), del Instituto Geográfico y Estadístico de España.—Remitido a la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, en Enero.
- 1947.—Criaderos de Plomo en la provincia de Córdoba.—Tomo III y planos correspondientes.—Enviado al Instituto Geológico y Minero de España, en 16 de Enero.
- 1947.—Memoria explicativa de la Hoja núm. 965 «Ecija» (porción correspondiente a la provincia de Córdoba).—Enviada al Instituto Geológico y Minero de España, en 17 de Enero.
- 1947.—Notas recogidas en itinerarios de campo y otros referentes a prehistoria y arqueología, gráficos en la Hoja núm. 987 «El Rubio» (porción correspondiente a la provincia de Córdoba).—Remitido a la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, en Enero.
- 1947.—Yacimientos de plomo en la provincia de Córdoba.—Su importancia, localizaciones y cubicación.—Enviado para su publicación a la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias.—Congreso de San Sebastián.—Enero.
- 1947.—Criaderos de Plomo en la provincia de Córdoba y planos correspondientes.—Tomo IV.—Enviado al Instituto Geológico y Minero de España, en 27 de Enero.
- 1947.—Notas recogidas en itinerarios de campo y otros referentes a prehistoria y arqueología, gráficos en la Hoja núm. 946 «Martos» (porción correspondiente a la provincia de Córdoba), del Instituto Geográfico y Estadístico de España.—Enviado a la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, en Enero.
- 1947.—Memoria explicativa de la Hoja núm. 946 «Martos» (porción correspondiente a la provincia de Córdoba).—Enviado al Instituto Geológico y Minero de España, en Enero.
- 1947.—Notas recopiladas en itinerarios de campo y otros referentes a prehistoria y arqueología gráficos en la Hoja n.º 872 (porción correspondiente a la provincia de Córdoba) del Instituto Geográfico y Estadístico de España.—Enviado a la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, en Febrero.
- 1947.—Memoria explicativa de la Hoja núm. 878 (porción corres-

- pondiente a la provincia de Córdoba). Enviado al Instituto Geológico y Minero de España, en 7 de Febrero.
- 1947.—Notas recogidas en itinerarios de campo y otros referentes a prehistoria y arqueología gráficos en la Hoja núm. 850 «Pozoblanco», del Instituto Geográfico y Estad. Enviado a R. A. C. en Febrero.
- 1947.—Criaderos de Plomo en la provincia de Córdoba.—Tomo V.—Enviado al Instituto Geológico y Minero de España, en 18 de Febrero.
- 1947.—Memoria explicativa de la Hoja núm. 859 «Pozoblanco».—Enviado al Instituto Geológico y Minero de España, en 20 de Febrero.
- 1947.—Criaderos de Plomo de la provincia de Córdoba y planos correspondientes.—Tomo XI.—Enviado al Instituto Geológico y Minero de España, en 1 de Marzo.
- 1947.—Apéndices al Tomo XI de los Criaderos de Plomo de la provincia de Córdoba.—Índice de informes adjuntos, fotografías y planos correspondientes a las zonas 8.^a a 15.^a—Enviado al Instituto Geológico y Minero de España, en 25 de Marzo.
- 1947.—Apéndice y notas varias referentes al estudio de la Hoja núm. 879 «Fuenteovejuna».—Remitida al Instituto Geológico y Minero de España en 25 de Marzo.
- 1947.—Notas varias recogidas en itinerarios de campo y otros referentes a prehistoria y arqueología gráficos y minería retrospectiva, en la Hoja núm. 879 «Fuenteovejuna».—Enviado a la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, en Abril.
- 1947.—Memoria explicativa y planos correspondiente de la Hoja núm. 879 «Fuenteovejuna». Enviada al Instituto Geológico y Minero de España en 5 de Abril.
- 1947.—Apéndices y notas varias referentes al estudio de la Hoja núm. 988 «Puente Genil».—Enviada al Instituto Geológico y Minero de España, en 15 de Abril.
- 1947.—Notas varias recogidas en itinerarios de campo y otros referentes a prehistoria y arqueología gráficos y minería retrospectiva en en la Hoja núm. 988 «Puente Genil».—Enviado a la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, el 22 de Abril.
- 1947.—Memoria explicativa y planos correspondientes de la Hoja

- núm. 988 «Puente Genil».—Enviada al Instituto Geológico y Minero de España, en 23 de Abril.
- 1947.—Notas varias recogidas en itinerarios de campo y otros referentes a prehistoria y arqueología y minería retrospectiva gráficos en la Hoja núm. 1 006 «Benamejí» (porción correspondiente a la provincia de Córdoba) del Instituto Geográfico y Estadístico. Enviado a la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, en Abril.
- 1947.—Notas varias recogidas en itinerarios de campo y otros referentes a prehistoria, arqueología y minería retrospectiva gráficos en la Hoja núm. 1.007 «Rute» (porción correspondiente a la provincia de Córdoba), del Instituto Geográfico y Estadístico.—Remitida a la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, en Mayo.
- 1947.—Memoria explicativa y planos correspondientes a la Hoja núm. 1.007 «Rute» (porción correspondiente a la provincia de Córdoba).—Remitido al Instituto Geológico y Minero de España, en 16 de Mayo.
- 1947.—Criaderos de Plomo de la provincia de Córdoba.—Tomo VI.—Enviado al Instituto Geológico y Minero de España, en 29 de Mayo.
- 1947.—Antecedentes y apéndices al estudio de la Hoja núm. 989 «Lucena».—Remitido al Instituto Geológico y Minero de España en 2 de Junio.
- 1947.—Notas varias recogidas en itinerarios de campo y otros referentes a prehistoria, arqueología y minería retrospectiva gráficos en la Hoja núm. 989 «Lucena», del Instituto Geográfico y Estadístico de España.—Enviado a la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba en Junio.
- 1947.—Criaderos de Plomo de la provincia de Córdoba.—Tomo VII.—Enviado al Instituto Geológico y Minero de España en Julio.
- 1947.—Criaderos de Plomo de la provincia de Córdoba.—Tomo IX.—Enviado al Instituto Geológico y Minero de España en Julio.
- 1947.—Criaderos de Plomo de la provincia de Córdoba.—Tomo VIII.—Enviado al Instituto Geológico y Minero de España en Julio.
- 1947.—Criaderos de Plomo de la provincia de Córdoba.—Tomo X.—Enviado al Instituto Geológico y Minero de España en Julio.
- 1947.—Investigaciones de Aguas en la provincia de Córdoba.—Tomo I.—Enviado al Instituto Geológico y Minero de España en Julio.

1947.—La Campiña de Santaella-Baena.—Antecedentes para el estudio de las Hojas núms. 966, 967 y 968.—Enviado al Instituto Geológico y Minero de España en Julio.

1947.—Investigaciones de Aguas en la provincia de Córdoba.—Tomo II.—Enviado al Instituto Geológico y Minero de España en Julio.—Los tomos III, IV y V fueron enviados en Agosto.



La música y el sentimiento

¿Dice la Música algo sustancialmente expresivo? ¿Nos habla de alguna forma que pueda comunicarnos el más hondo pesar o la más alborozada y retozona alegría? ¿O por el contrario es un elemento convencional, yerto y frío, ageno al sentimiento, encerrado en los estrechos y angostos límites de sus componentes puramente estructurales? He aquí una serie de preguntas que son objeto de constante discusión entre el género humano desde los más remotísimos tiempos, y que aún perdura latente en nuestros días. Mientras unos consideran a la Música, exclusivamente como Música, sin irrumpir en los dominios de otras artes y mucho menos en los del sentimiento consciente y provocado intencionadamente a priori, otros, por el contrario, le atribuyen incluso la facultad permanente de ser la más fiel y elocuente traductora de los más diversos matices del sentimiento con que la criatura es capaz de manifestarse. No nos ocupemos aquí de esa otra especie de criaturas insensibles aparentemente a los goces que proporcionan las bellas Artes. De este tipo infrahumano es mejor no hablar.

Cada cual defiende su punto de vista con más o menos razón, pero con superabundancia de elementos para convencer; y como siempre con la ausencia del justo medio; de ese punto de ponderación del esfuerzo humano, el que si por una parte anula la iniciativa y el estímulo en beneficio de lo bueno frente a lo malo, lo bello frente a lo feo, lo abundante frente a lo escaso, lo fuerte frente a lo débil, y en suma la ley general del contraste; por otra parte, y en este caso particularísimo por ejemplo, convendría alcanzar esa ponderación consiguiendo la Unidad del justo medio con las variedades que andan dispersas; entendiéndose que aquí ese justo medio, debemos traducirlo como «Justo sentido de la Música en relación con la criatura».

Todas las tendencias de carácter absoluto tienen el defecto de crear éxtremos tan absorbentes, que el que más y el que menos, con una egolatría impropia de la mutua comprensión y convivencia, pretende anular todo aquello que no sea lo que él piense o quiera; pero lo cierto ello es, que en esta pugna de música pura y música expresiva, ambos extremos se entroncan en un común denominador, en un complejo único e indestructible, por la penetración de uno en otro re-

cíprocamente, dando lugar a una muy íntima e indestructible trabazón. La música pura, quiéranlo o no sus paladines más esforzados, *es más expresiva.*

Y la música expresiva, por indeclinables leyes de la Naturaleza, es a su vez *Música pura.*

No hay composición concebida sin propósito deliberado de decir determinada cosa a la que nuestra imaginación, volando en alas de la poesía, no pueda poner su argumento doloroso o risueño.

Tampoco hay composición concebida con el deliberado propósito de explicar un argumento, que no podamos escucharla haciendo abstracción de éste, y solo sentir su tejido sonoro sin relacionarlo con nada, que no sea la *música misma.*

Pero no olvidemos que siendo la expresión el punto de consecución mediante el cual manifestamos el sentimiento, negar esa facultad a aquellas cosas animadas por nuestro propio esfuerzo y puestas en relación con nuestros sentidos, sería tanto como negar nuestra propia existencia.

La llamada Música descriptiva no puede tomarse en modo alguno en el sentido absoluto y objetivo que sus defensores pretenden, por una razón sencillísima: Porque la música objetivamente no puede describir nada. Los intentos que se han hecho en este sentido no pasan de ser unas simples abstracciones provocadas con el auxilio de la Onomatopeya más o menos acertada.

Por mucho empeño que en ello pongamos, la Sinfonía Pastoral no podrá hacernos ver (¡lo que se llama ver!) el resplandor cegador del relámpago, ni la pertinaz y húmeda sensación de la lluvia, ni el pavoroso y horrísono fragor del trueno, ni el discurrir cantarino del agua mansa del arroyo, ni la inmensa quietud de los campos con sus verdes prados, ni sus doradas mieses, ni los miles de insectos que pululan por doquier. Tampoco es posible ver palpablemente y con nuestros propios ojos, el vuelo de un Moscardón, ni vivientes y cansinos camellos hollando las arenas del desierto estepano del Asia Central, y aun menos, el sol refulgente que lanza sobre ellas sus implacables rayos.

En realidad, objetivamente no se puede decir que la música describa ni explique nada; lo que sí hace, y esto podemos afirmarlo rotundamente, es despertar nuestra potencia sensorial, asociándola, mediante impresiones más o menos concretas, a todo cuanto universalmente puede acontecer, y muy especialmente en el Mundo de los sentimientos.

Que sepamos, La Toccata y Fuga en Re menor de J. S. Bach, no pretende deliberadamente explicar nada, es, sencillamente, música pura. Sin embargo, difícil será sustraernos a la impresión que nos pone en situación de imaginarnos algo trágico, de fuertes contornos, imponente como una mole de granito de macizos y milenarios pilares.

En las Travesuras de Till, de R. Straus, flota un ser imaginario, impalpable, pero sumamente humorístico, aunque luego más adelante trunque su existencia el fatal zarpazo de una muerte violenta.

Realmente, la música confinada en sí misma, es solamente música, pero una vez puesta en relación y contacto con el hombre, transfórmase en pródigo y abundante caudal de sensaciones de las inagotables fuentes de la alegría y el dolor; y aquellas otras de la más ruda y primitiva fiereza, y el más ingenuo o exaltado amor. Tal vez no llegue a provocar sino una aguda crisis de aburrimiento. De cualquier forma que sea, afectará nuestros sentidos.

Hagamos oír un fragmento de Música clasificada como música pura sin intenciones preconcebidas, a un público de escasa preparación cultural. No me equivoco si una gran parte de él abrirá un palmo de boca con un bostezo de padre y muy señor mío y exclamará: «¡que aburridísimo y triste estoy!» (el aburrimiento y la tristeza son términos equivalentes en gentes de este linaje). «¿Están tocando a Misa?» Otros habrá por el contrario a los que aquello mismo les entretenga, les interese, e incluso les haga pensar y sentirse tristes, pero no aburridos; soñando con la nostalgia de mil dulces e íntimos recuerdos acumulados por una fatal asociación de ideas. —¿Y por qué? Porque es ley natural y biológica, que todo cuanto hiera nuestros sentidos, fatalmente ha de provocar una reacción y consecuentemente una sensación. Es decir: Nos expresa,—sea un lenguaje articulado como el de la palabra, o simplemente con imágenes sonoras,—unos sentimientos más o menos definidos y concretos; y aun he de decir más: ¡No es mucho más convincente el lenguaje que utiliza la palabra como medio, cuando ésta no lleva el aditamento del sentimiento en su expresión; que ese otro lenguaje, que por medio de imágenes sonoras disputadas con orden y concierto y expresadas con el ardor y entusiasmo del artista; subyuga, arrebatada y nos prende en alas del más encendido entusiasmo (¡Menguado sería el efecto del lenguaje propiamente dicho sobre nuestros sentidos, sin la fuerza de arrebatada y fascinación que le imprime un gran orador. Ese efecto que nos electriza, arrastrándonos en la impetuosa corriente de sus ideas,

difícilmente le encontraremos en un parlanchín cualquiera, aunque literalmente nos diga lo mismo.

Es sumamente difícil explicar y mucho menos a un público que ignora la técnica de la música, cual será el diseño melódico, armónico o rítmico que exprese la alegría, la tristeza, el dolor, el amor, el odio o la ira. La verdad, no existe un catálogo especial que distribuya ordenadamente los símbolos sonoros en minuciosa clasificación, pero, ¿quien puede negar que un pasodoble dicho con garbo y salero, lo mismo que unas seguidillas o un airoso bolero, prendan nuestro corazón en alas de la alegría?, mientras que una marcha fúnebre, u otra composición de este estilo, lo sobrecoje y arroja en las negras y profundas simas de la tristeza? Nadie nos ha prevenido si se trata de una u otra composición. Es la lógica y natural reacción que la distribución de los sonidos provoca en nuestro organismo sensorial. Los sonidos son los mismos de la escala, pero su disposición melódica, armónica y rítmica es distinta.

La dulce e inefable sensación que eleva nuestros corazones hasta postrarnos ante los pies de la Madre de Dios al escuchar el Ave María de Schubert, no es precisamente la misma que experimentamos frente a una jocunda donosa y achulapada página del Rey de la Sandunga [F. Chuecal. Estas son pruebas de que la Música *expresa*, pero con una expresión subjetiva, que está muy por encima de nosotros mismos.

No se puede decir: Esta música nos muestra con la plenitud y absoluta verdad que alcanzan nuestras potencias objetivamente sensitivas; un ejército consular romano por entre las vigilantes sombras de los Pinos de la Via Appia; sino esta música me trae a la imaginación, por una tal vez convencional e introspectiva asociación de ideas, la poética visión subjetiva de las gloriosas legiones consulares ascendiendo por la via Sagrada a la conquista del Capitolio. En esta misma forma subjetiva «veremos» los estrepitosos juegos de los chiquillos con su ardor bélico y su griterío ensordecedor; la secular y triste salmodia que parece brotar del principio mismo de los siglos, [severo y contumaz anuncio de nuestro fatal destino], y el mundo de ensueño que un sublime y encantador cuadro de poética irrealidad nos quiere mostrar en la magnífica composición «Los Pinos de Roma».

Hay quien no puede descubrir, a fuerza de un proceso de superación de su pensamiento, el fino humorismo con que Strawinsky hace

funcionar la maquinaria del dolor y el amor de sus muñecos en Petruska; otros sin embargo de una más fina sensibilidad, la ven con los ojos del alma. Esto es una cuestión de peor o mejor disposición imaginativa y sensitiva.

La Música llamada descriptiva no deja de ser una forma de música sumamente convencional. El apelativo descriptivo es un concepto bastante abstracto, supuesto que en general los elementos con que se pretende demostrar tales descripciones, no son sino factores accesorios de relación más o menos cercana con el asunto principal objeto de la descripción. Una composición muy vulgar nos servirá de ejemplo: «La Batalla de los Castillejos».

Esta obra tiene su correspondiente alborada, sus toques de ordenanza, su jolgorio en el campamento, su carga de caballería, su marcha fúnebre y su epílogo victorioso y triunfal; pero todo esto en resumen no serán más que elementos circunstanciales y accesorios de la entraña principal del asunto. Hemos de usar de nuestra imaginación si queremos tener una visión interna extrictamente subjetiva, de un amanecer en el campamento y los diversos preparativos precursores de una batalla, y la batalla misma, con su fragor pavoroso, los gritos de dolor o de entusiasmo, el chocar de las armas, el estampido del cañón, la vida truncada y hecha girones, la espantosa quietud de la muerte; y luego la trágica e inhumana alegría del vencedor. Unos pobres toques de corneta no hacen más que llamarnos la atención del carácter militar de la composición, pero no son bastante para mostrarnos las diversas actividades físico-psicológicas de los soldados; para eso hace falta algo más profundo, algo que hiera nuestro organismo sensorial y convierta con el auxilio de la imaginación cabalgando sobre las alas de la fantasía, las imágenes sonoras en las más sorprendentes y atrevidas visiones.

Así, y solo así, es como es posible que en el campo de la composición de los más altos vuelos como el Don Quijote de Strauss y el Retablo de Maese Pedro, de Falla, podamos percibir la alta y esquelética figura de un triste enamorado caballero, y aun mucho mejor, sus altísimos y dignos ideales; y la oronda y zafia estampa de aquél, que haciendo honor a su apellido, es reflejo de un mundo egoísta, pero que también tiene su propia filosofía, refranesca pero certera y contundente.

Con el auxilio de los muñecos y las partes cantantes de Maese Pedro, Trujaman y Don Quijote, asistimos a una verdadera representación del más fino y delicioso humor.

En realidad el término «descriptivo» está empleado impropia-mente en la esfera de la Música sujeta a un programa que explica las líneas activas y sensitivas de determinado asunto. El músico entonces, procura crear núcleos sonoros de acuerdo, (por lo menos para él) con la entraña del asunto, pero estos núcleos sonoros son puramente convencionales, y adquieren un valor más o menos concreto en cuanto se ponen en contacto y relación con nuestras potencias sensoriales más o menos acusadas. La explicación del por qué el compositor emplea tal o cual diseño melódico, armónico o rítmico, o el contraste de los modos, los diversos procesos cadenciales, o la modulación, o las diferentes gradaciones dinámicas o agógicas, son materia suficiente para muchos artículos y fuera de lugar en este caso. Pero no olvidemos que con esos elementos en manos de un verdadero artista, se han conseguido efectos de sorprendente y certera intención.

Oigamos con esa concentración subjetiva los poemas sinfónicos de un Listz, un Berlioz y un Ricardo Strauss, previa lectura del asunto o argumento en que cada uno se basa, y podremos apreciar los contrastes de toda la escala del sentimiento desde la más retozona alegría, al más agudo e intenso dolor.

En los preludios de Listz, tras de anunciarnos que el ser es fatalmente mortal, nos habla de sus días risueños en brazos del más hermoso amor, y de sus tribulaciones en las tempestades de la vida, y de sus ansias de gloria y conquista, para terminar con el fatal tributo a la Unica y Absoluta Verdad: «La Muerte».

Resumiendo: El Sentimiento en la Música es puramente subjetivo y depende exclusivamente de nuestras propias potencias de asimilación y de la expansión de nuestra imaginación en alas de la fantasía. Las imágenes en Música las vemos con los ojos del alma, y aunque las oímos con nuestros propios oídos, un proceso de selección las eleva a un mundo infinitamente superior, de otras dimensiones, donde ni la palabra, ni el gesto, pueden decirnos nada. Es el mundo del Espíritu, en el cual los más íntimos deseos de nuestro corazón, encuentran la Eterna Verdad reflejada por el Alma Imperecedera e Inmortal.

Dámaso Torres.

NOTICIAS ACADÉMICAS

- En la sesión ordinaria del 11 de enero de 1948, fueron leídos un trabajo del académico correspondiente en Santander, don Miguel A. Sáiz Antomil, titulado *La cultura árabe y Andalucía*; y otro del maestro nacional de Santaella, don Manuel López Ruiz, sobre *Santaella, lugar cervantino, y la personalidad de Alonso Colorado*.
- El 14 de febrero dió una conferencia sobre *El tema de los toros en las Bellas Artes*, el abogado y crítico de arte, don José Bellver Cano.
- El 22 de marzo, en sesión extraordinaria de nuestra Academia celebrada en el salón de sesiones del Ayuntamiento de la Ciudad, fué impuesta a D. José de la Torre y del Cerro, la Medalla de Plata del Municipio de Bogotá (Colombia), por el enviado especial D. Guillermo Hernández Alba, Cronista de aquella ciudad, en atención a los méritos históricos de nuestro Numerario. Pronunciaron discursos el Consul de Colombia en Córdoba, don José M.^a Rey Díaz y aquél enviado colombiano, quienes exaltaron los lazos que siempre unieron a Córdoba y Colombia, especialmente a través de los conquistadores Sebastián de Belalcázar y Gonzalo Giménez de Quesada, como más adelante por el Arzobispo-Virrey Caballero Góngora y otros cordobeses notables. Don José de la Torre, al agradecer la recompensa, entregó al Cronista bogotano su trabajo publicado en nuestro «Boletín» sobre Gonzalo Ximenes de Quesada, y además, cerca de un centenar de copias de documentos originales, sacados de nuestros archivos, que aquel municipio colombiano promete editar, y por cuyo donativo recibió el señor de la Torre expresivo agradecimiento.
- El 3 de abril fué leído por don Vicente Orti un trabajo del Correspondiente en Santander, D. Miguel A. Sáiz de Antomil, titulado *Meditaciones de un solitario sobre filosofía de la Historia*. Fué presentado el libro que sobre *La Mezquita de Córdoba* ha escrito don Rogelio Pérez Olivares, del cual fué leído por el señor Castejón el notable prólogo de Ben Suhaid sobre la decadencia de Córdoba.
- El 10 de abril celebró la Academia solemne sesión cervantina.

- El 24 de abril leyó el numerario don Daniel Aguilera un trabajo sobre *Roswitha, monja sajona del siglo décimo*.
- El 23 de abril se celebró en la ciudad de Cabra un homenaje al poeta Juan Soca, nombrándole hijo predilecto. Intervinieron diversas personalidades, entre ellas el Censor de nuestra Academia don Manuel Enriquez Barrios.
- El 1 de mayo disertó el numerario don Juan Gómez Crespo, sobre *Lo que fué en el siglo pasado la Universidad Libre de Córdoba*.
- El 8 de mayo fué dada una conferencia sobre *La entrada en Córdoba de las fuerzas napoleónicas y lo que fué la batalla de Alcolea*, por el Teniente Coronel de Estado Mayor don Vicente García Figueras.
- El 15 de mayo fueron leídos los siguientes trabajos: *Lugares cervantinos cordobeses*, por don José Torres Rodríguez; *Relaciones hispano-sirias y Damasco*, por don Vicente García Figueras, y *Noticias sobre corridas de toros en Córdoba a fines del siglo XV (1493) y en el XVI*, por don José de la Torre.
- El 5 de diciembre de 1947, dió una conferencia en la Universidad de Granada, don Santiago Montero Díaz, catedrático de Letras en la Universidad de Madrid, sobre *La concepción de la Historia en L. A. Séneca*.

Commemoración del IV Centenario del nacimiento de Cervantes.—La ciudad de Córdoba conmemoró dignamente la gloriosa fecha. Por gestiones del Ayuntamiento de la ciudad se declaró Córdoba ciudad cervantina, en el ciclo de actos nacionales. Con un año de anticipación se inició el homenaje con un solemne funeral celebrado por la Orden Trinitaria en la iglesia de los PP. de Gracia. Por la misma fecha organizó la cátedra de Literatura del Instituto la representación del entremés cervantino *La elección de los alcaldes de Daganzo*, y adaptaciones escénicas del capítulo del Quijote *Don Quijote en casa de los Duques* y de la novela ejemplar *La Gitanilla* a cargo de alumnos de dicho centro, bajo la dirección de la Srta. Luisa Revuelta. Constituida la Junta cervantina en la capital, organizó bajo el patronato del Ayuntamiento una serie de conferencias a cargo de ilustres especialistas cervantinos:

Don Luis Astrana Marín disertó sobre *Cervantes en Argel*.

Don Dámaso Alonso, *La novela Cervantina*.

Don Luis Morales Oliver, *La triple evasión de Don Quijote*.

Don Gerardo Diego, *Cervantes y la música*, ilustrada personalmente con interpretaciones al piano de Narvaez, Falla, Halffter, Revel, etc.

Don Armando Cotarelo, *Cervantes poeta*.

Don Joaquín de Entrambasaguas disertó sobre *Cervantes y Lope de Vega en el ambiente literario de su época*.

Don José María Pemán cerró el ciclo con una conferencia sobre *La primera y última sencillez del Quijote*.

Nuestra Academia hizo su especial conmemoración el 10 de abril en solemne acto patrocinado por la Diputación Provincial, que tuvo el siguiente programa:

Conferencia de la Srta. Luisa Revuelta, Catedrático de Literatura del Instituto, sobre *Lo maravilloso en Cervantes*; Oda a Cervantes, de Belmonte Müller; Soneto a Don Quijote, por don Vicente Orti; *Tomás Gutiérrez de Castro, el farandulero y mesonero amigo y protector de Miguel de Cervantes*, por don José de la Torre; *Cervantes*, poema, por don Francisco Arévalo; *La nueva salida de Don Quijote de la Mancha a fines del siglo XIX de la era cristiana y principios del XX*, por don Pascual Santacruz; Comunicación sobre la Posada del Potro de Córdoba, por don Enrique Romero de Torres; Interpretación de tres canciones de Cervantes, musicadas por don Dámaso Torres.

Por fin, Córdoba fué visitada por los asambleístas en ruta cervantina, con diversos actos oficiales.

Sesión en Córdoba.—La Asamblea Cervantina de la Lengua Española, celebró, asimismo, el día 17 de Abril, una sesión de estudio en la ciudad de Córdoba, que tuvo lugar en el Salón de actos del Real Colegio de la Asunción. Presidió esta sesión el secretario perpétuo de la Real Academia Española, don Julio Casares, acompañado por Sir Henry Thomas, el señor García Naranjo y los secretarios señores Balbín y Juliá. Disertó en primer lugar, el catedrático de la Universidad de Liverpool, doctor E. Allison Peers, que trató el tema *Aportación de los hispanistas extranjeros al estudio de Cervantes*. Con grande y variada documentación examinó la repercusión del *Quijote* en las esferas intelectuales de Europa, y dió una sintética y demostrativa visión de la crítica cervantina en Italia, Francia, Alemania e Inglaterra.

El jefe de la sección de Medallas de la Biblioteca Nacional de París, don Juan Babelón, expuso una comunicación sobre *Cervantes y el ocaso de los conquistadores*. En su profundo estudio, tudío, examinó la vida de Cervantes a través de su obra capital, como reflejo de un tiempo en que los grandes héroes americanos comenzaban a rematar la epopeya de la conquista ultramarina. Hizo, por último, uso de la palabra el catedrático de la Universidad de Nimega, doctor Juan Terlingen, para comunicar unas *Notas sobre los cervantistas holandeses*, en que se aportan originales y numerosas apreciaciones acerca de la repercusión que tuvo en Holanda, en la segunda mitad del siglo XVII, la obra cervantina, y muy especialmente las *Novelas ejemplares*.

Terminada la sesión de la Asamblea, los miembros de ella visitaron la Catedral cordobesa antigua mezquita, guiados por don José M.^a Rey, cronista de la ciudad, que fué exponiendo, con documentada pericia, los antecedentes de la gran construcción islámica. Después visitaron los asambleístas los lugares cervantinos de Córdoba, deteniéndose especialmente en el Caño de Vencuerra, citado en el *Quijote*, en la parroquial de San Pedro, donde fué bautizado don Rodrigo de Cervantes, y en la Plaza del Potro. Las autoridades cordobesas ofrecieron una fiesta andaluza en la finca de «La Arruzafa». («Índice Cultural Español», Madrid, 1 mayo 1948).

Nombramientos de Académicos.—Don Enrique Rodríguez Cobo, profesor del Conservatorio de Ceuta, el 7 febrero 1948,

Don Fernando Barrera Ferrer de la Vega, abogado, correspondiente de la Historia y presidente del Ateneo, en Santander, el 7 de febrero.

Don Guillermo Hernández de Alba, colombiano, escritor y académico, el 1 de mayo, en Madrid.

Don Eduardo Caballero Calderón, colombiano, también escritor ilustre y perteneciente a diversas entidades académicas, el 1 de mayo, en Madrid.

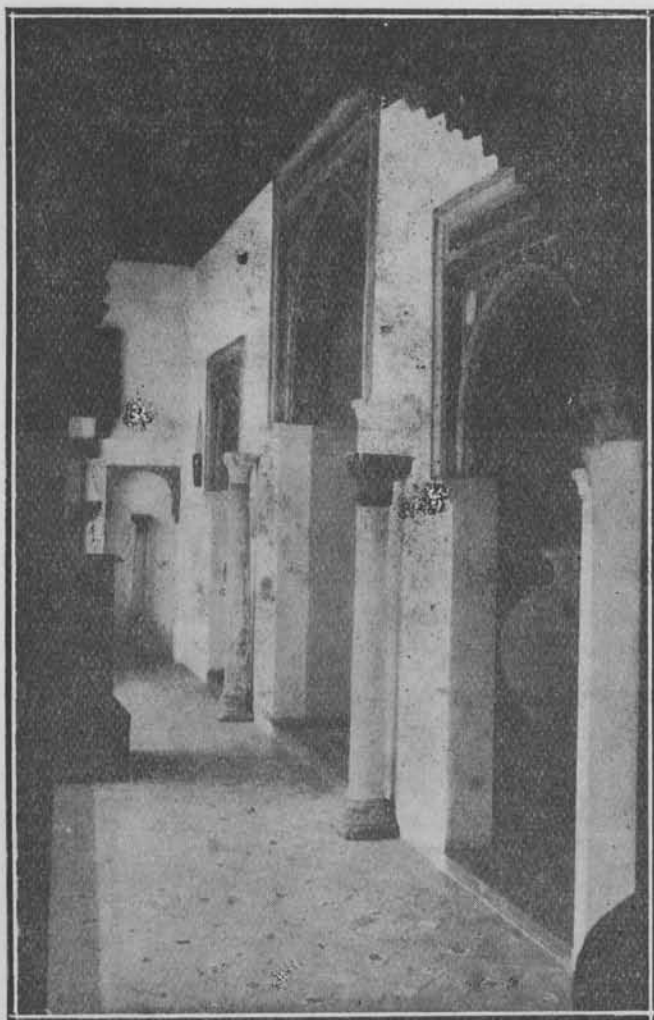
Don Jesús Zárate Moreno, colombiano, periodista y escritor, en Madrid, el 1 de mayo.

Doña Concha Espina Tagle, ilustre novelista española, el 1 de mayo, en Madrid.

Don Carlos Rodríguez Maldonado, colombiano, escritor y académico, el 8 de mayo, en Madrid.

Don Vicente García Figueras, Teniente coronel de Estado Mayor y publicista ilustre, en Córdoba, el 8 de mayo.

Necrología.—El 9 de junio de 1948 falleció en nuestra ciudad el Académico numerario don Antonio Arévalo y García. Ingresó en nuestra Corporación el año 1913, e hizo su recepción como Numerario el 22 de mayo de 1943, cuyo discurso, impreso en el número 50 de nuestro Boletín, lleva en nota la biografía del ilustre académico fallecido. La prensa local, al expresar la condolencia pública por la muerte del inspirado poeta bujalanceño, ha reseñado sus mas importantes datos biográficos y su personalidad literaria y artística, y nuestra Academia ha perdido uno de sus más destacados miembros. (D. E. P.)



Anales de la Ciudad de Córdoba

Desde el siglo XIII y año de 1236 en que fué conquistada por el Santo Rey Don Fernando III, hasta el de 1850

Escritos por

Don Luis María Ramírez y de las Casas Deza

Indivíduo Correspondiente de las Reales Academias Española y de la Historia, y del Instituto Arqueológico de Roma; miembro de los Arcades de la misma capital; de la Real Sociedad de los Anticuarios del Norte, y de otras varias corporaciones científicas y literarias nacionales y extranjeras.



Edición de la Real Academia de Córdoba - 1948

INTRODUCCION

Don Luis María Ramírez y de las Casas Deza fué el gran erudito local de Córdoba en las décadas centrales del pasado siglo XIX.

Su actividad literaria fué extraordinaria, y se podría decir que la historia de Córdoba y las biografías de sus hijos ilustres, cuya nómina pretendía siempre aumentar con simpático celo por su tierra nativa, fueron cultivadas por su pluma con gran entusiasmo y al estilo propio de la época.

Son famosos, y muy útiles, sus artículos sobre monumentos y asuntos cordobeses publicados en el *Seminario Pintoresco*, y en el *Trono y la Nobleza* ambos de Madrid, y aseguran todos sus biógrafos, entre ellos don Rafael Ramírez de Arellano, del que tomamos estas notas, que colaboró en el *Liccionario geográfico* de Madoz, al extremo de que todos los artículos descriptivos de pueblos de nuestra provincia pertenecen a don Luis.

Su *Indicador cordobés*, o guía de Córdoba, llegó a contar dieciocho ediciones, a contar de la primera publicada en 1837. De esta obra desglosó su *Descripción de la Iglesia Catedral de Córdoba*, de la que llegó a tirar cuatro ediciones. Ambas son utilísimas, y muy buscadas todavía.

Otra obra de gran empeño es la *Corografía histórico-estadística de la provincia y obispado de Córdoba*, cuyo primer tomo que comprende los pueblos y términos de la Sierra, fué publicado el año 1840. Del segundo, que había de comprender la Campiña cordobesa, se llegaron a tirar hasta 160 páginas, en el año 1842, pero esta impresión debió perderse, porque dice Ramírez de Arellano que no llegó a verla, ni tampoco el hijo del autor.

El manuscrito del segundo tomo de la *Corografía* lo guarda, como otros muchos de nuestro autor, la Biblioteca provincial. A título de curiosidad diremos que la Real Sociedad Cordobesa de Arqueología y Excursiones trató de publicar, hace más de veinte años, este segundo tomo de la *Corografía* en forma de folletón anejo a su Boletín, pero solo imprimió algunos pliegos.

Son también obras muy conocidas de Ramírez de las Casas Deza su traducción del poema latino sobre la sífilis de Fracastoreo, sus aportaciones a la historia de la Inquisición en Córdoba, diversos poemas y romances, y otras diversas, de las cuales dá detallada noticia el mentado Ramírez de Arellano en su Catálogo biográfico de escritores cordobeses.

Los *Anales de la Ciudad de Córdoba*, cuya publicación acomete hoy la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, están muy citados, consultados y comentados por todos los autores locales a partir de su redacción, diciendo Ramírez de Arellano de ellos que «tienen algo útil, pero en general solo contienen noticias sabidas y además hay muchas lagunas».

Este descarnado juicio es bastante aproximado a la realidad, sobre todo en cuanto se refiere a su deshilvanada redacción, claros de fechas y nombres, y falta casi absoluta de fuentes, según costumbre contemporánea.

Apesar de todo, no creemos que estos Anales, adquiridos en 1863 por el Ayuntamiento de la ciudad, y cuyo manuscrito guarda esta corporación en su archivo, deben permanecer inéditos, y esta es la causa de su publicación.

Nos ha sido muy útil la copia particular de dicho manuscrito que ha obtenido nuestro Correspondiente don José de Torres Rodríguez, quien con paciencia casi benedictina ha introducido algún orden en la desordenada y mal escrita composición original. Algunas notas adicionadas por este copista van señaladas (N. de T. R.). Alguna otra debida al paciente e ilustre investigador don José de la Torre y del Cerro, lleva la acotación (N. de T. del C.).

La Real Academia de Córdoba inaugura con estos Anales, de acuerdo con sus posibilidades, la publicación de obras cordobesas que yacen inéditas en los archivos, con lo cual contribuye a un mejor conocimiento de la historia local.

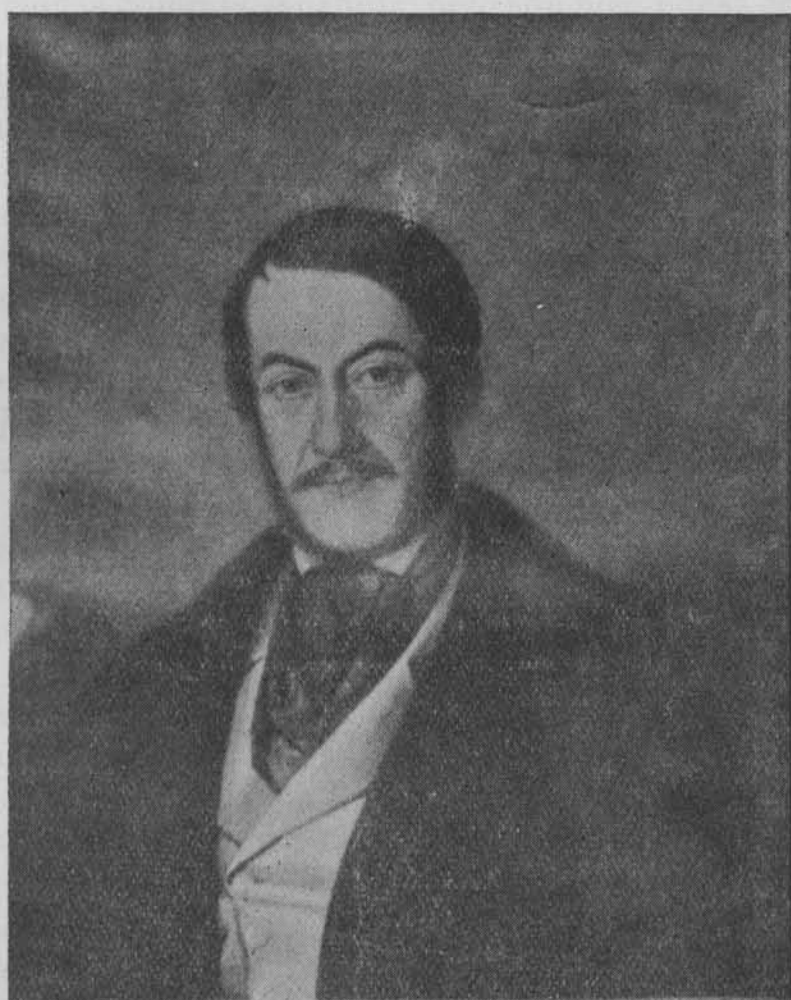
Don Luis María Ramírez y de las Casas Deza nació en Córdoba el 26 de junio de 1802, donde hizo sus primeros estudios. En Sevilla siguió la carrera de Medicina, cuyos estudios amplió en Madrid.

Comenzó su carrera de médico con titulares en pueblos de esta provincia, pero su vocación debía ser diferente, puesto que se vino a la capital para regentar la cátedra de Geografía e Historia en el Instituto de segunda enseñanza, la cual desempeñó veinte años, hasta su jubilación. Murió en 5 de mayo de 1874 y está enterrado en el cementerio de la Salud, bajo extenso laude funerario redactado por él mismo.

Entre archivos y papeles viejos, su vida estuvo llena de apuros económicos que se reflejan por doquier. Al tomar el Ayuntamiento el acuerdo de adquirir el manuscrito de estos Anales, debidos «al raro talento de un infortunado cordobés», ordena le sean librados los seis mil reales en que se adquieren «con que pretende aliviar la mísera suerte del autor» con otras frases laudatorias que indican el aprecio en que se tenían sus méritos y virtudes.

Ramírez de las Casas Deza debió ser un verdadero obseso de la investigación histórica. Sus manuscritos y notas, sin contar los que vieron la luz, se guardan en la Biblioteca Nacional de Madrid, en la Provincial de Córdoba y en el Archivo municipal, así como en colecciones particulares. Ramírez de Arellano tenía muchos en su biblioteca particular. Otros fueron adquiridos en nuestros días por el que fué director de nuestra Academia don Luis Valenzuela y Castillo, y a su muerte donados a nuestro archivo por sus herederos. Seguramente habrá otros muchos desperdigados o perdidos.

Al medio siglo de erudición local que representa Ramírez de las Casas Deza, y a la fecundidad de su obra, la Real Academia de Córdoba, de la que fué director y colaborador asíduo este cordobés ilustre, dedica un rendido homenaje a su memoria.



D. LUIS MARIA RAMIREZ
Y DE LAS CASAS-DEZA





PROLOGO

Acaso no habrá nación alguna que cuente tantas historias de sus poblaciones como la española; pero son bien pocas entre ellas las que se encuentran escritas con buen estilo y acierto, aunque contengan noticias interesantes y curiosas, consecuencia del tiempo en que se escribieron. La ciudad de Córdoba, menos afortunada en este punto que otras, apesar de su celebridad y de sus muchos e insígnis recuerdos, no puede presentar una historia completa, ni aunque pudiese hacerlo veríamos en ella por razones que expondremos después, un trabajo desempeñado con las condiciones que exige esta clase de obras, si hubieran llegado a publicarse. La que principió a publicar el P. Francisco Ruano, de la Compañía de Jesús, en el último tercio del siglo pasado, aunque no de las más defectuosas, carece a veces de crítica, su estilo es de los más elegantes y no está libre de alguna que otra larga y prolija discusión propia para un apéndice. No han faltado sin embargo cordobeses instruidos y laboriosos que en diversos tiempos se propusiesen ilustrar las cosas de su patria abrazando algún ramo de su historia, empero con tan desacertado plan, según tenemos noticia, e inspirando tan poco interés, que si hubieran salido a luz sus obras apenas habría hoy quien se ocupase en su lectura, a lo que se añade que algunos de ellos ni aun pudieron llevar a cabo el objeto que se habían propuesto, o por haberles antes faltado la vida o por otros acontecimientos.

No hacemos mención del maestro Ambrosio de Morales, que solamente en las Antigüedades y al fin de las obras de San Eulogio recogió como en compendio algunas noticias y excelencias de su patria. El muy docto y laborioso P. Martín de Roa, de la Compañía de Jesús, escribió el «Flos Santorum, fiestas y santos naturales de la ciudad de Córdoba», y el breve volumen del principado de ésta que publicó primeramente en latín y después traducido al castellano y aumentado (el primero tiene este título: «Martini de Roa Cordubensis ex societate Jesu etc. de Cordubae in Hispania Baetica principatu liber unus etc. Lugduni 1617» y el segundo: «Antiguo principado de Córdoba en la España ultertor, o andaluz traducido del latino y acrecentado en otras calidades eccas. y se-

glares por su autor el P. Martín de Roa, de la Compañía de Jesús. En Córdoba 1636»), pero cuando en esta obra deja de tratar algunos puntos, por no ser del caso, remite a la historia que pensaba escribir diciendo: «diremos de esto en la historia», y usa de otras expresiones semejantes, por lo que parece sin duda que no llegó a poner en ejecución su designio, o que no ha llegado a nosotros.

El mismo P. Martín de Roa escribió: «Los procedimientos de la ciudad de Córdoba y fidelidad guardada al Emperador Carlos V rey de España en el tiempo de las comunidades», opúsculo que salió con nombre del veinticuatro Don Andrés de Morales, y que no hemos logrado ver.

El lic. Pedro Díaz de Rivas, sobrino del anterior, dió a luz en 1627 un sucinto tratado «de las antigüedades y excelencias de Córdoba»; está la parte más laboriosa y más honda de toda la materia donde se van zanjando los principios, sitio y fundación de esta ciudad; lo demás que queda será de menos trabajo para mí y de mayor agrado y deleite para los lectores. Tratárase de la amenidad y fertilidad de su suelo, de los límites y distrito, de la fundación y calidades de sus villas y lugares, de los edificios más nobles que tiene, de sus templos, monasterios y lugares píos, de sus familias y linajes nobles, de sus mártires y varones insignes en armas, letras y gobierno y finalmente toda su historia y los sucesos insignes y particulares que le tocan desde su fundación hasta nuestros tiempos en la monarquía de los romanos, godos, árabes y cristianos. Tratárase también del modo de gobierno que siempre ha tenido y de sus prelados y gobernadores así eclesiásticos (falta según creo "como civiles").

También se probará su poder, riquezas y excelencias respecto de las demás ciudades de España. Todo esto intentaba escribir el erudito Rivas para ilustrar la historia de su patria, y ya fuese que lo emprendiera y no lo concluyese, o ya que lo llevase a cabo, sus trabajos no han llegado a nuestro tiempo.

Poco antes que Pedro Díaz de Rivas anunciase su obra, esto es en 1618 había muerto otro literato cordobés, el P. Alonso García de Morales, de la Compañía de Jesús y rector del colegio de Osuna, dejó M. S. una historia de Córdoba y un catálogo de las casas ilustres de esta ciudad, cada una de las cuales obras se contiene en un tomo en folio. La portada del primero, dice así: Historia general de Córdoba: primera parte. Y luego, sigue: Índice de la primera parte de la Historia General de Córdoba y de las casas y li-

najes de ellas; van por las letras del abecedario en la forma y manera siguiente. —y va repartido en dos partes, una de linajes y otra de historias y este primero es y toda a historias y ambas partes por sus letras. En la portada del segundo tomo se lee: Historia general de la M. L. ciudad de Córdoba y de sus nobilísimas casas y familias, segunda parte. La historia, es más bien que historia de Córdoba una compilación indigesta de historia general de España y tan pocas noticias especiales se encuentran en ella de aquella ciudad que todas se pueden contener en dos pliegos de papel, por lo que carece absolutamente de mérito. El segundo tomo es un tratado genealógico muy bien escrito y con gran conocimiento de la materia, en el cual teje el autor las genealogías de las familias nobles de Córdoba hasta su tiempo. (Aunque se atribuye generalmente esta obra al P. Alonso García de Morales, ofrece muchas dudas el determinar su autor con toda certeza. Nosotros después de haber hecho cuantas investigaciones ha sido posible, no hemos podido salir de dudas. El P. Martín de Roa, tratando de los varones ilustres de Córdoba, dice que cuenta capitanes generales y hombres señalados en Armas más de trescientos que se nombrarán en la *historia que trata de disponer esta ciudad de las muchas e ilustres memorias que conserva en sus archivos y de lo que Don Andrés de Morales, veinticuatro, gran repúblico, y celoso de la honra y bien de su ciudad, va recogiendo para enriquecer este asunto. Y Don Nicolás Antonio: «nobilium dedit illius nobilissimae orbis familiarum catálogum, origenes et progressum, quod opus, hi, qui hodierno tempore his cruendis antiquae historiae thesauris exixé student, hoc titulo iusigne apud se escejactare solent: «De las casas ilustres de Córdoba M. S. ut videtur sive historiam urbis cordobensis quo modo apellat Dominus Josephus Pelicer in libro nuncupato: «memorial de la calidad y servicios de Don Fernando de los Ríos y Argote, cuyus etiam secundum volumen laudat». De este testimonio resulta que don Andrés de Morales escribió una historia idéntica a la que compuso el P. García de Morales, ¿será acaso la misma y don Andrés reuniría materiales para el P. García de Morales, del que era hermano?*

En ciertos apuntes de un escritor cordobés se halla otra noticia sobre este particular, y es que el P. García de Morales dejó al morir la Historia de Córdoba y de sus casas nobles en poder de su hermano don Andrés para que la entregase al Ayuntamiento,

lo que no efectuó desde luego, por lo que éste la reclamó y recogió después de su muerte, ocurrida en 1649.

Según esto el Ayuntamiento debía poseer el original de la obra y lo que tiene es un borrador, según se infiere de sus muchas correcciones y enmendaturas, pues el que parece original, por estar muy bien escrito, es una copia que posee el Excmo. Sr. Marqués de Cabriñana, Don Ignacio María de Argote, vecino de esta ciudad, la cual tiene al fin del segundo tomo de cuando se acabó de escribir, que fue en Madrid en 1620, dos años después del fallecimiento del P. Alonso García de Morales y tiene al fin una firma que dice *Doctor Morales*, lo que no sabemos si indica que él la escribió o que se escribió por su mandado, pues la letra no es igual.

En favor del P. García de Morales está el cabildo celebrado en 14 de Agosto de 1649, en el cual se dice que esta obra fué escrita por dicho P. García de Morales y que la entregó a su hermano el Dr. Andrés de Morales como diputado del archivo; pero en esto puede haber equivocación, pues había también un veinticuatro llamado don Andrés de Morales y Padilla, a quien entregó la obra para que la diese al Ayuntamiento y el Ayuntamiento reclamó la obra y la recogió por su muerte ocurrida en 1649.

Esta obra se conserva en el archivo del Ayuntamiento.

Don Francisco Fernández de Córdoba, Abad de Rute y Racionero de la Santa Iglesia de Córdoba escribió una historia de la casa de Córdoba que principia con muchas noticias si bien comunes, relativas a la de esta ciudad, la cual se contiene en un tomo en folio y ha quedado inédita.

El Doctor Enrique Vaca de Alfaro escribió un cronicón que contiene la Historia de Córdoba desde la conquista de esta ciudad ocurrida en 1236 hasta 1619, obra demasiado suscita y que continuaron hasta 1689 don José Antonio Moreno y don Martín Velázquez de los Reyes (1). Parece que se hallan copias en poder de don (en blanco en el original) y en la biblioteca del Excmo. Sr. Duque de Osuna.

El mismo Dr. Enrique Vaca de Alfaro compuso la historia

(1) Está equivocada la noticia, pues no eran dos personas Moreno y Velázquez de los Reyes, sino una sola que se llamaba don José Antonio Moreno Martín-Velázquez de los Reyes. Poseo una copia desde 1237 al 1619 bajo el nombre de «Anales de Córdoba» (T. R.).

eclesiástica de la ciudad y obispado de Córdoba, vidas de sus obispos y de sus ilustres varones en santidad, letras y armas, cuya obra que no juzgamos fuese muy acabada, acaso haya perecido, al menos para Córdoba, ignorándose su paradero. Dos aprobaciones de ella se conservan sin duda para su impresión, que no tuvo efecto; una del Maestro Fr. Juan Franco Piedrahita, del orden de mínimos y otra del P. Maestro Fr. Diego de Escobar, con fecha 21 de enero de 1675, en que expresan que por comisión y orden del Sor. Licenciado Don Pedro Velloso y Armenta, provisor y vicario general de Córdoba y su obispado por el Ilmo. Sor. Don Francisco de Alarcón y Covarrubias, obispo de dicha ciudad, habían visto, etc. También se indicaba en la citada obra un papel del Lcdo. Juan de Pineda, beneficiado de la iglesia parroquial del Salvador y de la Villa de Belmonte, en respuesta de otro que con la obra incluida le había remitido el Dr. Alfaro para que en su vista le manifestase su dictamen. Acaso sea esta obra la misma del citado autor, que se titula *Teatro de Córdoba*.

Otros varios han escrito obras relativas a la historia de esta ciudad que han quedado inéditas y se han de haber perdido. Un párroco de Santa Marina llamado N. Rebolledo compuso un tratado de cosas de Córdoba. Un tal N. Herrera escribió una historia de Córdoba, y Gaspar de Medina trabajó otro tratado de las cosas memorables de esta ciudad que quedó del mismo modo inédito. Francisco de Torreblanca y Villalpando, que murió en 1645, dejó M. S. un panegírico de las grandezas de Córdoba. Todas estas obras, por defectuosas que fuesen, podrían suministrar nos noticias interesantes para la historia de esta ciudad.

El Dr. Don Bartolomé Sánchez de Feria, médico laborioso y entendido en la historia y antigüedades de su patria y amante de las glorias de ésta, se limitó a publicar en 1771 una obra titulada «Palestra Sagrada o memorial de los Santos de Córdoba», que verdaderamente es un semiplagio del Flos Santorum del P. Martín de Roa; pero solo en las notas con que ilustra los pasajes oscuros de la vida de éstos, es donde toca muchos puntos relativos a la historia y antigüedades de Córdoba, y únicamente trató de intento de éstas últimas en el discurso titulado «Antigua descripción de Córdoba», que insertó en el tomo 4.º de la citada obra, en la cual se halla igualmente una bien escrita disertación sobre el principado de Córdoba durante la dominación romana.

El Dr. Juan Gómez Bravo, natural de Cabeza del Buey, siendo

magistral de la Santa Iglesia de Córdoba (de 1714 a 1744) escribió el Catálogo de los obispos de esta ciudad, obra muy apreciable así por su objeto como por las noticias curiosas que contiene, tanto de la historia eclesiástica como de la civil. El autor solo vió impresas la primera parte de su obra en un tomo en 4.^o, la segunda quedó M. S. a su muerte; pero el canónigo Don Pedro de Cabrera, que la conservaba, consiguió darla a luz en dos tomos en folio en 1778.

El único que ha emprendido escribir una historia de Córdoba en toda su extensión con mejor plan que los que le habían precedido fué el P. Francisco Ruano, de la Compañía de Jesús, el cual principió a dar a luz su obra en 1760 y pudo todavía en su tiempo aprovecharse de muchos de los materiales que hemos mencionado ya perdidos para nosotros. Cerca de treinta años empleó el Padre Ruano en reunir los que le habían de servir para su historia, de que solo publicó un tomo en 4.^o, por que lo demás que tenía trabajado y dispuesto para la prensa en un tomo en folio quedó M. S. al tiempo que se verificó la expulsión de la Compañía de Jesús, y no sabemos como y más mediando lo que diremos inmediatamente, fué llevado a Madrid y se conserva en el día en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia. Este tomo concluye con el tiempo de la dominación romana.

Imposibilitado el P. Ruano por enfermedad para continuar su historia y después habiendo fallecido en 14 de Agosto de 1771, con citación ante diem se juntó el Ayuntamiento a celebrar cabildo para poner en ejecución la orden del Consejo sobre nombrar sujeto que reconociese los papeles del P. Francisco Ruano, a fin de que éstos se devolviesen a sus dueños y entregado en los pertenecientes a la historia de Córdoba, la continuase y fué nombrado el Dr. D. José Vázquez Venegas (en el Cabildo de 14 de agosto de 1771, el veinticuatro Don Rafael Villaceballos propuso para continuar la historia de Córdoba a Don Bartolomé Sánchez de Feria y Morales; pero el Marqués de la Puebla expuso que el Dr. Don José Vázquez Venegas solicitaba este honor en atención a que nadie tenía las noticias que él por los muchos papeles que había revisado y que muchos materiales de que usó el P. Ruano eran trabajo suyo, y la ciudad en vista de esto lo comisionó para ello) comisionado por el rey para el reconocimiento de los archivos de Córdoba y su reino y averiguación de antigüedades (desde 1751); mas éste toda su vida se dedicó a recoger documentos y

noticias de toda clase, los cuales componían de tomos y legajos en folio escritos de su puño, todos ellos curiosos, pero la mayor parte inútiles para escribir una historia tal como debe ser y murió sin haber hecho cosa alguna, ni aun haber dado a luz lo que dejó ya dispuesto para la prensa el P. Ruano. Por fallecimiento de Vázquez Venegas se extraviaron muchos papeles y acaso entonces salieron de Córdoba los manuscritos del P. Ruano que debían parar en su poder. Dejó todos sus papeles a la Iglesia Colegial de San Hipólito, de que era canónigo; pero cuando se trató de ponerles cobro se había extraviado gran parte de ellos, de los que algunos todavía en nuestro tiempo se han hallado en los almacenes, destinados para liar.

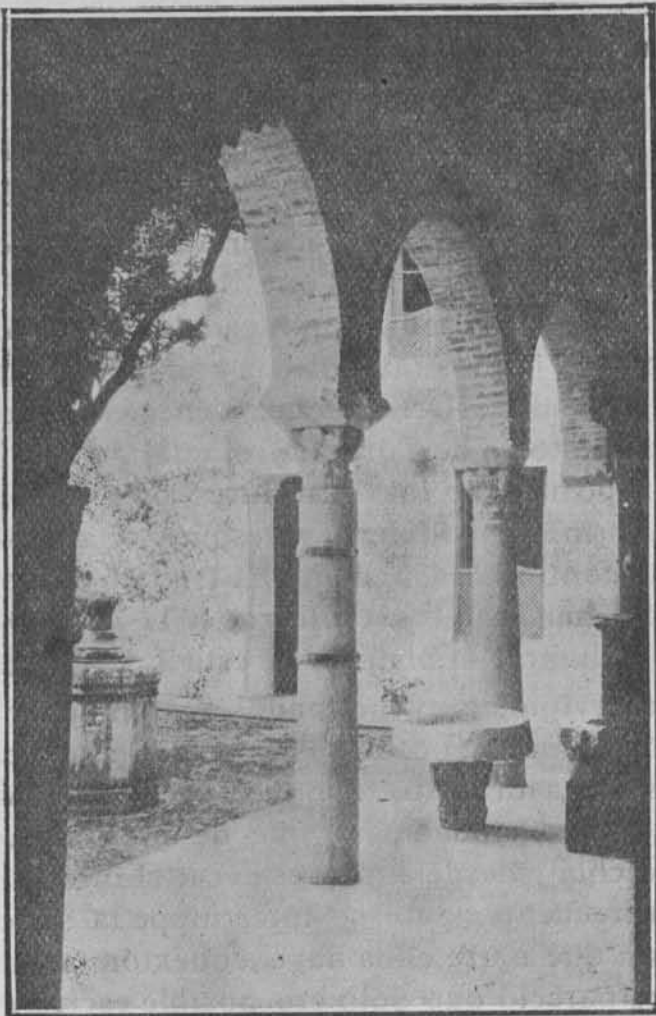
Si por lo que deducimos de los trabajos del Dr. Vázquez Venegas, aunque sujeto muy instruido y laborioso, no nos es posible concederle la mayor aptitud para llevar a cabo tal empresa; tampoco el P. Francisco Ruano hubiera producido una obra perfecta pues se extravía en controversias que deberían tratarse por separado, y su estilo no tiene toda la nobleza de la dicción histórica, y no siempre son sus juicios tan críticos como debieran.

Habiendo fallecido, al Dr. Vázquez Venegas se dió la comisión de continuar la historia de Córdoba, el cual a pesar de su mérito era menos apropiado que los anteriores para esta empresa, que no sabemos si principió siquiera, y después ni a nadie se ha dado la comisión de continuarla, ni nadie ha tratado de llevarla a cabo. Tan malogrados han sido los esfuerzos y las obras de los que se han dedicado a ilustrar la historia de esta insigne ciudad.

Nosotros estuvimos muy inclinados a emprender este trabajo desde los tiempos más remotos hasta el día; pero después, considerando que solo hasta cierto tiempo se prestan los acontecimientos ocurridos en esta ciudad para que de ellos se forme historia propiamente dicha, y desde entonces decae el interés y aun ocurre tiempo en que frecuentemente se interrumpe la serie de los sucesos notables sin que entre ellos haya conexión alguna o natural transición; nos pareció que solo era posible escribir unos anales los que principiáramos desde los tiempos de su fundación. Después, considerando que aunque no forme cuerpo hay mucho escrito de la Córdoba romana, que casi toda la historia de la España árabe es historia de Córdoba, por haber sido esta ciudad la Capital del Califato; y que solo desde la conquista nada se ha escrito, nos resolvimos a escribir unos anales desde la gloriosa conquista de

esta Ciudad por el Rey Don Fernando III el Santo, lo que hemos ejecutado con toda la diligencia que nos ha sido posible hasta el año de 1836, habiendo juzgado prudente abstenernos de tratar de sucesos más recientes.

No creemos que esta obra se imprima por ahora; pero si llegase este caso próximo o remotamente, sería necesario fuese revisada por su autor o por persona inteligente antes de darla a luz.



SIGLO XIII

1235

El Santo Rey Don Fernando se había apoderado ya por este tiempo de varias poblaciones de Andalucía, entre las que se contaban Andújar, Martos, Ubeda y Castro del Río, desde cuyos puntos salían frecuentemente los cristianos a hacer correrías en el país enemigo. Algunos Almogávares de la Frontera mandados por Tello Alfonso de Meneses, en una de estas cabalgadas hicieron cautivos a varios mahometanos cordobeses que les manifestaron las discordias que había entre el pueblo y los magnates de la Ciudad y el poco cuidado y vigilancia con que ésta se guardaba, especialmente por el arrabal de la Ajerquía y así que no era difícil apoderarse de ella y que ellos ayudarían si lo emprendían los cristianos, los cuales en premio de la noticia que les habían dado los pusieron en libertad. Dieron aviso de lo que supieron a Don Alvar Pérez de Castro, Domingo Muñoz el adalid, Pedro Ruiz Tafur y Martín Ruiz de Argote, caudillos principales de la frontera, que lo recibieron con mucho júbilo, pero no le dieron entero crédito por lo grande y fuerte de la Ciudad, y por la poca fe, especialmente en tal negocio, que les merecían los mahometanos.

A pesar de todo, movidos de un común deseo, resolvieron tentar la empresa que historiadores árabes gradúan de temeraria, y así, Domingo Muñoz y Pedro Ruiz Tafur, algunos almogávares y otros soldados de a pie, escogidos, se pusieron en camino desde Castro del Río, en una noche oscura y tempestuosa que fué la del 23 de Diciembre. Llegados a Córdoba, se acercaron al muro por la parte en que está la puerta llamada del Colodro y notando el gran silencio y tranquilidad que reinaba en toda la población se animaron a poner escalas y tomar el muro subiendo delante en traje mahometano los que sabían bien la lengua arábica o africana. Alvaro Colodro, natural de Cobeña, fué el primero que montó el adarve, al que siguió Benito de Baños, natural del pueblo de su apellido y otros en pos de éstos, sin dificultad ninguna. A pocos pasos que por el muro dieron les salieron al encuentro cuatro centinelas que preguntando quienes eran y respondiendo Colodro que los sobrevelas, quedaron satisfechos y se tornaron a sus puestos.

Era afortunadamente uno de ellos de los cautivos a quienes los cristianos dieron libertad, el cual conociendo a Colodro le significó que callase y estuviesen quietos hasta que sus compañeros quedasen sosegados. Así lo hicieron y llegada la hora fueron pasando a cuchillo los centinelas por todo el muro y apoderándose de las torres hasta llegar a la puerta que se llama de Martos, la abrieron para que entrase con sus caballos Pedro Ruiz Tafur. ¡Hazaña notable cuyas circunstancias extraordinarias parecen ordenadas por la providencia de un modo especial para que esta Ciudad saliese del dominio mahometano, lo que ha hecho que algunos escritores tengan por maravillosa la conquista de Córdoba! Observa Andrés de Morales que la puerta y torres por donde primero se subió al muro están próximas a la casa de los Patronos de Córdoba, los Santos Acisclo y Victoria (convertida en ermita de tiempo inmemorial) y que la puerta que primero se ganó y abrió fué la del Sol, cerca del sitio de su sepulcro y lugar del martirio, donde estaba la Iglesia del Convento de los S. S. Mártires, hoy bárbaramente demolida.

Era el amanecer cuando se extendió por la Ciudad la noticia del increíble arrojó de los cristianos, y toda alarmada se puso en defensa. Los moros que habitaban la Ajerquía después de haber sido muchos de ellos pasados a cuchillo y de haberse dejado muchos cautivos, fueron obligados a buscar asilo en la parte alta de la Ciudad, o Almedina, que hoy se nombra la Villa. Los moros a quienes favorecía su crecido número, se defendían con grande esfuerzo, tanto por hallarse en el último apuro cuanto por dar tiempo a que les llegase el socorro que de su rey Aben Hud esperaban. Por tres veces se vieron los valerosos castellanos obligados a ciar hasta los muros y puertas de la Ciudad por donde habían entrado y otras tantas volvieron a cobrar el terreno que habían perdido.

Esperaba Don Alvar Pérez de Castro, en el Castillo de Martos, noticia de la arriesgada empresa, cuando la recibió del feliz éxito que había tenido y del peligro en que estaban aquellos denodados guerreros si no eran prontamente socorridos. La misma nueva tuvo Don Ordoño Alvarez, y ambos con otros caballeros y alguna gente vinieron a socorrerlos; pero eran pocos para tantos enemigos. Los moros encerrados en la Almedina se defendían desde el muro y hostilizaban sin descanso con toda clase de proyectiles e ingenios a los cristianos de la Ajerquía que recibían mucho daño

y pugnaban con todo su poder por hacerse dueños de la Almedina.

1 2 3 6

Hallábase el Rey Don Fernando en Benavente y estaba comiendo cuando le llegó el mensajero con la noticia del valeroso hecho que habían acometido los cristianos de la frontera, y poniéndose al punto en camino a la ligera, acompañado de treinta caballeros se dirigió a Córdoba con la mayor presteza a pesar de la dificultad que presentaban los caminos por las muchas lluvias, dejando orden en los pueblos por donde pasaba le siguieran a esta ciudad. Se le juntaron al rey para caer sobre Córdoba: Juan Arias Mesía; Alonso Carrillo; Don Diego López de Haro, XII señor de Vizcaya y su hijo Don Lope Díaz; Egas Venegas; Alonso de Saavedra; Gonzalo Yañez Dovinal; Sancho Ruiz de Rojas; Don Pedro Ponce de León; Garci Fernández Manrique; Fernán Ruiz de Figueroa; Diego Gómez de Sandoval; N. Martínez Pimentel, que murió en el Campo de la Verdad; Sancho de Velasco; Guillén Pérez de Guzmán; Gonzalo y Juan de Padilla; Rodrigo González Girón; Ramiro de Foces; Gonzalo de Novoa; Lope de Sosa e Isidro García de Argote.

Llegó al puente de Alcolea donde hizo alto y extendió sus reales por las faldas de la Sierra y allí se le unieron las gentes de Extremadura y otras partes que había convocado; con ellas estrechó el cerco de la ciudad y con barcas procuró impedir toda comunicación por el río. Los moros se desalentaron con la venida del rey pero continuaron defendiéndose.

Entre tanto juntaba gente en Ecija el rey Aben Hud para ir en defensa de Ubeda y pasar de allí a Granada cuando tuvo aviso de la sorpresa de Córdoba y del apuro en que estaba, con gran riesgo de perderse, porque a los cristianos venía mucha gente y se decía que el rey Don Fernando, con gran campo, llegaría en su ayuda y así se puso en marcha para socorrerla, mas en la mitad del camino tuvo noticia de que los cristianos se habían apoderado de todo el arrabal de la Ajerquía y que el rey Don Fernando con mucha gente al campo de Alcolea. Dudoso y perplejo el rey Aben Hud determinó para resolverse enviar a un caballero gallego llamado Don Lorenzo Suarez Gallinato, que estaba a su servicio y andaba desterrado, y sabiendo la venida del rey con poca gente,

aunque estaba movido todo el reino, intentó retirar de Córdoba a los cristianos y para ello consultó el negocio con Don Lorenzo y lo envió una noche para que explorase las fuerzas de los cristianos; mas él deseando volver a la gracia del rey Don Fernando así que llegó a sus reales solicitó hablarle y reveló todo lo que Aben Hud meditaba y volvió a éste anunciándole que era grande el número de gente que había sobre Córdoba y diciendo que para más asegurarse enviase por la noche quien observase el campamento cristiano. Fueron en efecto y vieron las muchas luminarias que los cristianos habían encendido hasta en el Campo de la Verdad por consejo del mismo Don Lorenzo.

Dudoso el partido que tomaría prefirió socorrer, como a la sazón se lo pedía a Gismail ben Zeyan rey de Valencia, contra Don Jaime de Aragón y volver después a Córdoba con poderosa hueste para recobrarla. Abandonó pues a Córdoba y siguió, como dice un historiador árabe, (1) el impulso irresistible de la fatalidad que estaba grabada en tablas de diamante por la mano de la eterna providencia y estando para embarcarse en Almería, el gobernador de la ciudad llamado Abderramen, después de haberle obsequiado con un suntuoso banquete, le quitó la vida ahogándolo en su lecho, con que quedó Córdoba sin rey que volviese a recobrarla.

Los mahometanos, desesperados de recibir socorro y sabida la muerte de Aben Hud trataron de capitular. Personas señaladas de ambas partes conferenciaron sobre ello, encareciendo sus fuerzas los cristianos para vencer a los que se resistiesen y su clemencia para los que se rindiesen; pero los moros, si bien conocían el grande apuro en que estaban, no convenían en las condiciones. Pasábase el tiempo en demandas y respuestas, en proponer capítulos y reformarlos, y así los cristianos, vista la porfía y que cada día los cercados se hallaban en mayor aprieto, se aprovecharon de la dilación para agravar las condiciones, y fué forzoso a los moros pasar por lo que antes desechaban y resistían. Finalmente de grado en grado se redujeron a término de entregar la ciudad concediéndoles únicamente las vidas, los bienes que cada uno pudiese llevar por su persona y libertad para que cada uno se fuese donde quisiese.

Entregóse la ciudad después de seis meses de sitio el domingo

(1) Don José Antonio Conde (T. R.)

29 de Junio. día de San Pedro y San Pablo Apóstoles, y según la era de los árabes día 23 de la luna Xawal del año de la Egira 633, habiéndola poseído 524 años.

El mismo día entró el Santo Rey en la Almedina, no con la pompa que en actos semejantes acostumbraban los soberbios conquistadores de la antigüedad, sino en una devota procesión acompañado de prelados eclesiásticos y religiosos, ricos-hombres y caballeros del ejército. Eran los Prelados: Don Juan Obispo de Osma; Don Gonzalo de Cuenca, Don Fr. Domingo de Baeza, Don Adán de Plasencia y Don Sancho de Coria. Entre los religiosos venía San Pedro González Telmo, dominico, predicador del rey, el que al entrar los cristianos en la Almedina logró reprimir el ardor de los conquistadores y licencia de la soldadesca, salvando la vida de gran número de mahometanos y el pudor de muchas mujeres. Llegaron a la gran Mezquita donde por tanto tiempo se había observado la falsa religión de Mahoma y colocando en su Alminar la Santa Cruz y el estandarte Real, fué aclamado con indecible júbilo el nombre del Salvador. El Obispo de Osma purificó la Mezquita mientras se entonaba el *Te Deum*, dedicándola a la Santísima Virgen en el misterio de su gloriosa Asunción, y el mismo Prelado de Osma celebró de Pontifical. En la Mezquita se hallaron las campanas de la iglesia del Apóstol Santiago, que más de 240 años antes había mandado traer en hombros de cristianos el famoso Mahomad Almanzor y colocar en su atrio por trofeo; y para desagravio de esta injuria mandó el Santo Rey que en hombros de moros fuesen restituidas a su Iglesia. Luego se purificaron otras Mezquitas, convirtiéndolas en iglesias para el culto cristiano.

El rey Don Fernando hubo de entrar en el arrabal de la Ajerquía y habitar en él durante el largo tiempo de la expugnación de la Almedina; pues es tradición que se le decía misa en el sitio donde para memoria se fundó después la ermita de *Corpus Christi*, cerca de la Fuenseca, llamada en estos últimos siglos *de los Reyes*, y que estuvo el real en el sitio nombrado el *Realejo*, sin duda porque el real principal estaría fuera de la ciudad. La ermita de los Reyes, digna por lo dicho de toda veneración, ha sido convertida en una cerrajería.

Asistieron a la conquista de esta Ciudad con sus caballeros los maestros de las órdenes militares, el de Alcántara D. Periañez, el de Calatrava D. Cozaliañez, que fué el primero de los que acu-

dieron al socorro de los cristianos que se apoderaron de la Ajerquía, D. Gonzalez Mengo de Santiago y posteriormente sirvió al Santo Rey en la Conquista de las Villas del reino de Córdoba, el maestre don Rodrigo Iñiguez de Cárcamo y caballeros de esta última orden; y se distinguieron en los combates para apoderarse de la villa Gonzalo Iñiguez de Cárcamo, que ganó el muro y la torre de los Comendadores y puerta del Rincón; Martín Ruiz de Argote, que se apoderó de otra torre en el muro de la Ribera y sobre todos Fernan Nuñez de Témez, Sr. de Témez y Chantada en Galicia, el cual fué el primero que asaltó el muro del Alcázar y mandándole el rey se retirase por la mucha sangre que vertían sus heridas; «Señor», le dijo, «este es el caso de morir o vencer», por lo que Don Fernando le dió por armas las tres fajas rojas en campo de oro y el apellido de Córdoba, que con el patronímico Fernández conservan sus descendientes.

Además de quedar heredados en Córdoba veinte ricos hombres y doscientos hijos-dalgo fueron tantos los pobladores que concurrieron dejando sus casas y patria movidos de la feracidad y amenidad de tan famosa ciudad, que faltaron casas para tantos como vinieron de todos los dominios cristianos. Quedaron establecidos los caballeros de Santiago, Calatrava y Alcántara y los Teutónicos.

Por bula de Inocencio IV expedida en 1250 aprobando y confirmando la concordia que por comisión de aquél Pontífice había sido celebrada por el Cardenal Gil de Torres entre el Obispo y Cabildo de una parte y la ciudad y el clero de otra sobre varios puntos, constan algunos de los ricos-hombres y caballeros que tuvieron repartimiento en Córdoba, pero no todos los heredados por San Fernando, los cuales estarían mencionados en la cédula de repartimiento, documento que no hemos podido encontrar en ningún archivo.

En este tiempo tuvo principio el Santuario de Nuestra Señora de Linares, cuya imagen fué traída por el Santo Rey Don Fernando y colocada en una atalaya árabe a la falda de la Sierra y a una legua de Córdoba, donde se le fundó iglesia.

Las iglesias parroquiales que se erigieron fueron catorce: Santa María, que es la Catedral; San Juan, Todos los Santos; Santo Domingo de Silos, El Salvador; San Miguel y San Nicolás, en la ciudad alta o villa; y San Pedro, San Andrés, Santa Marina, Santa

María Magdalena, San Lorenzo, Santiago y San Nicolás en la parte baja o ajerquía.

El Pontífice Gregorio IX, sabida la conquista de Córdoba tuvo mucha complacencia y este suceso fué muy celebrado en Roma, por haber sido restituida a la cristiandad una ciudad tan célebre en todo el mundo. Viendo el Pontífice el celo del Monarca castellano en arrojar a los moros de España, le concedió el subsidio de 20.000 doblones sobre los bienes eclesiásticos por tres años para continuar la guerra.

1 2 3 8

Habiendo venido el rey Don Fernando de Burgos a Toledo para proveer supo que en Córdoba y demás pueblos de la frontera había gran falta de mantenimientos y se experimentaba gran necesidad y al punto dió orden para que se enviasen algunas recuas de provisiones y 25.000 maravedis de oro para Córdoba y otra tanta cantidad para los demás pueblos de la frontera, nombrando para Adelantado de ella a Don Alvar Perez de Castro. Recibióse en la frontera el socorro del Rey y Don Alvar hizo algunas entradas y grandes daños en el país mahometano y tomó entre otros el Castillo Locubi. A fines de Agosto se volvió a sentir la escasez y Don Alvar determinó pasar a Castilla para exponer la necesidad al rey, que de Valladolid había venido a Toledo, y hechas prevenciones para remediarla y tomadas órdenes del rey se volvió a Andalucía.

El Arzobispo Don Rodrigo Jiménez estaba en Roma al tiempo de la conquista de Córdoba, y así como volvió estando autorizado por el Pontífice Gregorio IX, desde 1234, para poner y consagrar Obispos en las ciudades que los habían tenido en lo antiguo, si estaban suficientemente repobladas, se trató de restituir a esta ciudad la sede episcopal.

Fué el primer Obispo Don Lope de Fitero, clérigo y no monje como se creyó en algún tiempo. En 9 de Mayo de 1237 no estaba electo todavía Obispo de Córdoba, en cuya fecha se halló presente a una sentencia que dió San Fernando en Burgos a favor del Monasterio de Cardeña y el Maestro Don Lope hizo relación de los autos a el Rey para darla, y en la cédula se dice que en el mismo año fué tomada Córdoba porque no se había cumplido el año emergente de su conquista. La primera noticia de la elección de

este Prelado consta de privilegio dado en Valladolid a 12 de Noviembre de 1238 en que concedió San Fernando los diezmos de los almojarifazgos, salinas y rentas que tenía en Córdoba con 1.500 aranzadas de viña y tercera parte de sus olivares y cien aranzadas de huerta. Por este privilegio sabemos que en el año 1238 estaba electo Don Lope y que había ya cabildo de canónigos formado en la Catedral y así confirma: *Lupus cordubensis electus*.

1 2 3 9

Los judíos que vivían en Córdoba con los mahometanos se quedaron en la Ciudad después de la conquista con sinagoga; pero apenas la poblaron los cristianos llevados del odio que profesan a éstos, les hurtaban sus hijos pequeños y los vendían a los moros de la frontera. Este enorme delito llegó a noticia del Pontífice Gregorio IX, que en 10 de Septiembre mandó severamente al obispo Don Lope de Fitero que obligase a los judíos a traer siempre una señal manifiesta para que se distinguiesen y fuesen conocidos de los cristianos, como lo había dispuesto el concilio lateranense.

Para conseguir más socorros de que cada día era más notable la falta en la frontera especialmente en Córdoba, Don Alvaro Pérez de Castro se vió con el rey Don Fernando en Ayllón y al regresar a Andalucía muere en Orgáz a fines de este año.

Sabida por el Rey la muerte de Don Alvar Pérez de Castro vino a Córdoba para disponer lo necesario a la seguridad de lo conquistado, mandó reparar los muros, y después de tres meses se volvió a Castilla. (Hubo un gran eclipse de sol el 3 de Junio a mediodía).

1 2 4 0

El rey vino a Córdoba para emprender la campaña de este año trayendo buenas tropas a las que se juntaron las que en esta ciudad había. Los mahometanos que habían quedado en los pueblos cercanos a esta ciudad, conociendo que aquel armamento iba contra ellos y no teniendo medios para defenderse se entregaron con las condiciones de que les permitiesen su culto y se les conservasen sus haciendas, obligándose ellos a contribuir como vasallos del rey, el cual se convino confiando en que no sería difícil su con-

versión mediante el trato con los cristianos, y así se le entregaron Almodóvar, Ecija, Estepa, Setefilla y otros. El Rey salió a la campaña y se apoderó por fuerza de los pueblos que se resistieron y fueron Santaella, Montilla, Aguilar, Benamejí, Zambra, Montoro y otros; puso en mejor estado las fortificaciones de Córdoba y dejando bien abastecida esta ciudad y las demás plazas después de tres meses se volvió a Castilla.

1 2 4 1

El Rey Don Fernando III concede un fuero particular a la ciudad de Córdoba en Toledo a 8 de Abril.

Fundación de los Conventos de San Pablo del Orden de Predicadores y de San Pedro el Real del Orden de San Francisco.

1 2 4 2

Fueron donados a Córdoba por San Fernando los castillos de Almodóvar, Pedroche y otros.

1 2 4 3

El Rey Don Fernando concede a Córdoba el señorío de varias villas y castillos como Chillón, Santa Eufemia, Gahete, Pedroche, Mochuelos, etc.

El mismo monarca taló la comarca de Jaén, arrasó muchos lugares y cortijos e hizo muchos cautivos; de allí pasó a Alcalá de Benzaide, que tomó a fuerza de armas y la saqueó y demolió cautivando a sus habitantes; taló la vega de Granada y porque picaban mucho los calores se volvió a Córdoba, donde recibió un correo de la reina madre Doña Berenguela que para verlo se había puesto en camino. Partió el rey y la encontró en Pozuelo, donde habiendo permanecido juntos algunos días se despidieron con gran sentimiento y ternura, partiendo la reina a Castilla y el rey a Córdoba. Cuando iban templando los calores determinó poner sitio a Jaén y marchó a ella, pero viendo la dificultad de tomarle por fuerza resolvió hacerlo por hambre y continuó el cerco hasta tomarlo. (Por el verano falleció el obispo Don Lope Fitero).

1 2 4 4

El Rey Don Fernando, habiendo tomado a Arjona y otros pueblos, vuelve con su gente por Andújar a Córdoba, y desde esta, habiendo templado los calores, envió a su hermano el Infante Don Alonso y a Sancho Martínez de Jodar con los Concejos de Ubeda, Baeza y Quesada, para que entrando en el reino de Granada lo talasen, como en efecto lo hicieron.

1 2 4 6

Hallándose en Alcalá de Gadaíra el Rey Don Fernando por Noviembre, recibió noticia del fallecimiento de su madre y partió para Córdoba, donde con las personas de más confianza consultó lo que debía hacer en aquel caso, si marchar a Castilla a causa de la falta de su madre que gobernaba el reino, o continuar en la frontera para disponer el sitio de Sevilla. Resuélvese por este partido y se quedó en Córdoba, donde dió disposiciones para el gobierno y para la campaña venidera.

1 2 4 7

Continuó el Rey Don Fernando en Córdoba desde el principio del año dando disposiciones para la campaña de primavera y expugnación de la villa de Carmona.

Estando en dicha ciudad el Rey vino de Burgos a ciertos asuntos un caballero nombrado Don Ramón Bonifaz, y sabiendo el Rey que era muy práctico en la marina le mandó hiciese construir una escuadra en Vizcaya y que pertrechada de todo lo necesario viniese con ella al puerto de San Lucar para el sitio de Sevilla. Después convocó en Córdoba todas sus gentes para la primavera y concurrieron los maestros de las órdenes y los consejos con sus pendones, y también fué llamado el rey de Granada Mohamed I Ben Josef Ben Nasar, nombrado Alamar. Formóse un numeroso ejército con el que salió el Rey y taló la vega de Carmona y después tomó a Constantina, Lora y otras villas.

1 2 4 8

La reina Doña Juana vino a Córdoba y pasó a Sevilla a reunirse con el rey Don Alonso.

1 2 5 0

El Pontífice Inocencio IV escribió al Obispo de Córdoba Don Gutierre Ruiz de Olea. para que mandase derribar la suntuosa y soberbia sinagoga que en esta Ciudad habían fabricado los judíos, cuyo atrevimiento fué de grande escándalo y muy sensible al Pontífice por haber sucedido en una Ciudad tan católica, y que no permitiese que tal edificio tuviese más elevación que la necesaria.

Los judíos no querían pagar los diezmos a las iglesias hasta que el Pontífice Inocencio IV mandó a 27 de Abril, que así los judíos como los mahometanos los pagasen bien y cumplidamente, lo que acabó de allanar el rey Don Alonso X con el privilegio rodado que expidió en Toledo en 28 de Marzo de 1254.

1 2 5 2

En 30 de Mayo murió en Sevilla Fernando III el Santo y en 1 de Junio fué proclamado rey Alonso el Sabio, hijo de aquél.

1 2 5 4

El rey Don Alonso X concedió a Córdoba 500.000 maravedís para labrar los muros sobre el pecho que le pagaban al rey los moros del Aljama de esta Ciudad.

1 2 5 8

Muy lluvioso y grandes crecidas del Guadalquivir hasta el 26 de Diciembre.

1 2 6 0

Se principió a usar el castellano en las escrituras públicas en lugar del latín.

1 2 6 2

Los moros africanos tomaron las armas con intento de apoderarse de España, para lo que hicieron grandes preparativos: lo que

sabido por el rey Don Alonso, retiró de Sevilla disimuladamente su familia y casa y se pasó a Córdoba, aunque dejando aquella ciudad en el mejor estado de defensa.

1 2 6 4

Fué fundado el convento de religiosas de Santa Clara, del orden de San Francisco. El rey Don Alonso X confirmó el fuero que su padre Don Fernando había dado a Córdoba, en Sevilla, viernes 12 de Septiembre.

1 2 6 5

El domingo 26 de Abril se celebra en Andújar una hermandad por los Concejos de Córdoba, Jaén, Baeza, Ubeda, San Esteban, Iznatoraf, Quesada y Cazorla, para guardar fidelidad al rey Don Alonso y ayudarse y defenderse mutuamente en todos los casos.

En Julio estaba el rey Don Alonso en Córdoba de vuelta de Murcia a donde había ido a reprimir las sediciones de los moros de aquella tierra.

1 2 7 0

Viene a Córdoba el rey Don Alonso X, el 15 de Julio.

1 2 7 4

Desde 1271 se habían rebelado algunos grandes de Castilla contra el rey Don Alonso X y sin más motivo que su ambición, entre los que estaba el infante Don Felipe, y los acaudillaba el poderoso caballero Don Nuño González de Lara. Después de muchas negociaciones para atraerlos al servicio del rey se desnaturalizaron, según estaba permitido a los hijos-dalgo, y se pasaron al reino de Granada. Continuaron sin embargo los tratos de avenimiento y algunos volvieron al servicio del rey; pero los que quedaron con el moro se previnieron para entrar en Castilla con el mismo rey de Granada. Para oponerse a esta invasión se hallaba en Córdoba el infante primogénito con tropas escogidas, acompañado de su hermano Don Alonso y de los maestros de Santiago y Calatrava.

Correspondientes de la Real Academia de Córdoba, fuera de la capital, y fecha de su designación

1.	D. Francisco de las Barras de Aragón, Sevilla	1906
2.	D. Narciso Alonso Cortés, Valladolid	1911
3.	D. Antonio Puig Campillo, Cartagena	1911
4.	D. Federico Castejón y Martínez de Arizala, Madrid	1911
5.	D. Carlos Ferrán López, Sevilla	1913
6.	D. Santiago Montoto de Sedas, Sevilla	1913
7.	D. Juan Díaz del Moral, Bujalance	1913
8.	D. Emilio Croquer Cabezas, San Fernando	1913
9.	D. Juan Antonio Puerto, Sevilla	1914
10.	D. Antonio Relañó Jiménez, Almería	1914
11.	D. Teodoro Irigoyen Arrieta, San Sebastián	1914
12.	D. Enrique Fajarnés Tur, Madrid	1914
13.	D. Juan Moraleda Esteban, Toledo	1914
14.	D. Antonio de la Torre del Cerro, Barcelona	1914
15.	D. Enrique Vázquez de Aldana, Madrid	1915
16.	D. Juan Moreno Guerra, Madrid	1915
17.	D. Niceto Alcalá Zamora, Madrid	1915
18.	D. Eugenio Barroso Sánchez Guerra, Madrid	1915
19.	D. José Sebastián Bandarán, Sevilla	1915
20.	D. Agustín Aguilar Tejera, Marchena	1915
21.	D. Antonio Quintero Cobo, Badajoz	1915
22.	D. Carlos Rodríguez López Neira, Granada	1915
23.	D. José Fernández Carrión, Sevilla	1916
24.	D. José Muñoz San Román, Sevilla	1917
25.	D. Aurelio García Lavín, Madrid	1918
26.	D. Dionisio García Pelayo, Jerez de la Frontera	1918
27.	D. Antonio del Solar y Taboada, Badajoz	1918
28.	D. Enrique Laza Herrera, Málaga	1918
29.	D. José Muñoz García, Almería	1919
30.	D. Antonio Jurado Moreno, Palma del Río	1920
31.	D. Balbino Santos Olivera, Granada	1920
32.	D. José González Rueda, Jerez de la Frontera	1920
33.	D. Javier Vieira Durán, Pontevedra	1920
34.	D. Rafael Pavón Talleda, Sevilla	1920
35.	D. Juan de Rújula Ochotorena, Madrid	1921
36.	D. Joaquín M. ^a Navascués y de Juan, Madrid	1921

(Continuará)

